

Superar el pasado

PATRICIA THAYER

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa,
56 28001 Madrid

SUPERAR EL PASADO, N.º 49 - noviembre 2010
Título original: The Cowboy's Adopted Daughter
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2010

I.S.B.N.: 978-84-671-9268-1
Editor responsable: Luis Pugni

E-pub x Publidisa

CAPÍTULO 1

ALEX Casali, subido a su semental, Diablo, observó el pasto donde pacían trescientas cabezas de excelentes vacas Hereford. Un par de meses más y el ganado volvería a trasladarse y los animales que tuviesen un año serían enviados al cebadero.

Cambió de postura en la silla y miró hacia la zona montañosa. Cada estación del año tenía una rutina que hacía que su vida se mantuviese ordenada. Observó los cientos de hectáreas que formaban su rancho. En Texas, aquella granja de ganado se consideraba de tamaño normal, lo que no eran normales eran los animales de pura raza que se criaban en el rancho A Bar A. Alex había trabajado en varios ranchos antes y había ahorrado todo lo que había podido para comprar el suyo propio. Poco a poco, había reformado aquel rancho medio derruido que había comprado en una subasta hasta ponerlo a su gusto. Después de diez años y muchas inversiones, había levantado un imperio.

Apoyó el brazo en el cuerno de la silla. Aun así, la Empresa de Ganado Casali no era suficiente para satisfacerlo. Había empezado a criar caballos unos años antes y en esos momentos tenía entre manos una nueva aventura: un rancho para huéspedes. Miró más allá de la arboleda, hacia la docena de cabañas que pronto estarían ocupadas por extraños.

Todavía no sabía cómo había permitido que Tilda lo convenciese para meterse en aquel proyecto. No obstante, a la que había sido su ama de llaves, y que en esos momentos era su socia en el rancho para huéspedes, se le habían ocurrido varias ideas buenas para estimular los ingresos a lo largo de los años. Aun así, lo que más le gustaba a él de aquella vida seguía siendo la soledad, no tener que estar

rodeado de demasiadas personas. A excepción de su hermano, Angelo, prefería no tener a nadie más cerca.

Diablo se movió con impaciencia y Alex tiró de las riendas para controlarlo. Fue entonces cuando vio que un vehículo se acercaba hacia su casa por la carretera principal.

No reconoció el coche. Eso quería decir que, fuese quien fuese, no tenía por qué estar en sus tierras.

Allison Cole miró por la ventanilla mientras entraba con su pequeño todoterreno en el rancho A Bar A. La carretera estaba bordeada de cedros y robles y a su lado había una valla de un blanco inmaculado tras la cual pastaban tranquilamente unos caballos.

–Es un lugar muy bonito, ¿verdad, Cherry?

Miró por el espejo retrovisor y vio a su hija observando el paisaje desde su sillita. La mayoría de los niños de cuatro años hacían muchas preguntas. Cherry, no. Y Allison echaba de menos escuchar su vocecita. A excepción de cuando gritaba por las noches, Cherry no había vuelto a hablar desde el accidente. Ni tampoco había vuelto a caminar.

Cuando Tilda Emerson la había llamado esa mañana, Allison no había podido rechazar su interesante invitación. Había ido por su hija, además de por el nuevo negocio que estaba intentando levantar en la ciudad, su tienda de edredones, Blind Stitch. Así que lo había dejado todo, había metido a Cherry en el coche y había ido en busca de Tilda.

Hacía mucho tiempo que no se tomaba una tarde libre. Sin pensarlo, aparcó el coche a un lado de la carretera, donde había varios caballos y yeguas pastando.

–Cherry, ¿quieres ver un caballo?

Haciendo caso omiso del silencio de la niña, Allison salió y sacó a su hija para llevarla en brazos hasta la valla.

Le alegró ver que ésta se aferraba a ella y observaba a

los animales. Hacía mucho tiempo que no mostraba tanto interés por algo.

–¿Ves al bebé? –le dijo.

–¿Qué cree que está haciendo?

Allison se giró al oír aquella profunda voz y vio a un hombre alto subido encima de un enorme caballo. Con la luz del sol de frente, sólo pudo ver su silueta, sus anchos hombros y un sombrero de vaquero.

Era difícil no sentirse intimidada.

–Lo siento. ¿Qué ha dicho?

El semental negro caminó de lado y respiró con fuerza.

–Está usted en una propiedad privada –contestó el hombre–. No se puede entrar sin autorización.

–Me han invitado a venir. Tengo una reunión de negocios con Tilda Emerson.

Aunque no pudo ver los ojos del hombre, Allison supo que la estaba estudiando con la mirada.

–Está en la casa. Le sugiero que no la haga esperar.

Y dicho aquello, hizo girar al caballo y se marchó.

–Que hombre tan poco simpático –murmuró ella.

Volvió a sentar a Cherry en su sillita y arrancó el coche mientras pensaba que tal vez no hubiese sido tan buena idea ir allí.

Pasó por delante de varios edificios, incluido un gran establo rojo y un corral. Y entonces vio la casa de dos pisos, de ladrillo y madera. Los muros eran blancos y las contraventanas negras, y el porche que la rodeaba estaba adornado con jardineras llenas de flores.

–Muy bonita –murmuró de nuevo, recordando la lujosa casa que había dejado en Phoenix.

Tal y como le había dicho la señora Emerson, fue a aparcar frente a la puerta trasera.

Apagó el motor y se giró hacia Cherry.

–No vamos a quedarnos mucho rato, cariño –alargó la

mano y le retiró los rizos de color rubio rojizo de la cara. Dos enormes ojos azules la miraron, pero su hija no respondió, sólo giró la cabeza y miró por la ventanilla.

Allison miró más allá de un gran roble y vio un caballo pastando al lado de la valla.

–Mira, Cherry, otro caballo.

Salió del coche justo en el momento en que una mujer salía de la casa. Tenía unos sesenta años, era alta y delgada e iba vestida con vaqueros y una colorida blusa.

–¿Señora Emerson?

La mujer de pelo cano sonrió.

–Sí, soy Tilda. Y tú debes de ser Allison Cole. Me alegro de que hayas podido venir.

Se dieron la mano.

–Has despertado mi curiosidad con tu propuesta. Me gustaría saber algo más.

–Bien. ¿Te ha costado trabajo llegar?

Allison se acordó del vaquero.

–Me he encontrado con uno de los trabajadores del rancho y me ha indicado –se giró hacia el coche–. Espero que no te importe que haya traído a mi hija.

Tilda hizo un ademán. –Por supuesto que no. Vamos a sacarla del coche, hace mucho calor. Allison dudó, abrió el maletero y sacó una pequeña silla de ruedas de él.

–Voy a instalar a Cherry y podremos hablar.

–Deja que te ayude –se ofreció Tilda.

Sacaron la silla entres las dos y Allison levantó a su hija para sentarla en ella. Tilda las condujo hasta un patio que estaba a la sombra, justo debajo del porche delantero.

–Cherry, es un nombre muy bonito y tú eres una niña muy guapa –le dijo–. ¿Te gustan los animales? –aunque no obtuvo respuesta, continuó–: Eso espero, porque tenemos muchos por aquí.

Como por arte de magia, un enorme perro se paseó por delante de ellas, seguido por otro más pequeño.

–El grande se llama Rover –comentó Tilda, acariciando al gran labrador–. Y, el pequeño, Pete. Les gusta que los acaricien los niños.

Rover se acercó a la silla de ruedas y apoyó la cabeza en el brazo.

A Allison le sorprendió ver que su hija ponía la mano en el animal. Pete también quiso recibir atención y se apoyó en las patas traseras para acercarse. Cherry lo acarició.

Su madre le sacó un vaso de limonada y después entró de nuevo a la cocina con Tilda.

–Debería traer a Cherry.

–Dudo que quiera separarse de sus nuevos amigos. Relájate, podemos verla desde la ventana. Rover y Pete cuidarán de ella.

Allison asintió y se sentó junto a la ventana. Después, miró a Tilda.

–La casa es preciosa.

–Gracias, pero no es mía. Ya no. Cuando mi marido falleció, hace doce años, me di cuenta de que no podía llevar el rancho sola, ni podía permitirme contratar a nadie. Me sentía muy cansada. Al final se lo quedó el banco, lo subastó y lo compró Alex Casali.

–Lo siento, debió de ser horrible.

–Fue lo mejor. Además, Alex me pidió que me quedase. Me ocupé de la casa y lo ayudé con la contabilidad. Y él ha conseguido muchas cosas en los últimos diez años. Reformó la casa, construyó un establo nuevo y otras naves para su ganado. Me gusta pensar que yo lo ayudé –sonrió–. Ahora soy su socia en este proyecto nuevo del rancho de huéspedes.

–Tengo que serte sincera, Tilda. Tal vez no tenga el tiempo necesario para este proyecto –Allison sabía que no podía desperdiciar la oportunidad–. No puedo dejar de atender a mi hija.

La otra mujer asintió.

–Espero que podamos llegar a un acuerdo, porque creo que eres perfecta para lo que tengo en mente.

En los establos, Alex le dio las riendas de Diablo a Jake, uno de los trabajadores del rancho, antes de ir hacia la casa. Fue entonces cuando vio el coche de aquella mujer aparcado en la parte trasera. Estupendo. Debía de tratarse de la decoradora de las cabañas. ¿Para qué iban a decorar unas cabañas? No quería tener que escoger colores ni cortinas. Se limitaría a entrar, saludar a la impresionante pelirroja de increíbles ojos verdes y luego se marcharía a su despacho.

Era fácil.

No era la primera vez que se sentía atraído por una mujer, pero cuando le ocurría, siempre pasaba de largo. Sobre todo, si la mujer llevaba la palabra «compromiso» escrita en la frente. Y aquélla tenía una hija.

Había empezado a subir las escaleras del porche cuando vio una silla de ruedas vacía cerca de la verja. Se acercó y vio a los perros, y a Buckshot, que estaba al otro lado de la verja. No había nada de extraño en aquello, salvo que no estaban solos. Estaban con la niña.

–¿Qué demonios…? –se acercó y vio a la niña sentada en el suelo, cerca de la verja. El viejo Buckshot había bajado la cabeza para que la niña le acariciase el morro.

Aquello no era buena idea.

–Vaya.

La niña lo oyó, se giró a mirarlo y le sonrió. Su cabeza

estaba cubierta de tirabuzones dorados y rojizos.

–Caballo –dijo la niña en un susurro.

A él se le hizo un nudo en el estómago.

–Sí, es un caballo –le dijo, acercándose despacio para no asustarla–. ¿Qué te parece si te levanto para que puedas acariciarlo mejor?

Le sorprendió que la niña levantase los brazos hacia él y tuvo una sensación extraña al tomarla, como si no pesase nada. Una vez en sus brazos, sana y salva, la acercó al caballo para que pudiese acariciarlo.

–Se llama Buckshot. Le gusta que lo acaricien aquí –le dijo, tomando su minúscula mano y poniéndola en la cabeza del animal.

La niña rió, volviendo a causar una sensación extraña en su pecho.

De repente, oyó un grito de mujer.

–¡Cherry!

Alex se giró y vio cómo la madre de la niña salía corriendo de la casa. Al llegar a su lado se dio cuenta de que su cabeza sólo le llegaba al pecho.

–Cherry –le quitó a la pequeña de los brazos–. ¿Estás bien?

A Alex no le gustó cómo lo miraba.

–Lo está gracias a mí.

–No me parece bien que traiga a mi hija aquí sin mi permiso –replicó ella.

–Señora, yo no la he traído –contestó él, señalando el suelo–. Me la he encontrado aquí, con Buckshot.

–Eso es imposible. Cherry no camina. Alex miró a la niña y se preguntó qué habría pasado. –Bueno pues, en cualquier caso, no he sido yo quien la ha traído aquí.

–¿Entonces, cómo ha venido?

–Pregúnteselo a ella.

A la mujer se le llenaron los ojos de lágrimas.

–Me encantaría, pero hace un año que tampoco habla. –A mí me ha hablado –le dijo él. Los dos miraron a la pequeña. –¿Cherry? ¿Te gusta el caballo? –le preguntó su madre.

La niña miró al animal, pero no respondió.

Por fin apareció Tilda. Alex se preguntó dónde se había metido.

–Lo siento, pero me habían llamado por teléfono. ¿Va todo bien?

–Me parece que su trabajador y yo tenemos una pequeña discrepancia. En referencia a algo de lo que no tiene ni idea.

Alex se negó a dejarse acosar por aquella mujer.

–Tal vez no conozca a su hija tan bien como cree.

–¿Cómo se atreve?

Tilda intervino.

–¡Ya vale! Es culpa mía. He sido yo la que ha dicho que la niña estaría bien sola en el patio –parecía preocupada–. Lo siento, Allison, no pensé que fuese a alejarse.

Alex miró a la mujer, que seguía pareciéndole muy atractiva.

–Le agradecería que, a partir de ahora, no se separase de su hija. Un rancho no es el mejor lugar para dejar a un niño sin vigilancia.

Allison se giró hacia Tilda.

–¿Cómo aguantas esto?

–A veces, es difícil –respondió ella conteniendo una sonrisa–. Allison Cole, te presento a Alex Casali, el dueño del rancho.

A Allison no le gustó aquel hombre tan seguro de sí mismo. Como tampoco le gustó que le pareciese tan guapo. Era alto, musculoso y duro, y tenía unos penetrantes ojos

grises.

–¿Se ha quedado sin habla, señora Cole?

Allison pensó que también era arrogante.

–Sólo me preocupo por mi hija, señor Casali. Suele ser tímida con los extraños.

Él se echó el sombrero hacia atrás, dejando al descubierto su pelo castaño.

–Eso es comprensible –miró a Cherry y su expresión se suavizó–. Lo que está claro es que no le dan miedo los animales.

Cherry gruñó y señaló a Buckshot, y luego alargó los brazos hacia Alex Casali.

Su madre intentó sujetarla, pero la niña se había lanzado hacia él con tanta fuerza que Alex tuvo que tomarla en brazos.

–¿Le importa? –le preguntó a Allison.

Ésta negó con la cabeza. Era la primera vez que veía responder así a su hija después del accidente.

–Por favor, tenga cuidado con ella.

–Por supuesto.

Allison observó cómo se la llevaba hasta donde estaba el caballo. Tilda se acercó a ella. –No te preocupes por el viejo Buckshot –le dijo–. Era el caballo de mi marido y no hace nada, le hemos dejado que termine sus días pastando. Y, además, Cherry está en buenas manos.

–Los caballos son tan grandes…

–Tienes razón. A pesar de que Buckshot es un animal manso, sigue siendo grande, pero Alex se ocupará de que no le pase nada –luego señaló con la cabeza hacia los dos perros–. Tu hija ha hecho muchos amigos hoy.

Allison no estaba mirando al caballo ni a los perros, sino al hombre que tenía en brazos a Cherry. A pesar de ser grande, la trataba con cuidado. Y, lo que era más importante, Cherry parecía confiar en él. Aunque ninguna

de las dos tenía motivos para confiar en ningún hombre.

–Alex es un poco brusco a veces –comentó Tilda–, pero tiene buen corazón. Y lo principal es que Cherry lo piense.

Antes de que a Allison le diese tiempo a contestar, el ranchero se giró y empezó a andar hacia ellas. Su hija tenía la cabeza apoyada en su ancho hombro y los ojos cerrados.

–Creo que está cansada.

–No me extraña, con lo bien que se lo ha pasado –comentó Tilda–. Vamos a tumbarla dentro. Allison dudó. –Tal vez deberíamos volver a la ciudad. Tilda negó con la cabeza. –¿Para qué la vas a meter en el coche ahora?

La tumbaremos en una cama y terminaremos de hablar. Sin que nadie le diese permiso, Alex Casali fue hacia la casa. Allison corrió tras él.

–No he dicho que sí.

–No sé de dónde viene usted, pero aquí en Texas no se rechaza jamás una invitación –mantuvo la mano en la espalda de la niña y siguió andando–. A mí me da igual que se quede o no, pero para Tilda es importante su visita.

–Y para mí también –admitió ella.

–En ese caso, ya está arreglado. Quédese y hable con Tilda.

–Sólo me preocupo por mi hija, señor Casali, ha pasado un año muy duro.

–Soy Alex. Y ya me he dado cuenta, pero también he visto que se ha divertido mucho aquí.

En eso tenía razón.

–Está bien, nos quedaremos.

Entraron en la casa y Tilda los guió hasta una habitación con una cama de matrimonio. Allison observó cómo el hombre dejaba a su hija en ella con cuidado. Cuando se apartó, ella la puso de lado y la tapó con una manta fina,

después le apartó los rizos de la cara y, cuando se giró, el ranchero ya se había marchado. Siguió a Tilda hasta la cocina. Él tampoco estaba allí y a Allison le sorprendió sentirse tan decepcionada.

CAPÍTULO 2

ALLISON se acercó a la mesa de la cocina. Sabía que Tilda quería hablar de negocios, pero ella tenía la mente en otra parte. ¿Adónde se había marchado Alex Casali? ¿Volvería para participar en la conversación? Y, todavía más importante, ¿quería aquel hombre que ella estuviese allí?

Tilda llevó a la mesa dos vasos de limonada fresca.

–Oiremos a Cherry si se despierta, así que siéntate y relájate.

–Gracias –Allison dio un trago.

La otra mujer se sentó frente a ella.

–Supongo que la primera impresión no está siendo demasiado buena.

–No es culpa tuya, Tilda. Tenía que haberte explicado la situación y haberte pedido que nos viésemos en la tienda. Es más fácil para Cherry.

–Espero que no te importe que te lo pregunte, pero ¿siempre ha estado en silla de ruedas?

–No. Tuvo un accidente de tráfico el año pasado y no ha vuelto a andar desde entonces.

–Debió de ser muy duro para las dos –comentó Tilda, poniendo su mano sobre la de ella.

Allison tragó saliva. Se sentía muy cómoda con aquella mujer. Desde la muerte de su abuela no había tenido con quién hablar.

–Durante un tiempo fue horrible. Aunque la operación salió bien, necesita mucha terapia. Y, aun así, no hay garantías de que vaya a recuperarse por completo.

Tilda sonrió con tristeza.

–Bueno, siempre que haya esperanza… Parecía contenta con los animales. Allison sacudió la cabeza, sorprendida. –

No lo entiendo. Normalmente sólo quiere estar conmigo.

–Tal vez Alex sea parco en palabras, pero es el mejor con los animales… y parece ser que con los niños también.

Con los adultos no, eso estaba claro.

–Si no te gusta mi pregunta, dime que no me meta donde no me llaman, pero ¿dónde está el padre de Cherry?

–Ya no vivimos juntos –se limitó a responder ella.

–Ser madre soltera es muy duro.

–Yo sólo quiero que Cherry vuelva a ser una niña normal, feliz –sintió ganas de llorar–. No ha vuelto a hablar desde el accidente.

Tilda suspiró.

–Pobrecita.

Allison pensó en cómo se había lanzado a los brazos de Alex Casali. Un extraño y un hombre, ni más ni menos.

–Pues, al parecer, Rover, Pete y Buckshot han conseguido obtener alguna respuesta de ella. Puedes traerla siempre que quieras. Si decides hacer el taller de acolchado podría pasar tiempo con ellos todos los días.

–Ah, Tilda… No sé cómo voy a dar el taller y ocuparme de mi hija al mismo tiempo. Y luego está la tienda.

–Por Cherry no te preocupes. Puede quedarse con nosotras. Y con respecto a la tienda, ¿no puede ocuparse de ella Mattie durante algunos días?

Allison había tenido la suerte de encontrar a Mattie Smyth, una viuda con mucho tiempo libre. Y la oferta de Tilda era tentadora.

–Cinco días es mucho tiempo.

Tilda se inclinó hacia delante.

–Podríamos adaptarnos, si fuese necesario. Mira, Allison, lo cierto es que el rancho de huéspedes Hidden Hills es una empresa nueva. Digamos que a Alex no le gustaba la idea de que trajésemos a gente de fuera. Él prefiere su ganado y sus caballos. Yo, además de pensar en el dinero que vamos

a ganar, quiero disfrutar de tener gente por aquí. Y lo cierto es que Alex también lo necesita.

De eso estaba segura Allison.

–Tengo planeado organizar cinco talleres diferentes a lo largo del año –continuó explicando Tilda–. Kerry Springs se ha convertido en un destino muy popular para las personas que quieren retirarse y no hacer nada. También hay varias señoras de la iglesia que estarían muy interesadas en asistir a las clases de acolchado.

Allison echaba de menos diseñar sus colchas y hacer su programa de televisión por cable semanal. Durante unos años, su trabajo le había impedido pasar tiempo con su hija, pero había aprendido la lección.

–¿De qué nivel serían las clases?

Tilda se encogió de hombros.

–He puesto el anuncio para personas con experiencia, pero no vamos a rechazar a nadie. Muchas son seguidoras de tu programa de televisión. –Tuve que dejarlo después del accidente de Cherry. Me necesita a tiempo completo.

Y su ex marido se había quedado con los derechos de sus diseños. Se lo había dado todo a Jack Hudson para conseguir el divorcio y la custodia permanente de su hija. Dado que los cuidados de ésta eran caros, le vendrían bien unos ingresos extra.

Miró a Tilda.

–Necesitaría tener dos tardes libres para llevar a Cherry al fisioterapeuta.

–No hay ningún problema. Y tendrás tu propia cabaña durante el taller. Así no hará falta que vuelvas a la ciudad todos los días, si te parece bien.

Cuando Tilda le dijo cuánto le iba a pagar, Allison supo que tenía que intentarlo.

Se preguntó si le importaría a Alex Casali, al que no había parecido gustarle. En cualquier caso, lo más probable

era que no le interesase nada en absoluto su taller.

–Bueno, en ese caso, si Cherry puede acompañarme, encontraré el modo de hacerlo. Hablaré con Mattie para ver si puede trabajar unas horas más.

–Por supuesto –respondió Tilda con los ojos brillantes, poniéndose de pie–. Seguro que puede. ¿Te importa si la llamo yo?

Y salió de la cocina.

Allison miró a su alrededor. Era una cocina muy acogedora. El olor a especias procedente del horno le hizo acordarse de su abuela. Su casa nunca había sido tan grande, pero Emmeline Cole le había dado todo su amor y un techo bajo el que vivir cuando nadie más había querido ocuparse de ella.

Más tarde, había estado tan desesperada por recibir amor que se había precipitado al elegir marido.

Se acercó a la ventana y observó el rancho. Esperaba que Cherry pudiese entender el motivo por el que hacía aquello. Quince meses antes, sentada a los pies de su cama en el hospital, le había prometido que, si se despertaba, sería una madre de verdad.

Y Cherry le había tomado la palabra, no queriendo separarse de ella desde entonces. Hasta esa tarde, que se había lanzado a los brazos de Alex Casali.

Allison oyó pasos y se volvió. No se trataba de Tilda, sino de Alex, que acababa de entrar en la cocina.

Hablando del rey de Roma… Contuvo la respiración y lo estudió con la mirada. Se había duchado y afeitado y no llevaba el sombrero. Era muy guapo. Él también la miró y Allison sintió un escalofrío.

–Me sorprende que sigas aquí –le dijo él, tuteándola, mientras se servía una taza de café.

–Nos iremos en cuanto se despierte Cherry.

Él le dio un trago a su café.

–A mí me da igual. Es sólo que Tilda quiere que el rancho de huéspedes se inaugure sin problemas. Así que, si

lo que quieres es más dinero…

–Su oferta es más que justa. Sólo tengo que asegurarme de que puedo ocuparme de mi hija al mismo tiempo.

Él asintió.

–Bien. Es probable que a la pequeña le divierta venir aquí. Eso, si a ti no te da miedo que se acerque a los animales.

–Hasta hoy, Cherry no se había acercado nunca a un caballo. No sabía que le iba a gustar tanto.

Él dejó la taza en la encimera.

–En ese caso, no le niegues el placer de venir a ver a Buckshot. Hay quien dice que los caballos son una buena terapia para los niños. Tal vez algún día pueda montar.

Ella se puso tensa.

–Espera. Yo no he dicho que vaya a dejarla montar. Por el momento, ni siquiera puede hablar.

–Tal vez no pueda hablar, pero sabe cómo conseguir lo que quiere.

Se acercó a ella, que contuvo la respiración.

–¿Y tú, Allie? ¿Eres lo suficientemente valiente como para intentar conseguir lo que quieres? –le preguntó con voz ronca.

Alex no sabía por qué lo afectaba tanto aquella mujer. Tenía que haber desaparecido y haber dejado que Tilda se ocupase de todo, pero no había podido evitar volver a la cocina.

–Valiente o no, señor Casali, lo único que me preocupa es ser una buena madre para mi hija. Y si doy este taller es sólo por ese motivo –se giró hacia la ventana–. ¿No tiene que ir a marcar ganado o algo así?

Era evidente que Allison estaba incómoda con él, aunque intentase ocultarlo.

–Por ahora, no.

–Bueno, no quiero entretenerlo.

–No me estás entreteniendo. Llevo levantado desde la

cuatro de la mañana, así que ya he terminado todo lo que tenía que hacer.

–Pensé que los rancheros trabajaban desde que salía el sol hasta que se ponía.

–No si podemos evitarlo.

En ese preciso momento entró Tilda en la cocina, con el teléfono pegado a la oreja. Estaba sonriendo. –Aquí está –le tendió el auricular a Allison–. Es Mattie. Ella lo tomó y se alejó con él. Alex miró a Tilda.

–¿Algún problema?

–Ninguno. Parece que tenemos a Allison Cole –respondió.

Alex estudió a la pequeña mujer que iba ataviada con pantalones de vestir, zapatos de piel y camisa blanca. Era evidente que venía de la ciudad.

–¿Estás segura de que va a encajar aquí?

–Por supuesto. ¿Por qué no? Además, Allison es de campo, creo que de Virginia –puso los brazos en jarras–. ¿Por qué te interesa tanto de repente? Pensé que no querías participar en el proyecto.

–Y no quería, pero he tenido que hacerlo al tener que sacar a la niña de los pastos.

–Cherry es una monada, ¿verdad? Y su madre tampoco está mal.

Él prefirió no opinar al respecto.

–Jamás había visto un color de pelo tan bonito –continuó ella–. Y las pecas que tiene en la cara son tan graciosas… Aunque me parece que lo que más destaca son esos ojos verdes.

Alex no quería pensar en Allison Cole.

–Tengo que hacer papeleo –intentó marcharse, pero Tilda no lo dejó.

–Alex, no te escapes. Tengo que enseñarle a Allison la casa principal de Hidden Hills y vamos a necesitar tu ayuda

para llevar a Cherry.

–Dudo que ella quiera mi ayuda –la miró–. Es una de esas mujeres independientes.

Tilda contuvo una sonrisa.

–Quieres decir que no es como esas mujeres que se enamoran de ti. Aunque tal vez ésta se te resista.

Allison volvió a acercarse a ellos.

–Parece que Mattie puede quedarse en la tienda todos los días salvo el miércoles por la tarde –lo miró a los ojos–. Puedo cerrar la tienda unas horas.

Sonrió y Alex sintió un cosquilleo en el estómago, y más abajo.

–Ya tenéis profesora para la clase.

Tilda sonrió también.

–Estupendo –la abrazó–. Quedaos a cenar para que lo celebremos. Ya tengo el asado en el horno. Vamos a enseñarte dónde tendrán lugar las clases y tenemos que cerrar algunos detalles más antes de que ponga toda la información en la página web.

En ese momento oyeron gritar a la niña.

–¡Cherry! –dijo Allison, yendo hacia la habitación. Alex salió a por la silla de ruedas y la llevó hasta la habitación.

La niña sonrió con timidez nada más verlo.

–Parece que he llegado justo a tiempo –dijo él–. Su silla, *signorina.* Allison dudó, pero su hija se inclinó hacia delante, obligándola a sentarla.

–Me da la sensación de que mi hija se ha quedado muy impresionada con usted, señor Casali.

–Dado que vamos a trabajar juntos, me gustaría que me llamases Alex. Y yo te llamaré Allie. Aquello la molestó. Y Alex se dio cuenta de que le gustaba verla enfadada.

–Prefiero Allison.

–Tilda quiere enseñarte el rancho –dijo él–. Antes de que lo preguntes, podemos llevar la silla de ruedas a todas partes, así que Cherry puede venir con nosotros –se inclinó hacia la niña–. ¿Quieres venir a dar una vuelta?

Ella asintió y miró a su madre.

–Está bien –le dijo Allison.

Volvieron a la cocina, donde Tilda estaba dándole la vuelta al asado.

–Cuando volvamos estará listo.

–No quiero darte más trabajo, Tilda.

–Tonterías, ya te he dicho que hay comida suficiente. Y no solemos tener compañía –miró a Alex–. Éste vive como un ermitaño –miró a Allison–. Tal vez tú puedas cambiar eso.

Veinte minutos más tarde, subidos en la camioneta de Alex, fueron todos hasta el rancho de huéspedes. Atravesaron una arboleda y nada más tomar un polvoriento camino aparecieron a la vista varias cabañas y una estructura de dos pisos.

–Impresionante –comentó Allison.

Tilda sonrió.

–Hay doce cabañas de una y dos habitaciones, y en la casa principal, otras diez habitaciones. Estamos anunciando ésta para reuniones familiares y de negocios.

Alex aparcó delante de la casa principal.

–Por si no os habíais dado cuenta, a Tilda se le dan muy bien las relaciones públicas –comentó.

–Bueno, alguien tiene que darnos publicidad –contestó Tilda.

Alex murmuró algo entre dientes y bajó de la camioneta. Allison no entendió lo que había dicho, pero supuso que había hablado en italiano, ya que el apellido Casali lo era.

¿Qué hacía un italiano en Texas?

Alex abrió la puerta de atrás para sacar a Cherry.

–Ven, pequeña. ¿Quieres dar un paseo?

La sacó del coche y la puso en su silla.

Allison salió por su lado y vio que Alex ya estaba empujando la silla hacia la casa. Tilda abrió la puerta. Entraron en una habitación grande, donde olía a madera recién cortada. Tilda encendió las luces y Allison vio una enorme chimenea y unas anchas escaleras que daban al piso de arriba. Los muebles todavía estaban cubiertos por plásticos, pero parecían de cuero.

–Increíble –susurró Allison.

–Eso pensamos nosotros también –Tilda la llevó hasta otra habitación–. Aquí tendrían lugar las clases. Deberían caber unas doce o quince mesas y máquinas sin problemas.

Allison observó la habitación y entonces se dio cuenta de que Alex y Cherry estaban al lado de la ventana. Le llamó la atención la expresión de la niña.

–¿Ocurre algo? –le preguntó Tilda. –No, estaba pensando en todo el material que vamos a necesitar. –Bueno, de eso te ocupas tú. Dado que tienes la tienda, lo cobraremos aparte.

Allison sonrió.

–¿Estás segura de que vamos a tener alumnas?

–Ya casi tengo la clase llena. Espero conseguir quince personas. A mí siempre me ha encantado hacer colchas, sobre todo, porque conlleva pasar tiempo con amigas y con la familia.

–A mí me enseñó mi abuela cuando tenía más o menos la edad de Cherry. Emmeline Cole tenía mucho talento. Y yo todavía guardo algunas de sus colchas.

–Eso es lo que quiero conseguir con este taller. Quiero reunir a madres e hijas que quieran volver a venir año tras año.

Alex las observó desde el otro lado de la habitación. A

pesar de que el rancho estaba lejos de allí, tal vez tuviese que hacer algo para apartarse todavía más.

No le iba a ser fácil mantenerse alejado de Allison Cole. Miró a su hija y se le encogió el corazón. Tenía que poderse hacer algo por ella.

–¿Caballos? –susurró la niña, señalando por la ventana.

Él intentó no mostrarse sorprendido porque le hubiese vuelto a hablar. Se arrodilló a su lado.

–Ésa es Starlight, y su bebé –sonrió a la niña–. Tal vez quieras ponerle tú el nombre.

Ella lo miró y arrugó la nariz cubierta de pecas. Aquello hizo que Alex desease protegerla. Se preguntó quién le habría hecho tanto daño que la niña había decidido no volver a hablar.

Tilda y Allison fueron hacia ellos. –¿Qué estáis tramando vosotros dos? –inquirió Tilda.

Alex le guiñó un ojo a Cherry.

–Es un secreto.

Miró a su madre y vio que estaba sufriendo.

Él también había sufrido mucho, con una madre que siempre había pensado en ella antes que en sus dos hijos. Allison Cole parecía preocuparse de verdad por su hija. No obstante, no habría sido la primera vez que lo engañaban.

Por eso ya no dejaba que nadie se le acercase demasiado, para no sufrir.

CAPÍTULO 3

–¡MALDITO animal! –gritó Alex, intentando recuperar el control del semental, que se resistía a obedecer las órdenes.

Pero Whiskey Chaser no iba a poder con él, así que continuó montándolo con determinación hasta conseguir que galopase por el corral.

Alex no se sintió demasiado satisfecho. Había pasado toda la semana anterior intentando domar al animal. Había tenido demasiadas distracciones. Desde que Allison Cole y su hija habían llegado, se había acabado su paz y tranquilidad. No había dejado de esperar que volviesen a aparecer por el rancho, cosa que no había ocurrido.

Él sabía al detalle todo lo que estaba ocurriendo, se lo contaba Tilda aunque no le preguntase.

Condujo a Chaser de vuelta al establo y allí se encontró con su capataz, Brian Perkins. Con cuarenta años, había perdido su propio rancho al divorciarse de su mujer diez años antes, y había ido allí a pedir trabajo.

Había sido precisamente él quien lo había convencido para que empezase a criar caballos cuarto de milla.

–Hoy ha estado bien –comentó Brian, tomando las riendas–. Aunque sigo pensando que deberías ponerlo a correr por la pista, a ver cómo lo hace. Quiere correr.

–Inténtalo tú si quieres –le dijo Alex.

Eso era lo que le gustaba de Brian, que le hacía sugerencias, pero nunca lo presionaba para que tomase decisiones. También le gustaba que no hablasen nunca de cosas demasiado personales. Él sabía que Brian había estado casado y tenía dos hijos, John y Lindsey, a los que mantenía. Los chicos habían ido a verlo allí en verano. Aparte de eso, no le había contado mucho más de su pasado. No obstante, Alex sabía que podía contar con él, y a

la inversa.

Alex desmontó del caballo, que fue conducido a su establo por otro trabajador. Se giró hacia Brian y vio que se acercaba un vehículo. Era el todoterreno de Allison Cole. El coche se detuvo delante de la casa, pero Allison no bajó; Tilda salió de la casa, se subió a él y ambas se fueron hacia las cabañas.

–Parece que Tilda está preparada para la gran inauguración –le dijo Brian–. ¿Y tú?

Alex se quitó los guantes.

–No, no me hace gracia la idea de tener el rancho lleno de mujeres.

–Supongo que a mí tampoco. Será más interesante cuando vengan futuros vaqueros, dentro de un par de meses.

Alex no sabía cómo iba a salir aquello, pero tampoco le preocupaba.

–¿Has encontrado ya a los hombres necesarios para ir a reunir el ganado en otoño? Si vamos con jóvenes inexpertos, vamos a necesitar más ayuda.

Brian asintió.

–Tengo la sensación de que este año vamos a tener mucho más trabajo.

Alex miró hacia el rancho de huéspedes. Se preguntó si Cherry estaría con su madre.

Cuando volvió a girarse, Brian lo estaba observando.

–Es una pena lo de la niña. Tilda me ha contado cómo reaccionó con Buckshot.

–Sí –admitió Alex.

–¿Por qué no le enseñas a Maisie? –le sugirió su capataz–. Tal vez le guste.

Habían adquirido el poni junto a un lote de ganado en una subasta. Alex pensó que le apetecía ver sonreír a la niña, y hacer reaccionar a la madre también.

–Supongo que no le hará ningún daño.

Allison llevó a Cherry en la silla hasta la sala de conferencias. Allí contó dieciséis mesas con sus máquinas de coser y una gran mesa en la parte delantera de la habitación. Fue hacia los estantes que había en una de las paredes, en los que había varios rollos de tela.

Tilda se acercó a ella.

–He organizado todo lo que me pediste, y las telas que trajiste de la tienda. ¿Se me ha olvidado algo?

–Esto es increíble, Tilda. Has debido de trabajar día y noche para conseguir tenerlo todo preparado.

–Me han ayudado unas amigas. Les he prometido que podrán asistir a alguna clase. Son admiradoras tuyas, Allison. Y les gustaría ayudarte con Cherry también si hace falta.

Allison no podía creerlo. Los dos últimos años habían sido una pesadilla, entre el accidente y el divorcio.

–Oh, Tilda… No sé cómo darte las gracias por todo lo que has hecho.

–Bueno, he anunciado el curso como algo fuera de serie, y lo será con tu participación –sonrió–. Sólo quiero que estés cómoda. Me gustaría poder hacer dos cursos al año. Tal vez hasta consigamos que vuelvas a la televisión.

Allison se quedó helada. Si lo hacía, Jack se llevaría la mitad de todo lo que ganase. Y, además, le había hecho una promesa a su hija.

–Será mejor que vayamos poco a poco –miró a la niña–. Entre la tienda y la terapia de Cherry, ya tengo suficiente.

–Por supuesto.

De repente, Cherry empezó a hacer sonidos y señaló hacia la ventana. Tilda se acercó a la niña. –Vaya, parece que Alex te ha traído otro amigo. Allison vio al ranchero montado en su semental negro, con un poni detrás de él.

–Ésa es Maisie –les dijo Tilda–. Lleva por aquí un par de años. Es tan dócil como un perro grande y le encantan los niños, aunque no suelen venir muchos por aquí.

Allison vio cómo Alex desmontaba y ataba las riendas de su caballo al porche. Luego se llevó al poni más lejos y lo ató también.

Miró por la ventana y se tocó el sombrero, y luego fue hacia la puerta dando grandes zancadas.

–Es un vaquero muy guapo, aunque no haya nacido ni se haya criado en Texas –comentó Tilda.

Allison estaba de acuerdo. El corazón se le aceleró al oír sus botas en el suelo de madera. Lo vio aparecer en la puerta.

–Buenas tardes, señoras –dijo, dirigiéndose directamente hacia Cherry–. Tengo una bonita sorpresa para ti, *uccellino* –se echó el sombrero hacia atrás y miró a Allison con sus grandes ojos grises–. ¿Puedo llevar a tu hija a que conozca a Maisie?

¿Cómo iba a decirle que no?

–Podríamos ir todos juntos.

Él asintió y, en vez de empujar la silla de Cherry, la levantó con sus fuertes brazos. Allison se dio cuenta de que su hija parecía contenta, así que no protestó.

Salieron todos al porche y se acercaron al poni dorado con la crin y la cola blancas.

–Cherry, ésta es Maisie. Lleva dos años viviendo en el rancho, pero ningún niño viene a visitarla. Por eso le alegra tanto que hayas venido tú hoy.

Allison tuvo que contener sus emociones al ver cómo su hija acariciaba al animal. Por primera vez en mucho tiempo, se sintió esperanzada.

Alex pensó que le ocurría algo cuando tenía a la niña cerca. Tal vez le recordase a su hermano y a él. Tenían más o menos la edad de Cherry cuando fueron enviados a Estados Unidos por un padre que no los quería, a una

madre que tampoco los quería.

Miró a Allison. A ella sí parecía importarle su hija. Se preguntó por qué no hablaría la pequeña.

–¿Caballo? –susurró la niña para que nadie la oyese.

Por algún motivo, a él sí le hablaba. Le había confiado su secreto. Y Alex no iba a traicionarla, todavía no.

–Es un poni, Cherry. Maisie es un poni.

Cherry sonrió con timidez y susurró la palabra «poni». Luego se echó hacia delante, como si quisiese subirse encima del animal.

–Eh, vaquera –dijo él–. Me parece que todavía no estás preparada para eso. Antes de que subas necesitamos una silla.

Allison se acercó.

–Cariño, no sabes montar.

A la niña no le gustó aquello y se puso a llorar. Muy fuerte.

Alex se apartó del poni.

–Llorando no vas a conseguir nada –le dijo al oído–. Demuéstrale a mamá que eres una niña grande.

Cherry dejó poco a poco de llorar. Alex sacó un pañuelo y le limpió los ojos.

–¿Mejor? Ahora, hoy vamos a acariciar al poni y tal vez otro día podamos montarlo. Tu mamá nos tiene que dar permiso, ¿de acuerdo?

Ella lo miró fijamente y a Alex se le ablandó el corazón y supo que se estaba metiendo en un buen lío. Miró por encima de su hombro y vio a la guapa Allison Cole. En un enorme lío.

Dos horas más tarde, Allison y Cherry estaban cenando otra vez con Alex Casali y Tilda. A Allison le sorprendió que su hija lo comiese todo sin protestar. Después de la cena, Alex desapareció.

Tilda le dijo que ya estaba todo preparado, que sólo tenía que volver el día antes del curso para instalarse en su cabaña.

–Creo que va siendo hora de que nos marchemos –dijo, mirando hacia su hija, que se había quedado dormida.

Tilda sonrió.

–Qué rica. Ha tenido un día muy ocupado y muy cansado. Allison recogió sus cosas. –Voy a meterlo todo al coche y luego volveré por ella –salió al exterior, dejó los libros en el asiento y volvió a la casa. Estaba subiendo las escaleras cuando apareció Alex con la niña en brazos–. No era necesario.

–No pasa nada, ¿puedes abrirme la puerta? –Por supuesto –Allison volvió al coche y abrió la puerta. Alex colocó a la niña en su silla con cuidado, pero no consiguió abrocharle el cinturón. –Es un poco difícil –dijo ella, metiéndose dentro del coche.

De repente, se dio cuenta de lo pequeño que era. Estuvo a punto de chocar con Alex, que la miró a los ojos, haciendo que se le acelerase el corazón.

–Ya está –añadió, saliendo enseguida–. Iré por la silla y nos marcharemos.

–Quédate aquí, yo iré por ella.

Un minuto después volvía con la silla.

–¿Cómo puedes con ella? –le preguntó a Allison.

–Soy más fuerte de lo que parezco.

–Seguro que sí –dijo él–, pero eso no quiere decir que no puedan ayudarte de vez en cuando.

–Prefiero hacerlo sola, es más seguro –respondió ella, apartando la mirada.

–Te seguiré hasta la ciudad –dijo Alex.

Y antes de que a Allison le diese tiempo a contestar, ya estaba subido a su camioneta.

Estuvo a punto de seguirlo y darle una charla, pero estaba oscureciendo y no le apetecía volver sola. Así que decidió dejar que se hiciese el héroe, por Cherry.

Veinte minutos más tarde se había hecho de noche. Alex siguió a Allison hasta el centro histórico de la ciudad. Ella aparcó en un callejón que daba a la parte trasera de su tienda y Alex se detuvo justo detrás y salió enseguida del coche para ayudar a bajar a la niña antes de que su madre le dijese que no lo hiciese.

La niña se acurrucó contra su pecho y él intentó no dejarse llevar por la emoción. Siguió a Allison al interior del edificio. Subieron unas escaleras y llegaron a un gran salón en el que hacía mucho calor. Allison fue hacia la ventana y encendió el aire acondicionado.

–La habitación de Cherry está aquí.

Llegaron a una habitación pequeña con una cama. Allison apartó las sábanas y él fue a dejarla, pero la niña se despertó y protestó.

–Eh, espera a que tu madre te ponga el pijama y luego volveré a darte las buenas noches –le dijo, pero la niña siguió agarrándolo del brazo–. Recuerda que eres una niña grande.

Cuando por fin lo hubo soltado, Alex fue a por la silla de ruedas y la subió a la casa. Luego, se entretuvo curioseando por el salón, que le recordó al mejor sitio en el que había vivido de niño.

Luego se preguntó dónde dormiría Allison. Se maldijo. No quería estar allí. No quería ver cómo vivían. No quería que nada le recordase a su pasado. Era el momento de salir de esa casa y de olvidarse de Allison Cole y de su hija.

De repente, oyó su nombre en un susurro y vio a Allison,

que le señalaba hacia la habitación. La niña estaba en camisón, con un cuento en las manos.

–Le he dicho a Cherry que podías leerle dos páginas antes de que se durmiese.

Él pensó que no debía habérselo prometido.

–Eres tú el que nos ha seguido a casa, así que ahora tienes que asumir las consecuencias –añadió Allison sin levantar la voz.

Alex entró en la habitación y se sentó en el borde de la cama.

–Dime por dónde tengo que empezar.

Cherry sonrió y señaló la línea. Cinco minutos más tarde, estaba dormida. Él dejó el cuento en la mesita de noche y salió de la habitación.

–Muchas gracias –le dijo Allison, que lo estaba esperando.

Él la miró fijamente antes de preguntarle:

–¿Por qué vives así? –preguntó, señalando la escalera–. ¿Cuánto tiempo vas a seguir subiendo a tu hija por ahí?

–El tiempo que sea necesario. El tratamiento de Cherry es muy caro. Y también lo es montar un negocio.

–¿Y el seguro?

–Nos dieron una indemnización después del accidente, pero estoy empleando ese dinero para el tratamiento. Nos trasladamos aquí por su médico. Es el mejor.

–¿Cómo fue el accidente?

Allison apartó la mirada.

–Cherry iba en el coche cuando el vehículo recibió un golpe. Hacía muy mal tiempo.

–¿Y dónde está su padre?

–Eso no importa.

–¿Cómo que no? A mí me parece que él también debería asumir su responsabilidad.

–Jack ya no forma parte de nuestras vidas. Yo tengo la custodia de la niña, tanto económica como emocionalmente.

Alex se dio la vuelta. Así que su ex era un cretino. Él sabía muy bien lo fácil que era que un padre se olvidase de sus responsabilidades. Miró a Allison, que era menuda, testaruda y estaba decidida a demostrar que podía hacerlo todo sola.

Se dijo a sí mismo que debía marcharse de allí.

–¿Montas a caballo?

A ella le sorprendió su pregunta.

–¿Por qué? He montado alguna vez, hace años.

–¿Y Cherry? ¿Crees que sería capaz de mantenerse sentada en una silla de montar? –No estoy segura de que sea buena idea. –¿La has visto hoy con Maisie? ¿Has oído hablar de la terapia con caballos? –Sí, pero no puedo tomar una decisión sin consultarlo antes con el médico.

–En ese caso, pregúntaselo. Porque la niña va a estar toda la semana que viene en el rancho –dio un paso al frente–. Y otra cosa más: tu hija puede hablar. A mí me ha dicho tres palabras. Hoy me ha dicho «caballo» y «poni». En un susurro, pero lo ha dicho.

A Allison se le llenaron los ojos de lágrimas y se le encogió el corazón.

–Eh, no te lo he contado para que llores.

–Lo sé, pero hace tanto tiempo que no la oigo hablar… Y lo ha hecho con un extraño.

Alex no pudo evitarlo, agarró a Allison de los brazos.

–A veces es más fácil compartir las cosas con extraños.

Ella lo miró con sus ojos de color esmeralda llenos de lágrimas. Una de ellas corrió por su mejilla.

–Sólo quiero ayudarla –dijo Allison.

Alex le limpió la lágrima de la cara.

–Y ella lo sabe, Allie. Verás como vuelve a ser la de antes.

–No, no lo hará. Y no es culpa suya.

–¿Por qué dices eso?

–Porque yo fui la responsable del accidente.

CAPÍTULO 4

ELLA era la responsable del accidente de su hija.

Cuatro horas más tarde, Alex estaba sentado en su despacho, en casa. Aquél era su santuario, pero esa noche, después de la confesión que le había hecho Allison, no lograba relajarse ni siquiera allí.

Un rato antes, había hecho una búsqueda en Internet acerca de Jack Cole. Con ese nombre no lo encontró, pero descubrió que un tal Jack Hudson había sido primero su manager y, más tarde, se había convertido en su marido. Y después, en su ex marido.

Cerró los puños y pensó en su propio padre. Casi no se acordaba de él. Sólo recordaba el día en que Luca Casali los había mandado a él y a su hermano a Estados Unidos.

Al menos Allison estaba con su hija. Pensó en el dolor que había visto en su rostro cuando le había contado que había sido ella la causante del accidente.

Se dijo que tenía que haber sillas de montar especiales para niños con problemas, e hizo otra búsqueda en Internet.

En ese momento le entró un correo electrónico nuevo. Angelo. Sonrió al pensar en su hermano, que se había convertido en un jugador de béisbol famoso. El Ángel de Nueva York. Aunque en esos momentos estaba lesionado, y aburrido.

Alex le contestó que si necesitaba hacer algo, que fuese al rancho a echarle una mano.

Después abrió otro correo que llevaba dos meses esperando en la bandeja de entrada: *Boda familiar.* Empezó a leerlo de nuevo, a pesar de que se lo sabía de memoria.

Querido Alessandro:

Hola desde Italia. Sé que hace mucho tiempo que no tienes noticias de esta parte de tu familia, por eso intento comunicarme

contigo por este medio. He pensado que tal vez el mejor modo de retomar el contacto sea invitándote a venir a Italia, a mi boda. Los años pasan y me encantaría volver a veros. Por favor, si Angelo y tú vinieseis, el día sería perfecto.

Te enviaré una invitación formal por vía postal con la fecha y la hora. Un abrazo, Lizzie

Alex frunció el ceño mientras releía la breve respuesta que le había enviado:

Lizzie:

Muchas gracias por la invitación, pero no voy a poder aceptarla. Estoy demasiado ocupado aquí y no puedo dejar el rancho. Mis mejores deseos para tu día especial.

Alex

De repente, la familia de su padre quería saber de él. ¿Por qué, después de treinta años? ¿Dónde habían estado cuando los había necesitado, cuando Angelo y él no habían tenido ni un hogar ni una familia?

Cerró el ordenador. No quería pensar más en su familia italiana. No iba a ser él quien les descargara la conciencia. No había sido él quien les había dado la espalda.

Mientras volvía de San Antonio, Allison miró a su hija por el espejo retrovisor. La terapia no había ido bien. Cherry había estado todo el tiempo llorando y ella se había tenido que salir de la sala para que el fisioterapeuta hiciese los ejercicios con su hija.

Aparcó en la parte trasera de la tienda, contenta de estar en casa. Sacó la silla de ruedas, colocó a Cherry en ella y entró por la puerta de atrás. Oyó una voz masculina en la parte delantera, en la tienda, y fue hacia allí con su hija. El local era lo suficientemente grande para albergar su

negocio, el material y los diseños de las colchas.

Lo que no cabía era un enorme ranchero. Alex Casali iba vestido con vaqueros y una camisa de cuadros azul marino que acentuaba sus anchos hombros.

No había vuelto a verlo desde la noche en que las había acompañado allí. Desde que se lo había contado todo.

Miró a Mattie, que estaba cuidando de la tienda en su ausencia. La señora se estaba riendo con algún comentario de Alex.

Aquello agotó su paciencia.

–Mattie.

Al oírla, la otra mujer se dio la vuelta.

–Oh, Allison, ya habéis vuelto –miró a Cherry y se acercó a ellas–. ¿Qué tal estás, pequeña? Has tenido una mañana bastante difícil, ¿verdad?

Allison no separó la mirada de Alex.

–La sesión de hoy ha sido muy dura. Necesita echarse una buena siesta. Mattie, puedes irte a comer.

–Gracias, Allison –miró a Alex–. Encantada de conocerlo, señor Casali.

–El placer ha sido mío, señora –respondió éste.

Cuando Mattie se hubo marchado, Alex se acercó a Allison muy serio, luego miró a Cherry y sonrió.

–Hola, Cherry.

Ni siquiera él consiguió que la niña reaccionase.

–Está muy cansada.

Pero cuando Allison intentó llevársela, empujando la silla, la niña se inclinó hacia Alex. Éste la tomó en brazos sin dudarlo.

–Tienes que descansar, pero quería decirte que Maisie te echa de menos y quiere saber cuándo vas a ir a verla.

Para sorpresa de Allison, Cherry se echó a reír.

Alex la miró con una ceja arqueada.

–¿Qué ocurre? ¿No te crees que haya hablado conmigo?

Otra risa. –¿Sabes otra cosa? Maisie tiene cosquillas. Te lo demostraré cuando vengas al rancho.

En esa ocasión, Cherry bostezó.

Allison, celosa por cómo se estaba comportando su hija con Alex, intervino. –Creo que la niña tiene sueño. Cherry protestó, pero accedió a ir con su madre. Allison la llevó a la oficina, en la que había un sofá cama, y la acostó en él. La niña cerró los ojos al instante.

–Duerme bien, cariño –Allison le dio un beso y salió.

Alex estuvo curioseando por la tienda hasta que Allison volvió.

–¿Se ha dormido?

–Sí –respondió ella, acercándose a cerrar el libro de diseños que Alex había estado hojeando–. ¿Puedo ayudarte en algo?

–Soy yo el que ha venido a ayudarte. He venido a recoger el material del taller. –Ya lo llevaré yo mañana. Gracias, pero no quiero molestarte. –Si me molestases, te lo diría. De todos modos, tenía que venir a la ciudad.

Ella asintió.

–Gracias. Hay dos cajas preparadas. Están en el rellano.

Él se quedó donde estaba. Era difícil no fijarse en Allison, con sus grandes ojos de color esmeralda, la piel cremosa y una boca generosa. Llevaba el pelo recogido en una coleta, dejando al descubierto la delicada línea de su mandíbula. Se le hizo un nudo en el estómago.

Ella apartó la mirada. –Si eso es todo, no quiero entretenerte más –le dijo. –De hecho, quería saber si le has preguntado al médico si Cherry puede montar a caballo.

–No, pero lo he hablado con el fisioterapeuta. Me ha

dicho que puede hacerlo si utiliza una silla especial. Y si quiere hacerlo.

–Ya tengo la silla.

–Espera un momento –dijo ella, visiblemente sorprendida–. ¿Le has comprado una silla?

Alex se encogió de hombros.

–No pasa nada. –Claro que sí. Las sillas de montar son caras, y una especial ha debido de costarte una fortuna. –No te preocupes, Allie. No voy a morirme de hambre. Ya no.

Al día siguiente, Allison entró en lo que sería su casa y la de Cherry durante la semana siguiente. Era una cabaña de dos habitaciones rodeada de árboles. Tenía un salón espacioso con una enorme chimenea, cocina y los suelos de madera.

–¿Te gusta?

Se giró y vio a Tilda en la puerta.

–Esto es increíble. Podría vivir aquí toda la vida. A la otra mujer se le iluminó la mirada. –Tal vez podamos llegar a un acuerdo. Antes de que a Allison le diese tiempo a responder, Tilda ya se había ido. La siguió hasta el coche para sacar a Cherry. El porche tenía una rampa, por lo que no tendría que hacer demasiados esfuerzos con la silla.

–Gracias por la rampa –le dijo a Tilda.

–De nada, aunque la idea se le ha ocurrido a Alex, así que agradéceselo a él.

Aquello confundió a Allison, que había pensado que a Alex no le gustaba nada su presencia allí. Pero le había comprado una silla a Cherry y había puesto una rampa. Si además de guapo resultaba ser un buen tipo, le iba a ser muy difícil ignorarlo.

–Ven a ver la casa nueva, cariño –le dijo a su hija, sacándola del coche.

Se dio la vuelta con ella en brazos y estuvo a punto de

chocar con Alex.

–Ah, lo siento, pensé que sólo estaba Tilda.

–Ha tenido que ir a hacer otra reserva. Deja que te ayude.

Allison no protestó cuando le quitó a la niña de los brazos, pero no pudo evitar dar un grito ahogado cuando sus dedos le rozaron el pecho, causándole un escalofrío que la pilló desprevenida. Se apartó enseguida y fue por la silla de ruedas.

–Hola, *uccellino* –le dijo él a la niña.

Allison sintió celos de su hija. Aunque fuese una locura. Además, técnicamente, él era su jefe. Y necesitaba el trabajo.

Una vez dentro, Alex dejó a Cherry en su silla.

–¿Qué vas a querer hacer hoy? –le preguntó.

Cherry miró a su madre. Era evidente que quería ver a los caballos.

–Dime lo que quieres hacer –le dijo ella.

Cherry frunció el ceño y miró a Alex.

–Tu madre tiene razón –tomó la mano de la niña–. Dímelo otra vez, Cherry. Puedes hacerlo.

La niña lo retó con la mirada.

–En ese caso, no podrás tener tu sorpresa hoy –le dijo Alex.

–Caballo –susurró por fin Cherry.

Allison dio un grito ahogado.

–Muy bien, pequeña. En ese caso, si a tu madre le parece bien, tal vez podamos ir a montar en Maisie.

Allison asintió.

–Después de comer y dormir la siesta.

Alex se incorporó.

–Está bien. En ese caso, volveré después de la siesta –las dos le sonrieron y él supo que tenía que salir de allí–. Hasta luego.

Ya estaba en el porche cuando Allison lo llamó.

–Sólo quería saber qué quiere decir lo que llamas a Cherry en italiano.

–La llamo *uccellino.* Quiere decir «pajarillo» –respondió Alex.

–Qué encanto.

–Me habían llamado muchas cosas en esta vida, pero nunca eso.

Ella sonrió.

–Tu secreto está a salvo conmigo –se puso seria de nuevo–. Gracias por hacer que Cherry hable. No tienes ni idea de lo que eso significa para mí.

Alex sintió algo extraño en el pecho. No sabía por qué, pero le gustaba que Allison lo elogiase.

***

Esa misma tarde, Allison se sentó en la valla del corral y observó con alegría a Cherry, que sonreía de oreja a oreja. Se sentía muy orgullosa, montando a Maisie. Iba sentada en su silla especial, un trabajador del rancho guiaba al poni y Alex caminaba a su lado, alabando sus cualidades de amazona.

–Lo está haciendo muy bien.

Allison se giró al oír aquello y vio a un hombre de unos cuarenta años. Sonreía y su mirada era amable.

–Sí.

–Soy Brian Perkins, el capataz de Alex.

–Allison Cole –respondió ella–. Voy a dar el taller de acolchado esta semana.

–Ya lo sé. Y ésa es su hija, Cherry. Jamás pensé que

vería algo así. Una mujer que ha conseguido conquistar al jefe. No me extraña, esa niña es un encanto. Me recuerda a mi hija cuando tenía la misma edad. Enseguida saben cómo manejarnos, a los pobres hombres.

–¿Pobres hombres? En eso no estoy de acuerdo.

Brian se echó a reír y ella lo imitó. No se dio cuenta de que Alex se estaba acercando a ellos.

–Si tenéis tiempo para estar aquí, es que no tenéis suficiente trabajo.

Ambos se giraron hacia él, que no parecía nada contento.

–Encantado de conocerla, señora Cole –le dijo Brian antes de irse.

–Allison –lo corrigió ella–. Encantada de conocerte, Brian.

El capataz se dirigió a los establos y Allison se volvió hacia Alex, que parecía un poco enfadado.

–¿Pasa algo porque hable con Brian?

–No, que yo sepa.

–Pues has sido muy grosero.

–En el rancho hay mucho trabajo y yo me ocupo de que todo el mundo haga el suyo.

Allison sonrió a su hija.

–Será mejor que nos olvidemos del tema –añadió Alex–. ¿Puedes enseñarle a tu hija cómo montas tú?

–No. No he montado a caballo desde que tenía diez años.

–En ese caso, ya tienes experiencia –uno de los trabajadores del rancho se acercó a ellos–. Jake, ésta es la señora Cole. Va a pasar aquí una semana con su hija Cherry.

El joven vaquero se tocó el sombrero.

–Es un placer, señora –sonrió a la niña–. Encantada de conocerla también, señorita Cherry. Soy Jake.

La niña sonrió con timidez.

Alex le dio a Jake las riendas de Maisie.

–Ocúpate de la señorita Cherry mientras yo le presento a Honey a la señora.

Alex la agarró del brazo y la llevó hasta un caballo ya ensillado.

–Honey es tan mansa como un corderito.

–Eso ya lo veo, pero no me gusta que no me hayas preguntado antes.

–Lo hice en tu apartamento.

–Me preguntaste si había montado alguna vez, no si quería montar hoy.

Alex contó hasta diez en silencio. Aquella mujer lo iba a volver loco.

–Está bien, ¿quieres montar a caballo hoy? –levantó una mano–. Antes de que me contestes, mira la cara de tu hija.

–Es muy injusto que la utilices a ella para conseguir lo que quieres.

–No, estoy intentando que Cherry consiga lo que quiere. ¿Vas a decepcionarla?

Ella arrugó su preciosa nariz.

–Eso, nunca.

Tomó el sombrero de paja que había en el cuerno de la silla y se lo puso.

–Vamos a empezar. Pon el pie izquierdo en el estribo.

Allison se apartó el pelo de la cara y le arrebató las riendas.

–Olvídalo, ayúdame tú.

Alex entrelazó los dedos, ella puso el pie encima y subió a la grupa de Honey. Luego metió los pies en los estribos y tiró de las riendas, haciendo retroceder al animal.

Se caló bien el sombrero, chasqueó la lengua y el caballo salió corriendo hacia el fondo del corral. Cuando llegó allí, Allison lo hizo girar y le golpeó en los costados para volver galopando hasta donde estaba Alex. Se detuvo justo delante de él. Cherry aplaudió y varios hombres la vitorearon.

–Eres una caja de sorpresas, Allison Cole –le dijo Alex.

Ella se encogió de hombros.

–Supongo que no se me ha olvidado del todo lo que sabía.

Y él se dio cuenta de que era ella lo que le iba a costar olvidar.

CAPÍTULO 5

A LA mañana siguiente, de pie junto a la ventana de su despacho, Alex observó como pasaban varios coches en dirección al rancho de huéspedes. Era el día de inauguración y asistirían más de veinte mujeres. Invadirían su espacio. Su privacidad. Deseó no haberse equivocado al permitirlo.

Entonces pensó en Allison y Cherry, que en sólo unos días habían pasado a formar parte de su vida. Había estado con ellas más de lo necesario.

Cerró los ojos. Todavía podía ver a Allison mirándolo con terquedad, como queriendo decirle que lo tenía que hacer todo sola.

Y él estaba de acuerdo con respecto a ella, pero la niña era agua de otro costal. Tal vez Allison no lo supiese, pero necesitaba ayuda con Cherry. No podía hacerlo todo sola. Se preguntó si debía ayudarla él. Y si ella aceptaría su ayuda. Probablemente, no.

Alex gruñó y se dio la vuelta. Brian estaba en la puerta.

–He llamado –dijo éste–, pero parecías perdido en tus pensamientos.

Alex ignoró el comentario.

–¿Necesitas algo?

–Han venido del rancho Gilbert a recoger el toro. Necesito los papeles.

El toro. A Alex se le había olvidado por completo.

–Están encima del escritorio.

Brian encontró el certificado de venta, pero no se marchó. Se acercó a Alex y miró por la ventana también.

–Así que hoy es la gran inauguración de Tilda.

–Sí, estos últimos días está como loca, preparándolo

todo.

–Ya lo sé, los chicos llevan varios días ayudándola. Aunque no les importa, sobre todo, estando Allison.

–¿Qué quieres decir? –le preguntó Alex, girándose hacia él–. Será mejor que no la molesten.

–Estoy seguro de que Joey y Pete han intentado ligar con ella, pero son inofensivos. Y respetuosos.

Alex se puso un poco tenso al oír aquel comentario.

–Pues asegúrate de que no ronden demasiado por ahí. Allison tiene que trabajar, y ellos, también.

Brian frunció el ceño.

–Venga, Alex, no te pongas así. Ya conoces a Joey y a Pete. Son buenos chicos, pero tienes que admitir que Allison Cole es una bonita distracción.

–Aun así, no quiero que la molesten –insistió Alex.

–Te veo muy protector. ¿Por qué no admites que te sientes atraído por ella?

–Allison Cole será una empleada más del rancho durante toda la semana. Además, no es mi tipo.

Brian arqueó una ceja.

–Allison es el tipo de cualquier hombre –chasqueó los dedos–. Se me había olvidado, no quieres relaciones serias.

–Mira quién habla.

–Eh, yo por lo menos lo intenté. Además, no puedo permitirme el lujo de salir con ninguna mujer; dentro de un par de años tendré que pagar la universidad de mis hijos.

–No te preocupes, tendrás suficiente –Alex fue hacia el archivador y sacó una carpeta en la que ponía *Perkins.*

Se la dio a Brian.

–Abrí una cuenta el segundo año, cuando empezamos a ganar dinero con el rancho. Le di a Angelo parte de los beneficios para que los invirtiera, ya que a él se le da muy bien hacer dinero.

Brian abrió la carpeta y juró.

–Alex, no puedo aceptarlo.

–¿Por qué no? –gruñó él–. Has trabajado tanto como yo para levantar este lugar. Considéralo una prima. Brian miró fijamente el saldo de la cuenta bancaria y sacudió la cabeza.

–No sabes cuánto te lo agradezco. Ha sido muy duro no poder ser padre a tiempo completo de John y Lindsey, pero ahora podré darles lo que necesiten sin preocupaciones. Muchas gracias, Alex.

–A mí me parece que estás haciendo un buen trabajo con ellos. Nunca los has abandonado, así que no permitas que nadie te diga que no eres un buen padre.

Sin poder evitarlo, Alex volvió a pensar en Allison. ¿Cómo podían haberla dejado? ¿Y a su hija? Aunque su propio padre lo había hecho sin parpadear.

Brian interrumpió sus pensamientos.

–La pequeña Cherry es difícil de resistir. Y parece estar muy unida a ti.

Alex no quería que nadie se sintiese unido a él. Sólo su hermano. Hacía mucho tiempo que había aprendido que era más seguro guardar las distancias.

***

Allison miró el reloj y vio que eran casi las cinco. El primer día de taller se le había pasado volando.

Se paseó entre las mesas y vio que todas sus alumnas habían avanzado en el trabajo, y ayudó a una principiante a escoger material. Había mujeres de veinte a setenta años, y dos parejas de madres e hijas, Trudy y Sally Monroe, y Connie y Alissa Huntington.

Miró hacia el ventanal y vio a su propia hija sentada con su muñeca favorita, pero sin jugar. Miraba por la ventana hacia el rancho. Seguro que estaba buscando a Alex, al que casi no habían visto ese día.

Odiaba que le molestase tanto su repentina desaparición. No podía dejar de pensar en cómo había

tratado a Cherry, que tanto ansiaba tener un padre. Por ese mismo motivo, no podía permitir que se encariñase demasiado de él. Cuando el taller terminase volverían a la ciudad y se acabarían los caballos y los vaqueros.

Además, después de su desastroso matrimonio, no podía confiar en ningún otro hombre.

No, por muy guapo que fuese Alex Casali, tener una relación con él era una mala idea.

–Allison.

Se giró y vio a Jenny Collins, una profesora de unos treinta años, soltera y que vivía en San Antonio. Era de las principiantes.

–¿Sí, Jenny?

–Sólo quería enseñarte lo que he hecho. ¿Está bien? Allison examinó detenidamente con ojo experto su trabajo.

–Está estupendamente.

Jenny miró hacia el otro lado de la habitación. –¿También va a venir a tus clases? Allison se giró y vio a Alex en la puerta. –Ah, no, ése es Alex Casali. El socio de Tilda.

La profesora sonrió todavía más.

–Creo que tenía que haberme apuntado a clases de equitación. –Dudo que el señor Casali dé clases, pero puedes preguntárselo si quieres. Se acercó a él, que estaba interrumpiendo su clase.

–Alex, ¿puedo hacer algo por ti?

–Pensé que la clase ya habría terminado. Quería llevarme a Cherry a montar. –Lo siento, pero todavía me falta un rato. Muchas gracias, pero no puedo escaparme. –Bueno… podría llevarme a la niña yo –se ofreció.

Allison miró a su hija. En cuanto había visto a Alex, se le había iluminado el rostro. Alex fue hacia Cherry y ella no tuvo fuerzas para detenerlo.

–Hola, pequeña, ¿qué tal tu día?

Cherry se olvidó de su muñeca y agarró al ranchero de la mano.

–¿Lleva aquí metida todo el día? –le preguntó a Allison.

–No, hemos comido en la cabaña y también ha estado fuera con las amigas de Tilda, Carol y Charlotte.

–Bueno, pues necesita hacer ejercicio. ¿Y si la llevo a montar a Maisie?

–Ya te he dicho que ahora no puedo escaparme.

–Puedo llevármela yo ahora, y venir tú después.

Allison no quiso tener aquella discusión delante de sus alumnas, que los estaban escuchando.

–Está bien, llévatela, pero no salgáis del corral.

Alex comenzó a caminar hacia la silla de ruedas de Cherry, pero Allison lo detuvo tocándole un brazo y le dijo:

–Después tenemos que hablar de esto, para que no haya malentendidos en el futuro.

Cuando se hubieron marchado, Allison miró a sus alumnas.

–Oficialmente, es hora de marcharse, pero dado que hoy hemos empezado tarde, podríamos trabajar un rato más.

Tilda se acercó a ella.

–Muchas gracias, Allison. No te preocupes por tu hija; te aseguro que Cherry está en buenas manos.

Ella asintió. Eso era lo que la preocupaba.

Esa misma noche, Allison cerró la puerta de la habitación de su hija, que por fin se había dormido, y se fue a la cocina a repasar la clase del día siguiente.

Llamaron a la puerta, fue a abrir y se encontró con Alex con el sombrero en la mano. Parecía que se había duchado y afeitado. ¿Acaso iba a salir?

Allison intentó no preguntarse por su vida personal.

–Alex, ¿ocurre algo?

–Dímelo tú, que eres la que querías que habláramos.

Ella intentó no sentirse intimidada, pero era difícil.

–Sólo quiero que me preguntes con más tiempo si Cherry puede ir a montar, en vez de interrumpir mi clase.

Él la observó durante unos segundos y, finalmente, dijo:

–¿Con qué clase de cretino estuviste casada?

Allison se quedó de piedra, cerró la puerta y salió al porche con él.

–¿Te importaría hablar más bajo? Y con quién estuve casada no es asunto tuyo.

–Lo es, cuando me miras como si fuese el diablo en persona. Nunca le haría daño a tu hija, y estoy cansado de demostrártelo.

Alex intentó marcharse, pero ella lo agarró del brazo.

–Alex, por favor, tienes razón. No he sido justa contigo –suspiró–. He protegido demasiado a mi hija desde el accidente.

–¿Porque fue culpa tuya?

A pesar de la oscuridad, Alex vio dolor y tristeza en el rostro de Allison.

–Yo no conducía el coche, pero tampoco era la madre que debía ser.

–Eso no me lo creo.

–Pues es cierto. Me pasaba el día trabajando y mi hija de tres años estaba siempre con la niñera.

–¿Y tu marido? ¿No debería responsabilizarse también de todo esto?

Ella se dio la vuelta.

Alex la siguió, deseando masajear aquellos delicados hombros, tan rígidos. Deseó abrazarla, liberarla de su carga.

–Allison…

Ella se dio la vuelta y lo miró.

–Jack no quería tener hijos, así que, cuando me quedé embarazada, no se alegró. Dado que también era mi manager, pensó que la maternidad arruinaría mi carrera, pero la audiencia aumentó y Jack aprovechó para alargar el programa.

–¿Y Cherry?

–Al principio, la llevaba conmigo, pero según fue creciendo, las cosas cambiaron. No podía tenerla en plató porque me distraía. Así que Jack contrató a una niñera.

–¿Tú qué querías?

–Tener más tiempo libre para estar con mi hija. Yo perdí a mis padres cuando era muy joven. Quería que mi hija tuviese a los suyos. No pensé que fuese tanto pedir.

–¿Y por qué no lo hiciste?

–Porque tenía un contrato que cumplir. Jack me convenció para que aguantase otro año. Once meses después, Cherry iba con la niñera en el coche cuando un conductor borracho les dio un golpe.

Alex la abrazó. Sintió su rostro suave sobre el pecho y cerró los ojos. Jamás había sentido algo así. Notó que las lágrimas de Allison le mojaban la camisa.

–Allie, el accidente de Cherry no fue culpa tuya. Y sobrevivió. Además, es evidente que cada día está mejor.

–¿Por qué no habla conmigo?

–Lo hará, y espero que sea muy pronto.

–¿De verdad?

–De verdad.

La miró a los ojos y vio deseo en los de ella.

–Alex… –susurró.

–Maldita sea, mujer, me estás poniendo las cosas muy difíciles.

La abrazó más fuerte. Aquél fue su primer error. El

segundo fue bajar el rostro hacia el de ella. Al ver que Allison no retrocedía, la besó. Fue un beso largo y apasionado, y Alex tuvo que hacer un gran esfuerzo para detenerse y volver a tomar el control de la situación.

–Tengo que irme de aquí.

–Alex… –dijo ella, sujetándolo.

–No insistas, Allie. No creo que ninguno de los dos fuese capaz de asumir las consecuencias.

Y, dicho aquello, se marchó del porche. Aunque habría matado por volver a probar sus labios, no lo haría. No podía permitir que nadie se le acercase tanto.

CAPÍTULO 6

A LA tarde siguiente, Allison subió a su hija en el coche para llevarla a la terapia, pero a la niña no le gustó nada tener que marcharse del rancho.

–Cherry, deja de llorar o no irás a montar mañana.

Poco a poco, Cherry dejó de llorar. Allison cerró los ojos, respiró hondo y giró la llave, pero el coche no arrancó.

Volvió a intentarlo. Nada. Cherry empezó a protestar de nuevo.

–No pasa nada, cariño.

Oyó un golpe en la ventanilla. Sobresaltada, se giró y vio a Alex. –¿Qué ocurre? Después del beso de la noche anterior, había tenido la esperanza de no encontrárselo en todo el día, pero ya era demasiado tarde. –Creo que me he quedado sin batería –dijo con frustración.

Él miró hacia el asiento trasero.

–Hola, Cherry.

La niña rió.

Alex miró a su madre a los ojos.

–Vamos a sacarla del coche, hace mucho calor –dijo mientras se disponía a sacar a la pequeña del vehículo.

–¿Qué estás haciendo?

–Voy a llevaros yo a la terapia –arqueó una ceja–. ¿Algún problema al respecto?

Allison deseó rechazar su ayuda, pero no podía hacerlo.

–Gracias, eres muy amable.

–Qué sorpresa. Estaba seguro de que te pondrías a discutir conmigo.

–No cuando se trata de mi hija.

Treinta minutos después estaban en la clínica de San Antonio. Alex había pensado sentarse en la sala de espera, pero Cherry quiso que la acompañase, así que entró con ella.

La fisioterapeuta se acercó a ellos con una sonrisa en los labios.

–Hola, Cherry –miró a Allison–. Hola, señora Cole –después, a Alex–. Y usted debe de ser el señor Cole.

Allison se puso tensa.

–No, Kate, éste es el señor Casali. Nos ha traído hoy. Alex, ésta es Kate Boyer, la fisioterapeuta de Cherry.

Él asintió.

–Señorita Boyer. Kate lo miró, y después bajó la vista hasta su hija.

–Con un poco de suerte, Cherry querrá enseñarle lo que ha estado haciendo –dijo Kate–. Siéntese, señor Casali.

–Alex. –Entonces, llámame Kate –dijo ella sonriendo todavía más.

Alex observó los ejercicios que hacía con la niña y le preguntó a Allison, que se había sentado a su lado, si también los hacía en casa.

–A veces –contestó ésta, incómoda. Hacia el final de la clase, Kate susurró algo al oído de Cherry y luego llamó a Alex.

–Cherry quiere enseñarte algo. Es la primera vez que lo intenta –miró a Allison–. Las barras paralelas.

Observaron cómo llevaban a Cherry hasta ellas y Allison

vio pánico en el rostro de su hija y deseó poner fin a aquello, pero Alex apoyó las manos en sus hombros para tranquilizarla.

–Espera –le dijo–. Puede hacerlo.

–Oh, Alex, es tan pequeña…

Con la ayuda de otro fisioterapeuta y con los aparatos de las piernas, la niña se puso de pie. Alex la animó, y ella fue avanzando poco a poco. Una lágrima le corrió por la mejilla, pero no se detuvo. Después de cuatro pasos, Alex la levantó en volandas y la abrazó con fuerza.

–Estoy muy orgulloso de ti –se la llevó a su madre–. ¿Y sabes quién está también muy orgullosa? Tu mamá.

Cherry se lanzó con alegría a los brazos de su madre.

–Te quiero, Cherry –le dijo ésta–. Lo has hecho muy bien.

Poco después, Kate volvía a sentarla en su silla de ruedas y se despidió de ellos.

–Creo que tenemos que celebrarlo –comentó Alex cuando salían de la clínica–. Os voy a invitar a cenar donde quiera Cherry.

Dos horas después, tras haber pasado una hora en una pizzería, Alex llevó a Cherry y a su madre a casa. Luego esperó en el salón de la cabaña a que Allison hubiese acostado a la niña.

Se preguntó por qué esperaba. Se dijo a sí mismo que debía marcharse, que lo mejor era mantener las distancias.

Se giró al oír a Allison. Ella también parecía cansada. Pero sus miradas se cruzaron y vio deseo en la de ella.

–Debería marcharme –le dijo.

Ella no respondió, pero siguió avanzando hacia él. Sus ojos estaban llenos de emoción.

–Antes quiero darte las gracias.

–No hay de qué –contestó él, retrocediendo hasta dar

contra la puerta.

–¿Sabes cuántos meses llevamos trabajando para conseguir que Cherry se ponga en pie e intente andar? No lo había hecho nunca, hasta hoy, hasta que tú se lo has pedido.

–Será porque los caballos son míos, y le gustan mucho. Y haré lo que sea necesario para que avance con la terapia.

–¿Por qué lo has hecho? Ni siquiera querías tenernos aquí.

–Soy un hombre reservado, pero Cherry es sólo una niña. Si puedo ayudarla –se encogió de hombros–, ¿por qué no hacerlo?

–Te lo agradezco mucho, Alex, pero no puedo pedirte que vuelvas a acompañarnos a la terapia.

–No tienes que pedírmelo, me ofrezco yo –replicó. Después de decir aquello, se preguntó si estaba loco.

Allison lo miró fijamente.

–¿Qué ocurre? –preguntó él.

–No sé si va a ser buena idea, Alex. ¿Qué pasará cuando nos marchemos de aquí? ¿Cuando Cherry no venga todos los días a montar a caballo?

–Puedes traerla. Si yo no estoy, la ayudará otra persona. Te lo aseguro. –¿Y qué hay de lo que pasó anoche? Entre nosotros –añadió Allison. –Creo que fue algo mutuo.

–Yo no puedo empezar ahora una relación –apartó la mirada–. No sé si seré capaz de hacerlo… algún día.

–No te preocupes por eso, pero no puedo negar que me siento atraído por ti, lo mismo que tú por mí.

–Pero no podemos hacer nada al respecto. Tú tienes tu rancho, Alex, y yo, la tienda y a Cherry…

Alex no la dejó continuar; la besó apasionadamente mientras apretaba su cuerpo contra el de él.

De repente, fue consciente de lo que estaba haciendo y

retrocedió.

–Es probable que tengas razón. Esto no es buena idea.

La soltó y abrió la puerta. No obstante, el aire fresco tampoco lo ayudó. Nada podía hacerlo en lo referente a Allison Cole.

El día siguiente pasó deprisa y Allison se mantuvo ocupada para no pensar en Alex, pero no funcionó.

–Señoras, la clase ha terminado por hoy, aunque pueden seguir trabajando en sus proyectos si lo desean.

Miró el reloj y supo que Cherry estaría montando a Maisie. ¿Por qué no ir a montar ella un rato también?

Alex iba andando al lado de Maisie cuando vio a Allison saliendo del establo con Honey. Se había puesto unos vaqueros y una blusa rosa que realzaba el color anaranjado de su pelo. Aunque lo que más le sorprendió fueron sus botas de ante. Parecía toda una ranchera.

–Mami –susurró Cherry.

Él sonrió.

–Muy bien, pequeña. Es tu mami.

«Una mami muy sexy», pensó, todavía afectado por el beso de la noche anterior.

–Así que la profesora está haciendo novillos –bromeó.

Allison se acercó a su hija.

–La profesora ha terminado por hoy. Hola, cariño. Voy a montar un rato contigo, ¿qué te parece?

Cherry sonrió. Alex también se emocionó, pero intentó que no se le notase.

–Montar en el corral no tiene ninguna emoción –le dijo–. Pero podríamos ir a un arroyo cercano.

–¿Cómo de cercano?

–Está a menos de un kilómetro –miró a la niña–. Deberíamos darle un premio a Cherry por el esfuerzo que hizo ayer.

–Deberíamos –admitió Allison.

Alex le pidió a un trabajador del rancho que ensillase su caballo y luego llamó a Tilda desde su teléfono móvil para contarle sus planes.

–Siempre es buena idea decirle a alguien del rancho adónde vas –le comentó a Allison después de colgar.

–Y Tilda se preocupa por ti.

–Hace mucho tiempo que cuido de mí mismo, no necesito que nadie se preocupe por mí –dijo él entre dientes.

Media hora más tarde, Allison iba disfrutando del paseo a caballo por las montañas. Su hija iba montada en Maisie, cuyas riendas llevaba Alex. La niña parecía estar segura en la silla; de hecho, desde que había empezado a montar tenía más fuerza en la espalda. Si eso era lo que necesitaba para mejorar, la llevaría al rancho todos los días.

¿Qué pensaría Alex al respecto?

Allison sabía que no era buena idea y que tenía que mantenerse alejada de él. No quería que volviesen a hacerle daño. Y Cherry parecía tener el mismo problema que ella con el guapo vaquero.

De pronto llegaron a un claro y ante ellos apareció un arroyo.

–¡Qué bonito!

Alex desmontó.

–Es uno de los muchos arroyos del rancho, pero uno de mis favoritos –comentó mientras desataba una manta de su silla.

Allison desmontó también y fue hacia Cherry.

–Venga, *uccellino.* ¿Quieres comer algo? –le preguntó Alex a la niña después de extender la manta en el suelo.

Cherry asintió y él la desató de la silla y la dejó con cuidado encima de la manta. Allison se sentó al lado de su hija. Miró

al otro lado del arroyo y vio un ciervo.

–Mira, Cherry, un ciervo.

Alex volvió con una bolsa de lona.

–¿Qué es eso? –le preguntó Allison.

–Tilda nos ha preparado un picnic –respondió, tocándole a la niña la punta de la nariz y haciéndola reír. Alex miró a Allison y vio que estaba un poco dolida. –¿Y si dejamos que tu mamá mire qué hay de comida? –sugirió Alex. Allison abrió la bolsa y vio sándwiches, patatas fritas, macedonia de frutas y zumos. –Qué suerte habéis tenido. No hay nada de verdura.

Cherry rió mientras su madre abría los recipientes y escogía un sándwich de mantequilla de cacahuete.

Mientras comían, Alex les contó historias acerca del rancho.

–¿Sabéis por qué llaman a este lugar el arroyo de la suerte?

Cherry negó con la cabeza.

–Por un lado, porque más adelante tiene forma de herradura. Y ya sabéis que dicen que las herraduras dan buena suerte. Y, por otro, porque hace mucho tiempo, cuando el abuelo de Tilda era niño, se cayó al río. Y nadie sabe cómo, pero logró salir de él con vida.

Alex miró a Cherry, que se había quedado dormida.

–Creo que la he aburrido con mis historias –dijo con una sonrisa.

–Ha tenido un día muy largo –respondió Allison.

–Y tú también. ¿Cómo es que has decidido montar a caballo?

–Después de estar sentada todo el día, necesitaba moverme –lo miró a los ojos–. Espero que no haya ningún problema al respecto.

–Por supuesto que no, siempre y cuando eso sea todo.

Allison se levantó y se acercó al arroyo.

–¿Qué más podría ser?

–La atracción que hay entre nosotros. Y no lo niegues.

–Bueno, tú también has dicho que no querías tener nada que ver conmigo, y luego me has besado apasionadamente antes de marcharte –replicó ella.

–Eh, si quieres que continuemos con el tema, yo estoy dispuesto.

–Eres el hombre más egoísta que he conocido.

–No, sólo soy sincero. No he dormido del tirón desde que te conocí. Allison intentó apartar la mirada de él, pero Alex le sujetó la cara.

–Ahora, te toca a ti ser sincera.

–No puedo, Alex. No puedo permitir que esto ocurra. –Ya está ocurriendo, Allie. La besó de nuevo y ella, después de resistirse un segundo, se dejó llevar por la pasión. Alex le acarició la espalda, bajó las manos un poco más y la apretó contra él. Luego, apartó la boca de sus labios y recorrió con ella su cuello, haciendo que se estremeciese. Después volvió a besarla en la boca, hambriento, como si jamás hubiese deseado a nadie más.

Llevó las manos a sus pechos, acariciándola a través de la blusa, pero necesitaba sentir su piel. Le sacó la blusa de los vaqueros y acarició su piel caliente.

–Oh, Alex… –susurró ella, haciéndole sentir una pasión desconocida hasta entonces.

Allison también le sacó la camisa de los pantalones. Él se dio cuenta de que estaban perdiendo el control, pero no le importó. Fue entonces cuando oyó el ruido de un motor.

Abrazó a Allison y suspiró.

–Odio tener que parar, pero viene alguien –dijo entre dientes.

Ella dio un grito ahogado e intentó recobrar la compostura. Alex miró hacia la nube de polvo que se acercaba y vio la camioneta de Brian. Salió al camino y vio bajar de ella a uno de los trabajadores del rancho.

–Jake –lo saludó–. ¿Ocurre algo?

–Lo siento, Alex, pero Brian me ha mandado venir. Ha intentado localizarte en el teléfono móvil, pero le ha saltado el contestador.

–Vale, ¿vas a decirme por qué has venido?

–Se trata de Cheyenne Sky. Está teniendo problemas con su cría. Brian ha llamado al veterinario, pero también ha pensado que te gustaría saberlo.

–Por supuesto que quiero saberlo, si una de mis mejores yeguas tiene un problema.

–En ese caso, deberías venir.

–Está bien. Nosotros iremos en la camioneta. ¿Puedes ocuparte tú de los caballos, Jake? –le pidió.

Éste asintió y Alex tomó en brazos a Cherry, que seguía dormida, para meterla en el vehículo, en el regazo de su madre, que ya estaba sentada en el asiento del copiloto.

Cuando llegaron a la cabaña de Allison, Alex llevó a Cherry hasta su cama. Luego salió de nuevo al salón.

Estaba tan nervioso como un adolescente deseoso de estar con su novia. Él nunca había tenido novia. Nunca. No la había querido. Y con treinta y ocho años, allí estaba, loco por Allison Cole.

Levantó la vista y la vio salir de la habitación. Estaba despeinada y todavía había deseo en su mirada. Fue hasta ella y alargó la mano para tocarle la cara.

–No hemos terminado, Allie.

Y luego la besó apasionadamente para que no lo olvidase. Cuando dejó de hacerlo, no parecía más contenta que él. Y eso era bueno.

CAPÍTULO 7

A LA tarde siguiente, Allison terminó su clase un poco más temprano con la esperanza de ponerse a arreglar el coche, algo que se le había olvidado por completo durante las últimas veinticuatro horas.

Sus pensamientos estaban centrados en Alex. Solamente estaría allí durante tres días más y tenía que encontrar el modo de permanecer cerca de él sin derretirse cada vez que la miraba. Ese día había sido fácil, ya que no habían coincidido.

Ya estaba casi saliendo por la puerta cuando Jenny le pidió que le echase un vistazo a su colcha.

–Oh, Jenny, no puedo creer que casi hayas terminado –admitió contenta.

La joven profesora se encogió de hombros.

–No hay mucha vida nocturna y no ponen nada bueno en la televisión.

–No obstante, has debido de quedarte casi toda la noche trabajando.

La guapa rubia sonrió.

–Quería terminarla antes de volver a mis clases –suspiró–. Tal vez vuelva para las vacaciones de Navidad. No me importaría pasar las vacaciones con un vaquero guapo, aunque la mayoría de los trabajadores del rancho son poco mayores que mis alumnos.

–Eso es cierto, pero, aun así, podría ser divertido. Si pasas por la ciudad, ven a verme a la tienda.

Jenny asintió, pero estaba distraída con algo del exterior. Allison miró hacia el porche y vio a Brian junto a su coche.

–Es Brian Perkins, el capataz del rancho.

–Es muy guapo, a pesar de las duras facciones. Por favor, no

me digas que está casado. Allison negó con la cabeza, sonriendo. –No lo está. Tilda me ha contado que lleva años divorciado y que tiene dos hijos adolescentes.

–Yo enseño a adolescentes, me encantan.

–Qué interesante –Allison tuvo una idea–. Ven conmigo. Tengo que pedirle un favor, así te lo presentaré.

Allison sólo tenía una hora libre, ya que Tilda y sus amigas estaban cuidando de Cherry. Necesitaba una batería nueva antes de ir a la clínica al día siguiente.

En cuanto estuvo fuera, Brian la saludó tocándose el sombrero.

–Hola, Allison.

–Hola, Brian. Ésta es una de mis alumnas, Jenny Collins.

Brian la saludó.

–Encantado de conocerte, Jenny.

–Encantada, Brian.

Allison vio interés en la mirada de Brian antes de volver a dirigirla a ella.

–No quería interrumpir tu clase, pero quería que supieras que tu coche ya vuelve a funcionar.

–Oh, Brian, no tenías que haberlo hecho. ¿Era la batería?

Él asintió.

–La he cambiado esta mañana y ya funciona perfectamente.

–Gracias. ¿Cuánto te debo?

Brian sacudió la cabeza.

–Ya se ha encargado Alex.

Ella su puso tensa.

–En ese caso, dale a él mi dinero.

El capataz levantó las manos.

–Será mejor que eso lo hables directamente con él.

–De acuerdo. ¿Dónde está?

–En su despacho, en casa.

–Entonces, iré a verlo –no iba a permitir que Alex siguiese por aquel camino. Se giró hacia Jenny–. Dile a Tilda adónde he ido, por favor.

Jenny asintió y Allison se subió a su coche y se dirigió a la casa principal. Iba a demostrarle a Alex Casali que no podía salirse siempre con la suya.

Allison entró por la puerta trasera de la casa y llamó a Alex, pero éste no contestó, así que recorrió el pasillo en busca de su despacho. No pudo evitar admirar lo bonito que era todo. Lo único que faltaba en aquella casa eran fotografías. No había ni una sola fotografía de familia por ninguna parte.

Miró dentro de lo que se suponía que era el despacho y vio unas estanterías llenas de libros y un enorme escritorio de roble en el centro de la habitación. Detrás de él había un enorme ventanal desde el que se veía el rancho.

Se asomó un poco más y descubrió a Alex sentado en un sillón de piel con el respaldo muy alto. Profundamente dormido. No parecía tan duro, tan intimidante ni tan italiano como sugería su apellido. Estaba despeinado. Tenía las pestañas largas y negras, los pómulos marcados y la nariz un poco torcida. Llevaba barba de un día y tenía una pequeña cicatriz debajo del ojo derecho. Y, aun así, seguía siendo tremendamente atractivo.

A Allison se le aceleró el corazón mientras bajaba la vista a su pecho, a sus anchos hombros, y seguía bajando por la cintura estrecha y las largas piernas.

Soltó el aire que tenía contenido y miró sus manos, grandes, de largos dedos. Se estremeció al recordar cómo la habían acariciado la noche anterior. Y pensó que tener algo con aquel hombre sería un error. Un gran error, aunque tal vez fuese ya demasiado tarde.

Se dio la vuelta para marcharse y él la llamó con voz ronca. Cuando sus miradas se cruzaron, ella se quedó sin habla. Se acercó a él.

–Siento haberte molestado –consiguió decir por fin–. Supongo que no dormiste mucho anoche, ¿qué tal la yegua?

–Bien, después de haber parido.

Ella le sonrió.

–Me alegro. Tal vez vaya luego a verla. Quiero decir, que podría llevar a Cherry…

–Claro, cuando quieras –dijo él, poniéndose de pie.

Allison retrocedió.

–No me extraña que te vayas, seguro que huelo a establo –añadió él.

Olía bien; si Allison retrocedía era porque no se fiaba de sí misma.

–No, hueles bien.

Alex fue hasta la ventana y se pasó la mano por el pelo. Ella deseó acercarse, tocarlo, pasar las manos lentamente por su espalda, recordar cómo era tener aquel musculoso cuerpo pegado al suyo.

¡No! Apartó la vista de la tentación y la fijó en la pantalla del ordenador. En ella había lo que parecía una invitación de boda. Se dio cuenta de que no estaba escrita en inglés.

–Es de una prima de la que hacía mucho tiempo que no tenía noticias.

Ella se sobresaltó al oír su voz.

–Lo siento. No pretendía leer tu correo. ¿Está escrita en italiano?

Alex asintió y se apoyó en el marco de la ventana. No tenía ganas de compartir aquello con ella, ni con nadie.

–Mi supuesta familia vive allí.

Allison le sonrió.

–Qué bien. ¿Vas a ir?

–En lo que a mí respecta, no tengo más familia que mi hermano.

Ella asintió.

–¿Has venido por algo más? –le preguntó él–. Todavía no me he acostado. Así que, a no ser que quieras hacerlo conmigo, será mejor que nos despidamos.

Vio dolor en sus ojos verdes y, por primera vez en mucho tiempo, se sintió fatal. Pero lo hacía por su propio bien. Allison se dio la vuelta y se marchó. Ella era de las que querían casarse felizmente, para siempre. Y él deseó poder ser el hombre adecuado.

***

A la tarde siguiente, a Allison le sorprendió encontrarse con Alex cuando estaba sacando a Cherry de la cabaña para meterla en el coche. Iba vestido con unos vaqueros oscuros y una camisa azul; estaba muy guapo.

–Buenas tardes, Cherry –saludó, haciendo sonreír a la niña antes de agarrar la silla de ruedas.

–No estaba segura de que fueses a venir hoy –consiguió decirle Allison

–¿Por qué no? Ya te prometí que os ayudaría.

Fueron los tres hacia su camioneta.

–Sí, lo hiciste, pero…

–Cuando doy mi palabra, la mantengo –afirmó Alex.

–Bien.

Al llegar a la camioneta, Allison vio que había una sillita nueva en ella. Le sorprendió, pero no dijo nada. Si quería acompañar a Cherry a la terapia, ¿quién era ella para impedírselo?

Treinta minutos más tarde estaban en la clínica y la terapia había empezado. Alex y ella se quedaron cerca de la niña para animarla.

Cuando la sesión hubo terminado, Alex colocó a Cherry en su silla. Parecía agotada.

Kate se acercó a ellos.

–Hoy lo has hecho estupendamente, Cherry. Estoy muy orgullosa de ti –la fisioterapeuta miró a Allison–. Al doctor Myers le gustaría hablar contigo, si tienes unos minutos.

–Yo me quedaré aquí con Cherry –se ofreció Alex.

Allison asintió y se puso en pie.

–Gracias. No tardaré.

Cuando se hubo quedado a solas con la niña, Alex la llevó hasta un banco y se sentó en él. Giró la silla para que la niña lo mirase. –*Uccellino,* ya va siendo hora de que dejes de jugar.

La niña no lo miró.

–Ya eres una niña grande, Cherry Cole. Tienes que empezar a hablarle a tu madre. La pequeña levantó la vista por fin y a él se le encogió el corazón. –Los dos sabemos que puedes hacerlo. ¿Por qué no hablas con ella? Una lágrima corrió por el hermoso rostro de Cherry.

–Porque se marchará –susurró.

–Tu mamá jamás se irá de tu lado, pequeña.

La niña asintió.

–Como antes –siguió llorando–. Quiero que esté conmigo.

Entonces Alex lo entendió todo. La niña se negaba a mejorar para acaparar la atención de su madre.

–Te equivocas. No va a dejarte nunca. Te lo prometo. Aunque nunca lo sabrás si no empiezas a hablar con ella.

La niña apartó la vista.

–Pronto vas a cumplir cinco años. ¿No quieres ir al colegio y tener amigos?

Ella volvió a mirarlo.

–Quiero vivir con Tilda y contigo en el rancho.

–Oh, cariño. Sabes que siempre serás bienvenida en el rancho –le dijo, levantándola de la silla y dándole un fuerte abrazo.

Al día siguiente, al terminar su clase, Allison había planeado cenar con sus alumnas, ya que Tilda se había llevado a Cherry a cenar al rancho, pero de repente vio a Alex en la puerta.

–Tengo un mensaje de Tilda –le dijo éste.

–¿Le ha pasado algo a Cherry?

–Cherry está bien. Tilda quiere saber si te parece bien que pase la noche con ella.

–Me parece demasiada molestia.

–Tilda no opina igual. Disfruta de cada minuto que pasa con tu hija.

–¿Y Cherry?

–Cuando me marché, estaban haciendo un puzzle juntas.

A Allison le entristeció pensar que iba a pasar la noche sola.

–Está bien. Quiero que se haga independiente –contestó,

sonriendo con valentía–. Gracias por venir a preguntármelo.

Alex sacó su teléfono móvil y marcó un número.

–Tilda. Sí, ha dicho que sí –asintió y le tendió el teléfono a Allison–. Tu hija quiere hablar contigo.

A Allison dejó de latirle el corazón.

–¿Cherry?

–Mamá –dijo la niña en un susurro.

–Oh, cariño –respondió ella, con los ojos inundados de lágrimas–. ¿De verdad quieres dormir allí?

–Sí.

–Está bien. Nos veremos mañana por la mañana. Te quiero. –Yo también te quiero. –Buenas noches, cariño –le devolvió el telé

fono a Alex–. Gracias. –¿Por qué me las das? Yo no he hecho nada –respondió Alex.

–No te hagas el duro, no me lo creo. No sé cómo, pero has convencido a mi hija para que vuelva a hablar.

Alex se encogió de hombros.

–Tal vez –la miró fijamente a los ojos–. Hagamos un trato: si cenas conmigo, te contaré todos mis trucos.

Allison estaba segura de que Alex Casali tenía muchos trucos. Uno de ellos consistía en volverla loca.

–¿Me das un par de minutos para que me arregle?

Él asintió y Allison se giró hacia sus alumnas, que estaban todas sonriendo. Les dijo que no iba a poder quedarse a cenar, pero que estaría allí a la mañana siguiente para resolver todas sus dudas. Se dio la vuelta para marcharse y oyó varios comentarios acerca del sexy vaquero, pero decidió ignorarlos. Sólo estaba segura de una cosa: no iba a seguir ignorando lo que sentía por él.

Una hora más tarde, llegaban a un pequeño restaurante familiar mexicano en Kerry Springs. Los dueños, de mediana edad, los recibieron con una sonrisa en los labios.

–Alessandro, cuánto tiempo –le dijo la mujer, de unos cincuenta años, dándole un cariñoso abrazo.

Intercambiaron varias palabras en español y luego Alex se volvió hacia Allison.

–Juan y María, ésta es Allison Cole. Es la dueña de la tienda Blind Stitch.

–Me alegro de conocerte, Allison –le dijo María sin dejar de sonreír. Luego miró a Alex–. Muy bonita –le dijo.

–Sí, bonita.

Allison se ruborizó.

–Gracias.

Juan decidió intervenir.

–Creo que nuestros invitados tienen hambre, mamá –dijo, conduciéndolos hasta el patio, donde los invitó a sentarse a una mesa de hierro forjado que había en un rincón–. Disfrutad. –Qué pareja tan agradable –comentó Allison cuando Juan se hubo marchado.

–Lo mismo deben de estar diciendo ellos acerca de nosotros –respondió Alex mirándola a los ojos.

Allison no pudo apartar la mirada de él. ¿Quería que fuesen pareja? –Seguro que la comida es muy buena –comentó. –Eso me parece a mí, pero ya me dirás qué opinas tú.

Llamó a un camarero que les tomó nota.

Cuando llegó el vino, Allison dio un trago, con la esperanza de que eso la relajase. –Está muy bueno –afirmó. –Me alegro. Yo no bebo mucho. Mi madre ya bebía demasiado.

–Lo siento. Yo tampoco suelo beber. Ésta es la primera vez desde el accidente de Cherry. Es la primera vez que

salgo.

Alex se dio cuenta de que cambiaba su expresión. –Eh, no te pongas triste conmigo. Deberías estar feliz. Tu hija está hablando.

Ella sonrió.

–Sí. Y tengo que darte las gracias por ello.

–Lo habría hecho antes o después, pero es bastante testaruda. Se parece a su madre.

Allison dejó de sonreír.

–¿Por eso no quería hablarme? ¿Está enfadada conmigo?

–No está enfadada. Tiene miedo de que te marches.

–¿Cómo puede pensar algo así?

–Me dijo que, si se ponía bien, volverías a marcharte, como la última vez.

–Maldito Jack y sus mentiras.

Alex tomó su mano y se la apretó con fuerza.

–Tranquilízate, Allison.

–No, no puedo. Permití que mi marido me dirigiese la vida. Me mantuvo apartada de mi hija y yo le dejé hacerlo.

–Y ahora estás haciéndolo también. Así que olvídate del pasado y sigue adelante. Cherry está mejorando día a día. La terapia está yendo bien. Algún día, andará.

–¿Eso piensas?

–Lo sé –respondió él con un nudo en el estómago.

Allison se limpió una lágrima y sonrió.

–Oh, Alex, ten cuidado. Te estás convirtiendo en un tipo muy agradable.

Eso, lo dudaba.

–Y eso hace que seas muy difícil de resistir.

–Ése es mi plan.

***

Cuando salieron del restaurante habían transcurrido dos horas muy deprisa. Después de haber pasado toda la cena charlando, se quedaron en silencio en el trayecto de vuelta al rancho. A Alex le gustó. Siempre le había gustado la tranquilidad. La luna iluminaba suavemente la carretera, añadiendo intimidad al momento. Por fin llegaron a la cabaña de Allison, como tantas otras noches, pero sin Cherry en el asiento trasero. Alex se sintió egoísta por querer pasar tiempo a solas con su madre.

Salió del coche y lo rodeó para abrirle la puerta a Allison. Cuando su cuerpo delgado hizo contacto con el de él, no pudo resistirse más. Inclinó la cabeza y la besó inmediatamente, porque no podía seguir esperando a probar sus labios, a sentirla contra él.

Cuando por fin se apartó, ambos estaban sin aliento. –Allie –apoyó la frente en la de ella–. Me estás volviendo loco.

Ella se dio cuenta de repente de que estaban fuera de la cabaña, que tenía la luz del porche encendida.

–Será mejor que me despida aquí de ti, antes de que me meta en un buen lío –le advirtió él.

Sintiéndose decepcionada, Allison retrocedió, pero él la agarró y la llevó al interior de la cabaña, que estaba iluminada por una luz tenue. Hizo que se le acelerase el corazón al apoyarla contra la puerta y besarla como si fuese a ser la última vez.

–Cuando estoy contigo, te aseguro que pierdo toda sensatez.

Ella lo abrazó por el cuello y volvió a besarlo.

–Supongo que yo también.

Alex la miró a los ojos.

–Sería una locura ir más lejos.

En ese momento, Allison debía elegir entre pedirle que

se marchase o permitir que se quedase y le hiciese el amor.

–Sí, una locura.

Alex cerró los ojos.

–Nunca había deseado tanto a una mujer.

Ella sentía lo mismo, así que lo besó. Alex gimió, la apretó contra su cuerpo y profundizó el beso. Y Allison se lo permitió.

La levantó en volandas y fue hacia el dormitorio principal. La cama de matrimonio estaba en el centro.

La dejó en el suelo y la hizo girar para que lo mirase.

–Dime que me marche.

Allison sintió calor por todo el cuerpo. Le costaba respirar. Sintió que no podía moverse, que no quería hacerlo. Él se dio cuenta de que estaba dudando.

–¿No estás segura?

–No es eso. Es que no he estado nunca con…

–Nadie salvo con tu marido –terminó él.

Allison asintió.

Él la soltó y juró entre dientes.

–Mira, Allie, esto no va a funcionar. Así que será mejor que lo dejemos aquí.

Ella no pudo hablar y él se marchó.

Cuando por fin consiguió llamarlo, Alex no se detuvo. La puerta de la cabaña se cerró y, de repente, se encontró sola. Se tumbó en la cama hecha un ovillo y se dijo a sí misma que era lo mejor, pero, si eso era cierto, ¿por qué se sentía más sola que en toda su vida?

CAPÍTULO 8

A LAS cinco de la mañana, Alex condujo hasta su casa. Al llegar, agradeció no encontrarse con nadie. Sabía que ya había empezado la jornada en el rancho, pero él todavía no estaba preparado para lanzarse a la rutina. Todavía no.

Se había pasado casi toda la noche conduciendo, intentando no pensar. No ver el dolor en el rostro de Allison cuando se había alejado de ella. Había sabido que, si se quedaba, no habría podido dejarla jamás. Y no estaba preparado para algo así. Ni ella tampoco.

Entró en la casa y subió a su habitación. Se quitó la camisa y se fijó en su dormitorio.

Todo era grande y masculino. No había ni un detalle femenino en él. De hecho, jamás lo había pisado una mujer, porque él lo había querido así.

Echó la camisa al cesto de la ropa, entró al baño y abrió el grifo de la ducha. Se metió bajo el chorro de agua caliente, cerró los ojos y la imagen de Allison Cole volvió a aparecer en su cabeza.

Unas pocas horas antes había estado junto a su cama. Con ella completamente dispuesta a entregarse. Jamás había deseado tanto meterse en la cama con una mujer y hacerle el amor una y otra vez.

Abrió los ojos y tomó el jabón para lavarse y apartar aquellos pensamientos de su mente. Ya había incumplido demasiadas normas. En primer lugar, había pasado demasiado tiempo en su compañía, lo que le había hecho sentir cosas que no había sentido en mucho tiempo. Y eso no le gustaba nada. Se volvió a meter debajo del chorro de agua para aclararse el jabón y deshacerse de todos los recuerdos de una mujer que le había calado más hondo que nadie en su vida. Si se lo permitía, llegaría hasta su corazón.

Aunque, en el fondo, Alex sabía que ya lo había hecho.

Eran las seis y media cuando Allison subió las escaleras de la casa de Alex. Se sentía confundida e insegura. En realidad, Alex era la última persona a la que quería ver, y él tampoco querría verla a ella, pero, a pesar de saber que era mejor que no hubiese ocurrido nada entre ambos, su rechazo le había dolido.

El sonido de la risa de su hija hizo que se olvidase de todo lo demás. Sonrió y entró en la cocina. Cherry estaba sentada a la mesa mientras Tilda preparaba el desayuno y le cantaba una tonta canción. La niña estaba aplaudiendo y a ella se le encogió el corazón. Por primera vez en mucho tiempo, tenía la esperanza de que las cosas fuesen a mejor.

Tilda la miró.

–Vaya, mira quién ha venido. Buenos días, Allison.

–Buenos días, Tilda, Cherry –se acercó a su hija y le dio un beso–. ¿Has dormido bien?

Su hija asintió.

–Ayer hice un puzzle.

Allison se mordió el labio inferior.

–Qué divertido. ¿Y qué más hiciste?

Cherry miró a Tilda.

–Venga, cuéntaselo a tu madre.

–Me quedé despierta hasta tarde –tenía los ojos brillantes–, haciendo mis ejercicios.

Otro milagro.

–Eso es estupendo. Estoy muy orgullosa de ti.

Cherry sonrió todavía más.

–Y estuve montando a Maisie también.

–Bien. Hoy es mi último día de clase. Después, podremos pasar más tiempo juntas. ¿Te parece buena idea?

La niña asintió mientras Tilda llevaba el desayuno a la mesa.

–Te he puesto un plato. Si quieres, ve a llamar a Alex para que desayunemos todos juntos.

Allison habría preferido cualquier otra cosa.

–¿Dónde está?

–En su despacho.

Mientras avanzaba por el pasillo, se dijo que sólo tenía que llamarlo. Si él no quería tener nada que ver con ella, tan sólo tendría que aguantar un día más y, después, se irían a la ciudad y podría olvidarse de él. Eso parecía ser lo que deseaba Alex.

Alex estaba frente a la ventana, con el teléfono pegado a la oreja, escuchando a su hermano quejarse de su lesión.

–Podrías venir al rancho unos días, si estás aburrido.

–Gracias, Alex, pero tengo que trabajar y no puedo hacerlo rodeado de vaqueros y caballos malolientes.

Él sonrió.

–¿Así que sólo me has llamado para quejarte?

–Vaya, casi se me olvida. ¿Has recibido el correo de Isabella? Ha enviado las fotografías de la boda y hay un par de sorpresas.

Alex encendió el ordenador y abrió el correo en cuestión.

Dado que no habéis podido venir a pasar con nosotros este

día tan especial, os envío una fotografía de la familia. Cristiano tampoco pudo venir, pero os envío esta fotografía para que veáis a vuestra familia, que está deseando conoceros, tal vez algún día, muy pronto…

En la fotografía aparecía un grupo de personas que parecía estar disfrutando de la boda. Alex empezó a buscar algún rostro familiar. Abrió otra fotografía.

–Vaya… ¿Quién es?

–Cristiano Casali –le dijo Angelo–. Nuestro hermanastro.

Alex miró fijamente al joven que tanto se parecía a su hermano y a él. Después, se fijó en el hombre que había en la última fila de la fotografía familiar: Luca Casali. El hombre que no había tenido sitio en su vida para sus hijos, que se había deshecho de ellos. ¿Lo habría lamentado alguna vez? ¿Habría pensado en ellos en alguna ocasión? De repente, la emoción le produjo un nudo en la garganta.

–Tengo que dejarte, Angelo. Hablamos más tarde.

Colgó el teléfono, pero siguió mirando las fotografías. Todos los años de dolor y soledad lo golpearon. Estaba perdido en el pasado cuando, de repente, oyó su nombre. Levantó la vista y descubrió a Allison. Estaba muy guapa, vestida con unos pantalones ajustados y una blusa blanca. Se le aceleró el corazón y sintió algo que no necesitaba en esos momentos.

–Allison.

–He venido a decirte que el desayuno está listo.

De repente, la necesitó. Se levantó, se acercó a ella y la abrazó, luego la besó con pasión.

–Creo que hay un modo mejor de empezar el día –le dijo.

Ella no sonrió.

–Estás enfadada conmigo porque anoche tuve que marcharme.

Allison sacudió la cabeza y retrocedió.

–Tenías razón, habría sido un error dar un paso más.

Después de hoy, cuando termine mi clase, no tendrás que preocuparte por encontrarte conmigo. Sólo tenemos que aguantar durante el desayuno.

Se giró para marcharse, pero él la agarró de la muñeca.

–¿Crees que es ése el motivo por el que me marché, Allie?

Ella cerró los ojos.

–No me llames así.

–Anoche no te importaba.

–Ya basta. Anoche te marchaste y ahora no sé cómo debo actuar.

Él tampoco lo sabía. No sabía por qué sentía aquello por ella, por qué le había dejado que se acercase tanto.

–Me marché porque es muy poco lo que puedo ofrecerte.

–¿Acaso yo te he pedido más?

–Las mujeres como tú siempre quieren más. Te mereces más.

Inclinó la cabeza y le mordisqueó los labios.

–Pero si decides que no quieres una relación seria, se me ocurren un par de ideas acerca de cómo pasar el tiempo –añadió.

–No creo que sea buena idea –contestó ella, retrocediendo.

Alex estaba de acuerdo.

–Así que preferimos no meternos en más líos –le dio un beso rápido–. Vamos a desayunar.

A su pesar, la soltó y se acercó al ordenador.

Allison se dio cuenta de que estaba mirando unas fotografías.

–Qué bonita. ¿Es tu familia?

–Podría decirse así. Viven en Italia.

–Eres muy afortunado. Yo he perdido a toda mi familia.

–Pues eres bienvenida en la mía.

Allison se dio cuenta de que lo decía en tono sarcástico y se inclinó a mirar las fotografías. Quería conocer mejor a

Alex. Vio a un hombre que se parecía mucho a él, pero algo más joven.

–¿Es tu hermano gemelo?

–No. Creo que es mi hermanastro. Al parecer, mi padre volvió a casarse y tuvo otra familia, que reemplazó a la que había abandonado.

Allison vio dolor en su rostro.

–Así que fue tu madre quien se ocupó de vosotros.

–Cuando no estaba bebiendo ni drogándose. Lo único que quiso Cindy siempre fue que Luca Casali volviese a buscarla, pero se quedó esperando, con dos niños pequeños, ahogando sus penas en alcohol.

–Oh, Alex, no hables así.

Él la miró; había ira en sus ojos.

–Al menos, cuando murió, dejamos de esperar que saliese de aquel mundo y empezase a querernos. ¿Cómo no iba a querer una madre a sus hijos?

–Tenía un problema.

–No intentes excusarla. Si le hubiésemos importado, no nos habría dejado solos muchas noches, ni se habría olvidado de darnos de comer; se habría preocupado por que no estuviésemos sin calefacción ni agua caliente para bañarnos, o por que no tuviésemos que vivir en la calle. Para Angelo y para mí, ni siquiera lo intentó. Nadie lo intentó.

Allison no supo qué decirle para ayudarlo.

–Todavía tenéis una familia en Italia, y vuestro padre vive, podríais retomar el contacto con él.

–Es curioso que Luca sólo se haya puesto en contacto con nosotros una vez en todo este tiempo.

–Tal vez tenga sus motivos –se acercó a él–. Y tal vez deberías intentar averiguarlos.

***

Esa misma tarde, Allison se despidió de sus alumnas. Se sentía satisfecha con los logros de su primer taller. Varias de sus alumnas habían dicho que querían volver para el siguiente. Aunque ella no estaba segura de querer organizar otro.

Si no hubiese estrechado tanto su relación con Alex, tal vez las cosas hubiesen sido diferentes. Él le había dicho que no quería una relación estable. Y ella no quería menos. Se merecía más. Además, tenía que centrarse en Cherry. A pesar de los últimos progresos, todavía tenía un largo camino por recorrer.

Oyó ruido en la puerta y cuando se giró vio a Tilda con varios trabajadores del rancho que iban a ayudar a sus alumnas a cargar sus cosas en las camionetas.

Tilda se acercó a Allison.

–No pensé que me entristecería tanto el final del taller –la abrazó–. Gracias, Allison, el taller ha sido todo un éxito. Cuando quieras hacer otro, házmelo saber. De hecho, varias mujeres han preguntado si estarías dispuesta a darles alguna clase en tu tienda.

Allison pensó que tal vez le gustase la idea.

–No sé si ahora mismo hay espacio suficiente, pero tal vez pudiese hacer algo dos veces al mes, si se trata de un grupo reducido.

–También podríamos hacerlo aquí –añadió Tilda–. Cherry y tú podríais quedaros a vivir en una de las cabañas.

Eso aumentaría las probabilidades de ver a Alex.

–No sé si es buena idea. Está lejos de la ciudad.

–Si no, podrías dar el curso mientras Cherry monta a caballo.

A Allison se le había olvidado aquello. ¿Qué pensaría Alex si iban por allí todas las semanas?

–No estoy segura de que sea buena idea.

Tilda la estudió con la mirada.

–Mira, tal vez me esté haciendo vieja, pero todavía veo bastante bien. Lo que haya ocurrido entre Alex y tú es

asunto vuestro, pero quiero que sepas que hace diez años que conozco a Alex Casali y es la primera vez que lo veo actuar así con una mujer. Tanto tú como tu niña le habéis calado hondo. Y ya era hora.

–Oh, Tilda… No planeé lo que ha ocurrido, pero ahora que me marcho, no volveré a ver a Alex nunca más.

Tilda frunció el ceño.

–Sé que Alex puede ser testarudo y complicado en ocasiones, pero no ha tenido demasiado amor, ni una familia, en toda su vida. Así que, aunque retroceda, o se ponga distante, no lo des por perdido. En el fondo es un hombre maravilloso.

Allison contuvo las lágrimas.

–Tengo que pensar en Cherry.

–Por supuesto que sí, y él podría ayudarte con la niña. Creo que a ti también te importa, ¿no?

¿Importarle? Estaba a punto de enamorarse de él. Asintió.

–Bien –Tilda sonrió y miró por la ventana–. Por Dios santo, mira.

Allison se giró y vio a dos jinetes acercándose. Alex iba montado en su semental, guiando a Cherry, que iba montada en Maisie, y también llevaba a Honey.

–Me parece que está enamorado.

Allison hizo caso omiso del comentario y salieron fuera. Alex bajó del caballo y uno de los trabajadores lo ayudó con el otro.

–Hola, mamá –la saludó Cherry.

–Hola, cariño. Cada vez montas mejor a Maisie.

La niña iba vestida con unos pantalones vaqueros y una camiseta. Y en la cabeza llevaba un sombrero de vaquero. Era evidente de quién.

–Ya lo sé. Alex ha dicho que podíamos ir todos a montar. Tú, también.

Alex se acercó al porche.

–He pensado que sería agradable dar un paseo juntos.

A ella no le parecía buena idea.

–No puedo dejárselo todo a Tilda.

–Seguiré aquí cuando volváis –respondió ésta–. Ve a cambiarte. No los hagas esperar.

Allison vio que su hija irradiaba felicidad. Era el último día que iban a pasar allí. ¿Cómo iba a decepcionarla?

–Está bien, voy a cambiarme.

–Date prisa, mamá, Alex va a llevarnos a un lugar secreto. Dice que es sólo para chicas especiales.

Allison se cambió de ropa, volvió a salir y se subió a Honey en un tiempo récord. Cuando le preguntó a Alex adónde iban, éste se negó a decírselo y le pidió que lo siguiese.

Allison observó lo bien que manejaba su hija al poni. A pesar de que Alex lo llevaba atado con una cuerda, Cherry le daba órdenes y llevaba las riendas. Allison miró las piernas de su hija y detectó un pequeño movimiento.

Primero se le detuvo el corazón, después, se le aceleró. Miró a Alex, que también había estado observando a la niña, y éste le dijo con la mirada que no comentase nada.

Allison llevó a Honey a su lado.

–¿Has visto lo mismo que yo?

–Sí, pero creo que ella no se ha dado cuenta. Si le decimos algo, tal vez intente precipitar las cosas.

–Tienes razón. Gracias, Alex. Gracias por todo lo que has hecho con mi hija.

Él se encogió de hombros.

–Sólo la he subido a un caballo.

–Y la has ayudado con la terapia, y te has molestado en enseñarle a montar. No, la verdad es que no has hecho mucho.

Alex vio que Allison contenía las lágrimas y sintió que se moría. Sentía haberla rechazado la noche anterior, pero, sobre todo, sentía no poder prometerle un futuro.

–Nunca te olvidaré –le dijo ella en un susurro.

Incapaz de hablar, él asintió. Y ella hizo girar al caballo y volvió a colocarse detrás de su hija. Él tampoco las olvidaría jamás, pero la realidad era que se marchaban ese mismo día. Ese mismo día, Cherry y su madre saldrían de su vida. Le sorprendía darse cuenta de cuánto lo habían llenado. Cuánto había deseado verlas cada día.

Condujo a su caballo a través de un robledal y empezaron a subir una pendiente.

Se giró para mirar a Cherry.

–¿Estás bien?

La niña asintió, concentrada en su tarea. Alex volvió a ver que movía ligeramente las piernas y las apretaba contra los flancos del poni. No pudo evitar sonreír cuando la niña lo imitó y chasqueó la lengua.

–Ya casi hemos llegado –les dijo.

Una vez arriba, detuvo a su caballo y disfrutó de la maravillosa vista del rancho.

–Oh, Alex –comentó Allison, poniéndose a su lado. –¿Es éste tu lugar secreto? –le preguntó Cherry.

–En cierto modo, sí, porque vengo a ver lo bonito que es el mundo. Y siempre me hace sentirme mejor, pero hay algo más que quiero compartir con vosotras –bajó del caballo y se acercó a Cherry. Le desabrochó el cinturón y la tomó en brazos.

Ésta llamó a su madre.

–Ven, mamá, tú también tienes que verlo.

Retrocedieron a través de los árboles. Estaban casi en pleno bosque cuando llegaron a un pequeño claro con un roble gigante que se extendía hacia el cielo y cuyas ramas iban en todas direcciones, ensombreciendo el suelo.

–Es un gigante –dijo Cherry–. Tan grande, que se puede vivir en él.

–Eso no lo sé –contestó Alex, sentándola en una de las ramas más bajas–, pero es lo suficientemente grande para que una niña pequeña se siente en él un rato.

Cherry rió y se balanceó.

–¡Guau! Mamá, mírame.

–Ya te veo –contestó Allison acercándose–. Ten cuidado.

Alex no se pudo contener.

–Tal vez quieras estar cerca de ella –agarró a Allison por la cintura y la sentó al lado de su hija.

–¡Alex! –gritó ella–. No me levantes.

Él sonrió y se apartó.

–Me parece que ya está hecho –se sacó el teléfono móvil del bolsillo–. Creo que deberíamos sacar una fotografía de este día. Así que, sonrían, señoras.

Madre e hija lo miraron sonriendo y a él le costó concentrarse en la fotografía. Se le encogió el corazón y sintió que no podía respirar al darse cuenta de lo mucho que significaban las dos para él. No quería dejarlas marchar. No tan pronto.

Nunca.

CAPÍTULO 9

SU ESTANCIA en el rancho A Bar A pronto le pareció a Allison un recuerdo lejano. No volvería a ir a ningún arroyo, ni a ningún lugar especial con preciosas vistas. Y, sobre todo, no volvería a estar con ningún vaquero de intensos ojos grises.

Se le aceleraba el corazón al recordar sus besos, sus caricias. Su voz le había hecho sentir escalofríos. Y con una sonrisa había conseguido que su hija se sintiese segura.

Eran más de las diez cuando llegó con el coche cargado a Kerry Springs. Se limpió una lágrima de la mejilla. «Para ya», se reprendió a sí misma. Ya había sabido que iba a ocurrir algo así. Alex Casali no era de los que sentaban la cabeza con una mujer y una niña. Le había dicho muchas veces que le gustaba su vida tal y como era. Sin complicaciones.

Bueno, pues ella tampoco lo necesitaba. Sólo necesitaba a Cherry. Toda su atención sería para ella, para que volviese a estar bien. Por primera vez en mucho tiempo, tenía esperanzas de que eso ocurriese.

Entró en el callejón que había en la parte trasera de la tienda y miró por el retrovisor. Detrás de ella había una camioneta que conocía muy bien. Alex salió del vehículo y fue a abrir la puerta mientras ella sacaba a Cherry. Su hija lloriqueó un poco, pero él la tranquilizó. Allison tomó dos de sus maletas y las llevó escaleras arriba.

Se encontró con Alex a medio camino.

–Dame a mí las maletas y sube tú con Cherry –propuso él.

–Gracias.

Allison llegó arriba y encendió el aire acondicionado antes de entrar en la habitación de su hija.

–Mami, hace demasiado calor –se quejó la pequeña–. No

quiero estar aquí.

–Cariño, ya hemos hablado del tema. Ésta es nuestra casa.

En el exterior, Alex descargó las cajas de ambos vehículos y las dejó en el almacén de la primera planta, aunque lo que quería era volver a meterlo todo en los coches y llevarse con él a Allison y a Cherry.

¿Cómo iba a dejarlas allí? No había espacio suficiente, ni abajo, ni arriba. Tenía que llevarlas de vuelta al rancho. ¿Y entonces? ¿Qué haría para que se quedasen allí? ¿Qué podía ofrecerle a Allison? ¿Que compartiese su cama? No. Ella jamás aceptaría, y no sin razón.

Subió el resto de las maletas al apartamento y vio a Allison saliendo del dormitorio. –¿Te importa darle las buenas noches a Cherry?

–Por supuesto.

Alex se obligó a sonreír y entró en la habitación. –Eh, pequeña. Ya estáis en casa. Ella asintió. –Pero no me gusta estar aquí. Quiero volver al rancho.

Él quería lo mismo. Se sentó al borde de la cama. –No está tan mal. Tu habitación es bonita. Allison se había preocupado por decorarla bien. Se sintió enfadado consigo mismo porque sabía que él podría darles fácilmente todo lo que necesitasen.

Allison salió de la habitación para dejar a Alex con su hija. A juzgar por su lenguaje corporal, no quería quedarse allí. Aunque ella tampoco había querido tener nada con él. Había sido Alex quien la había perseguido, el que se había metido en su vida.

El que había hecho que le gustase. Poco después, lo vio salir de la habitación de la niña.

–Se ha dormido –dijo, avanzando hacia Allison, que estaba en la cocina–. Estaba agotada después del paseo a caballo de hoy.

–Gracias por haberme ayudado con las cajas. Y, sobre todo, por haber hecho que nuestra estancia en el rancho fuese tan agradable.

–No ha sido para tanto –contestó él, encogiéndose de hombros.

–No, supongo que para ti, no. Para mi hija, sí –suspiró–. Ahora sólo tengo que averiguar el modo de hacer que vuelva a aceptar su vida normal.

Alex frunció el ceño.

–Pensé que habíamos decidido que vendría al rancho a montar todas las semanas.

–No sé si es buena idea, Alex. Cherry querrá cada vez más –lo miró por fin y deseó gritarle que era a él al que quería. Pero, en vez de decirlo, apartó la vista–. No quiero que se sienta decepcionada, ni herida.

–Y yo no quiero que a la niña le falta de nada –aseguró él.

Allison cerró los ojos un instante.

–No va a faltarle de nada, Alex. Yo puedo darle a mi hija todo lo que necesita.

–Lo sé, sólo intentaba aliviar el peso de tus cargas.

–Cherry no es una carga –replicó ella.

–Maldita sea, no quería decir eso, pero tú tienes que trabajar. No puedes estar en todas partes al mismo tiempo. Yo puedo ayudarte.

–¿A cambio de qué Alex? Creo que será mejor que te marches. Dadas las circunstancias, que fuésemos al rancho sólo complicaría las cosas todavía más entre nosotros. Alex no se movió. Sabía que era demasiado tarde, pero no se podía marchar. –Tal vez deberíamos intentarlo y ver qué

ocurre.

Ella negó con la cabeza.

–Tú no quieres hacerlo, Alex. Te gusta tu vida en el rancho, alejado del resto del mundo.

–Eso no es cierto. Tengo a Tilda y a Brian. Tal vez quiera incluiros a Cherry y a ti en el grupo. Las dos me importáis.

–Y tú también me importas a mí –admitió Allison–. Oh, Alex, no sé si podrías darnos lo que necesitamos. Ni tampoco sé si somos lo que quieres. Ya he pasado por un mal matrimonio. No tengo un buen historial.

–Pues añade esto a tu historial –le dijo él antes de inclinarse sobre ella y besarla.

Rompió el beso y se apartó sólo un poco.

–Dios mío, Allie, te deseo. Y tú a mí también. Nada podrá cambiar eso.

Ella se había quedado sin aliento.

–Ése no es el problema, Alex. ¿Y si no pasamos de ahí? No puedo arriesgarme, es por el bien de Cherry –tragó saliva–. Ya te tiene mucho cariño, no puedo permitir que te pierda a ti también.

–¿Y si yo tampoco quisiera perderos a vosotras?

Allison sonrió, tenía los ojos llenos de lágrimas.

–No nos has perdido, Alex. Es sólo que no sabes dónde encajamos en tu vida. Necesitas averiguarlo –dudó–. Tal vez debieras empezar haciendo las paces con tu pasado. Tienes una familia, Alex. Está lejos, en Italia, pero os están tendiendo una mano a tu hermano y a ti.

Él se puso tenso.

–¿No se han puesto en contacto con nosotros en años y, de repente, quieren contar con nosotros?

–Tiene que haber un motivo.

Alex se fue al otro lado de la habitación. No era capaz de contarle más de lo que le había dicho ya acerca de su horrible niñez. De lo abandonado que se había sentido la mayor parte de su vida. El jamás haría algo así a un niño. Jamás abandonaría a Cherry. La niña le importaba

demasiado. Y la madre, también.

Ésta se acercó a él.

–Sé que es difícil para ti, Alex. Para bien o para mal, sigue siendo tu familia.

Durante años, había rezado para que alguien fuese a por él y a por Angelo, para que los apartasen de su madre y les diesen un hogar.

Allison le tocó ligeramente el brazo e hizo que la mirase.

–¿Sabes lo que me gustaría tener algún familiar en alguna parte? Tenía ocho años cuando perdí a mis padres. Me quedé con mi abuela, pero ésta falleció cuando estaba en la universidad. Sólo tengo a Cherry –intentó contener las lágrimas–. He estado a punto de perderla. Ahora, tú tienes la oportunidad de arreglar las cosas con tu padre –dudó–. Espero que no le ocurra nada antes de que lo hagas.

Alex tenía la boca seca. Se preguntó si su padre querría hablar con él.

–No sé si puedo hacerlo, Allie –admitió, mirándola a los ojos–. No sin ayuda.

–Yo te ayudaré todo lo que pueda –se ofreció ella.

Él se acercó de nuevo y rozó sus labios con los de él.

–Si lo dices de corazón, ven a Italia conmigo.

Cinco días más tarde, mientras se abrochaba el cinturón de seguridad del avión privado de Alex, Allison pensó que estaba loca.

Miró hacia la ventanilla, vio a su hija sonriendo y dejó de reprenderse y de preocuparse. Se marchaban a Italia. Por suerte, se habían sacado el pasaporte para hacer un viaje a Canadá, a ver a un médico.

Después de buscar quien se encargase de la tienda unos días, y de retrasar la terapia de Cherry, se sentía muy aturdida con la idea de hacer el viaje.

En la parte delantera del avión, Alex estaba hablando

con el piloto. Había dejado el sombrero y los vaqueros en el rancho y se había puesto unos pantalones de vestir negros y una camisa blanca. Eso sí, seguía llevando sus botas de montar.

Dejó de hablar con el piloto y sacó su teléfono móvil. Hizo una llamada, habló, frunció el ceño y asintió. Cuando terminó de hablar, parecía triste. Allison sabía que había estado intentando convencer a Angelo para que lo acompañase. Al parecer, no lo había conseguido. Cerró el teléfono y le dijo algo al piloto. Después, se sentó a su lado.

Tocó el brazo de Cherry.

–¿Preparada para volar, *uccellino?*

La niña asintió con entusiasmo.

–Quiero subir hasta las nubes.

–En ese caso, tienes suerte, porque allí va a llevarnos el comandante Jason –miró a Allison–. ¿Estás bien?

Ésta asintió también.

–¿Cómo no iba a estar bien? Voy a ir a Europa en un jet privado.

–Me alegro de que te guste.

Allison se puso seria.

–Eres tú el que me preocupa. Siento que te he empujado a hacer este viaje.

–No podía esperar. Dentro de un mes tendré que reunir al ganado. Así que era el mejor momento para hacerlo.

No parecía contento.

–No te preocupes, Brian se ocupará del rancho. Y Tilda por fin se ha librado de ti –dijo Allison.

–¿Eso te ha dicho?

Ella suspiró.

–Mira, te quiere como a un hijo. Sólo desea que seas feliz. Ambas esperamos que esto te ayude. Así que cuéntame más cosas acerca de tu familia. ¿Tienes algún antepasado de la realeza, o famoso?

Él la miró con el ceño fruncido, como si estuviese enfadado. –Venga, Alex. No me digas que no has investigado tus raíces.

Lo único que le había contado era que había nacido en Italia y que había vivido tres años en una pequeña ciudad llamada Monta Correnti, situada entre Roma y Nápoles.

Él negó con la cabeza.

–Sólo sé lo que mi madre me contó. Cuando estaba lo suficientemente sobria como para hablar del tema.

Allison pudo ver un cúmulo de emociones en su rostro y supo que aquello no era nada fácil para él.

–Al parecer, lo más interesante de la historia comienza con mi abuela paterna, Rosa Casali –empezó él–. Tenía dieciséis años cuando su familia le organizó una boda con un hombre mayor que ella, Roberto Firenzi, y tuvieron dos hijos, Lisa y Luigi.

Tomó aire antes de continuar:

–Durante la Segunda Guerra Mundial, Rosa estuvo de voluntaria en un hospital, donde cuidó de un soldado inglés, William Valentine. Después de tres semanas, no pudieron seguir resistiendo la tentación y se acostaron juntos.

Allison oyó los motores del avión y miró a Cherry, pero pronto se giró de nuevo hacia Alex.

–¿Volvió William a por ella? ¿Murió?

Alex negó con la cabeza.

–No, pero antes de marcharse le dio una receta secreta de una salsa de tomate. Ese día, después de despedirse de William, su marido Roberto falleció. Unas semanas más tarde, Rosa descubrió además que se había quedado embarazada de mi padre, Luca.

Allison pensó que era maravilloso que Rosa hubiese encontrado el amor.

–¿Y qué hizo ella?

–Con el apoyo de su familia, vendió todo lo que tenía y abrió el restaurante, Sorella. Mi padre trabajó en él con su hermana Lisa, pero nunca se llevaron bien. Y la relación empeoró tras la muerte de Rosa. Entonces, Luca se estableció por su cuenta. Empezó con un sencillo puesto en la carretera. Fue entonces cuando nuestra madre, Cindy Daniels, fue de vacaciones a Monta Correnti. La atracción fue instantánea y no tardaron en casarse. Poco después llegamos mi hermano y yo.

–Seguro que erais muy traviesos.

–Según nuestra madre, Luca no la ayudaba nada, así que se divorció de él, nos dejó a todos y volvió a Boston. Un año más tarde, Luca nos mandó a Estados Unidos. Y eso es todo.

Allison pensó que eso no podía ser todo, pero supo que Alex no le contaría más. –Supongo que tendrás que escuchar la versión de tu padre.

Él se encogió de hombros.

–Estás esperando un milagro.

Ella le tomó la mano.

–Todo irá bien, Alex.

Y rezó por que así fuera mientras el avión empezaba a avanzar por la pista. Miró al hombre que le había robado el corazón. Ya no había marcha atrás, para ninguno de los dos.

Unas horas después el avión aterrizaba en Nápoles. Para sorpresa de Allison, su hija había dormido sólo a ratos durante el largo viaje. Habían jugado, habían visto alguna película e incluso habían hecho algún ejercicio de piernas. Luego, Cherry se había dormido. Ella no lo había conseguido y Alex había estado trabajando.

Cuando salieron del avión y pasaron la aduana, los estaba esperando un coche. Era de noche, así que no se veía el paisaje y, de todos modos, Allison estaba demasiado cansada. Metieron el equipaje y la silla de ruedas en el coche y fueron hacia donde iban a alojarse.

Unos treinta minutos después se detenían delante de una gran casa. De repente, la puerta del coche se abrió y Alex salió. Alguien lo saludó en italiano. Después, se asomó para sacar a Cherry.

Allison salió e intentó estirarse la ropa, pero sin éxito.

–*Signora,* bienvenida a Villa Monte Vista. Espero que disfrute de su estancia. Soy Stefano y mi esposa se llama Ghita. Les está preparando una cena ligera.

–Gracias.

El hombre, de unos cincuenta años, se inclinó e hizo un gesto a un chico joven para que se acercase al coche.

–Éste es nuestro hijo, Tomasso –el adolescente asintió–. Permitan que les enseñe sus habitaciones.

Atravesaron las enormes puertas de madera labrada y llegaron a un enorme recibidor con suelos de mármol. Pegada a una de las paredes había una enorme escalera.

Tomaron un ascensor que había justo debajo de las escaleras y llegaron al segundo piso, donde salieron a un rellano en el que había una mesa con un enorme ramo de flores frescas. La deliciosa fragancia los acompañó por el pasillo hasta que llegaron a unas puertas dobles. Stefano las abrió y se apartó para dejarlos pasar a un salón con mullidos sofás y una gran chimenea. Luego los llevó a una habitación decorada en tonos burdeos con una cama enorme. Allison no pudo evitar preguntarse si Alex había planeado dormir allí con ella.

Stefano le dijo a su hijo que podía dejar allí el equipaje de Allison y luego fue hasta una alcoba con una cama individual decorada en tonos amarillos.

–Ésta es para la *bambina.*

–Es perfecta –respondió Allison–. Gracias.

Alex dejó a Cherry, que estaba dormida, en la cama y Allison le quitó los zapatos y los pantalones vaqueros. La niña ni se movió, así que la dejó como estaba, le dio un beso en la frente, encendió la luz de la mesita de noche y volvió al salón.

Oyó voces y las siguió hasta otra puerta, enfrente de la suya. Era una habitación más pequeña decorada en tonos crema y dorado. En ella también había una cama de matrimonio.

Alex la miró mientras Tomasso le llevaba su equipaje.

–¿Está tu habitación lo suficientemente cerca de la de Cherry?

Ella asintió.

–Es perfecta –se giró hacia Stefano–. Muchas gracias.

Él volvió a inclinarse.

–De nada, *signora* –contestó él antes de marcharse.

–Alex, no hacía falta que me dejases tu habitación. Cherry y yo podíamos haber dormido en esta cama.

–Quiero que estés cómoda.

–¿Y tú?

–Sobreviviré.

Allison se dio cuenta de que la estaba mirando con deseo y apartó los ojos de él.

–Hay comida en el salón –dijo Alex–. Queso, pan y vino. Ven conmigo.

Ella pensó que no era buena idea.

–Creo que me daré una ducha antes.

Él asintió.

–Buena idea –le dijo antes de irse hacia su habitación.

Allison vio la tensión en su rostro y deseó llamarlo, pero supo que era mejor mantener las distancias.

Tras oír cómo se cerraba la puerta, sacó un pijama y una bata de su maleta. En el espacioso cuarto de baño, abrió la ducha y dejó que el agua le aliviase la tensión de todo el

día.

Quince minutos más tarde se encontraba mucho mejor. Fue a ver a Cherry y después miró en la otra habitación. Alex estaba asomado al balcón.

Se dio la vuelta para marcharse, pero él la llamó.

–¿Te da miedo estar a solas conmigo?

Allison se dio cuenta de que llevaba puestos los mismos pantalones, pero se había quitado la camisa y se había puesto una camiseta negra que resaltaba todos los músculos de su pecho y de sus brazos.

–No quería molestarte. Tienes muchas cosas en mente. ¿Sabe tu familia que estás aquí?

–Sólo mi hermana Isabella –sacudió la cabeza–. Es una locura. De repente, tengo una hermana y dos hermanos más. ¿Cómo se supone que debo actuar con ellos?

–No actúes –contestó ella, conteniendo una sonrisa–. Limítate a ser tú mismo.

Él echó la cabeza hacia atrás y rió.

–Eso debería funcionar.

–Me refiero a que seas tú mismo cuando eres encantador.

Alex la miró a los ojos. Intentó no fijarse en lo guapa que estaba.

No había pensado que fuese posible echar tanto de menos a alguien en sólo unos minutos. Se acercó a ella y la tomó de la mano.

–Ven, vamos a tomarnos una copa de vino.

–Debería irme a la cama –dijo ella, pero permitió que Alex la llevase hasta la mesa, donde le sirvió una copa.

–No puedes venir hasta Italia y no probar el vino local –le dio la copa–. Stefano me ha dicho que es de una bodega de aquí cerca.

Ella bebió.

–Oh, está delicioso. Deberías probarlo.

Fascinado, la observó beber, dejó su copa y se acercó a ella.

–Prefiero probarte a ti.

Y atrapó sus labios con los de él. Allison gimió y se fundió contra él. Sabiendo ella tan bien, ¿quién necesitaba vino?

A la mañana siguiente, nada más despertarse, Allison pensó en Alex. No le gustaba haber estado a punto de dejarse llevar por lo que sentía por él.

Sabía que sería un amante tierno y considerado, pero ella necesitaba más que una relación física. ¿Qué ocurriría con ellos cuando se terminase aquel viaje? Era evidente que estaba enamorada. La noche anterior, ambos habían deseado estar juntos, pero al final se habían separado y cada uno había dormido en su habitación.

Treinta minutos más tarde, tanto Cherry como ella estaban vestidas y listas para el desayuno. Con la ayuda de Stefano, Allison bajó a su hija al patio. Al ver lo emocionada que estaba la niña, supo que el viaje había merecido la pena.

Allison se apoyó en la barandilla de hierro forjado y observó el increíble paisaje. A lo lejos se veía un pueblo con casas de color salmón y ella se preguntó si aquello sería Monta Correnti. –¿Mami? Allison se giró hacia su hija. –¿Qué, cariño? –¿Hay niños en la familia de Alex? –quiso saber Cherry. –No lo sé, se lo tendrás que preguntar a él. –¿Qué quieres preguntarme, pequeña? –dijo éste, que acababa de salir al patio. Se inclinó y le dio a la niña un beso en la mejilla. Ella lo miró con adoración. –¿Hay alguna niña pequeña en tu familia? –No lo sé, pero pronto lo averiguaremos. Se acercó a Allison y le dio un beso en la boca. –Buenos días –le susurró–. Quiero que sepas que no he dormido bien, me he pasado la noche soñando contigo.

Allison se ruborizó y se dio cuenta de que Cherry estaba sonriendo. –Yo he dormido muy bien. Él sonrió, lo que hizo que se le acelerase el corazón. –No se te da nada bien mentir, Allie Cole. Siguieron mirándose a los ojos y ella no consiguió decir nada más. Le daba miedo confesar lo que sentía. Y Alex no estaba preparado para ella. Tal vez jamás lo estuviese.

–En estos momentos, no necesitas distracciones.

Stefano apareció en la puerta.

–Perdonen, *signore y signora,* tienen una visita.

En ese mismo momento apareció una mujer joven. Tenía el pelo largo y moreno, la piel de color aceituna, era algo más alta que Allison y tenía un cuerpo curvilíneo. Miró a Alex con una sonrisa en los labios, se acercó a él y le dio dos besos.

–Oh, Alessandro, te habría reconocido en cualquier lugar. Bienvenido a casa, *fratello,* hermano.

CAPÍTULO 10

ALEX no había sabido qué esperar al ir a Italia. En esos momentos, al ver a aquella bella mujer, su hermana, sintió cosas que no era capaz de expresar sólo con palabras.

Miró hacia las puertas del patio y deseó que Allison cambiase de idea y lo ayudase a lidiar con aquello. Pero después de las presentaciones, tanto ella como Cherry se habían marchado.

Él se volvió hacia Isabella, todavía impactado con la experiencia de ver a un miembro de su familia.

Y nada menos que su hermana.

–No sabes lo contenta que estoy de que hayas decidido venir a casa –le dijo Isabella. Él se puso tenso. –Ésta no es mi casa. Angelo y yo fuimos enviados a Estados Unidos. Es difícil considerar esto mi casa. Y es difícil acostumbrarse al hecho de que tú seas de mi familia.

Isabella lo miró intensamente con sus ojos de color azul oscuro.

–Ha habido muchos errores y malos entendidos a lo largo de los años –empezó a decirle–. Nuestro padre jamás os habría enviado a Estados Unidos si hubiese sabido el tipo de vida que os esperaba allí. Intentó mantener el contacto, pero vuestra madre cambiaba tanto de residencia que papá os perdió la pista, Alessandro.

–Es una buena excusa, pero tanto mi hermano como yo pensamos que no lo intentó lo suficiente. Por cierto, me llamo Alex.

Ella sonrió.

–Veo que eres tan testarudo como él –hizo un ademán–. Por favor, no es momento de discutir. Uno de mis *fratelli* ha venido a casa desde Estados Unidos.

–*Fratellastro.* Soy tu hermanastro.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

–Incluso así, tenemos la misma sangre, Alex. *Famiglia.* Somos familia. Y te aseguro que todo el mundo tiene tantas ganas de conocerte como yo.

Él se puso tenso.

–Te pedí que no se lo dijeses a nadie. Me niego a que me interroguen acerca de los motivos por los que estoy aquí.

–Y no se lo he dicho a nadie, pero desde que nos enteramos de vuestra existencia, todos hemos tenido muchas ganas de conoceros –arqueó una ceja–. Y también nos gustaría conocer a Allison y a Cherry, es evidente que significan mucho para ti.

Alex prefirió no comentar nada al respecto. –Allison ha estado trabajando en mi rancho y yo la he ayudado con su hija. –¡Hombres! ¿Tanto os cuesta admitir vuestros sentimientos? Las dos son *bellissime.*

Alex asintió.

Ella rió.

–Estoy deseando que conozcáis a mi marido, Max. Después comprenderás por qué no me intimidas –sonrió de oreja a oreja–. Por favor, si has venido hasta aquí, supongo que es para darnos la oportunidad de ser una gran familia –sacó una tarjeta y se la tendió–. Ven al restaurante familiar, Rosa.

Alex tomó la tarjeta. Aquélla iba a ser la parte más dura, hacer frente a su pasado.

–¿Cuándo?

Isabella suspiró.

–Podría ser esta noche. Si te parece bien, por supuesto.

Alex llevaba un año esperando aquello. Llevaba años queriendo ver a su padre y obtener de él las respuestas que necesitaba para seguir adelante con su vida.

–Allí estaremos.

–No puedo pedir más –le dijo Isabella antes de que

ambos fuesen hacia la puerta de la casa. Se puso de puntillas y volvió a besarlo en las mejillas–. Por favor, dile Allison que espero verla esta noche también. *Ciao.*

Cuando el coche de Isabella hubo desaparecido de su vista, Alex volvió al patio. Se apoyó en la barandilla desde la que se veía toda la campiña y la observó con detenimiento. Angelo y él habían nacido allí.

–¿Alex?

Se giró y vio a Allison acercándose a él. Sonrió.

–Isabella es encantadora, pero supongo que ha sido muy duro verla.

–¿Quieres decir después de todos los años que hemos perdido?

Ella asintió.

–Pero ahora estás aquí. Y puedes compartir su vida.

Alex la abrazó, a pesar de no querer necesitarla.

–A veces me pregunto si pertenezco a alguna parte.

–En ese caso, averigüémoslo. No puedes quedarte encerrado en casa todo el día con tantas cosas bonitas que ver.

Él abrió la boca para contradecirla.

–No me digas que prefieres quedarte aquí. Eres un hombre al que le gusta recorrer los límites de su territorio.

Él frunció el ceño.

–¿Cómo lo sabes?

–No lo sabía, pero no eres de los que se quedan todo el día en casa.

–Vaya, crees que me conoces muy bien, ¿verdad?

–No dejas que nadie se te acerque tanto –respondió ella sonriendo–. Venga, vamos a llevar a Cherry al pueblo –lo agarró del brazo–. Fingiremos que somos turistas.

Él accedió, pensando que sería divertido seguirle el juego.

–Lo somos.

–He dicho que vamos a fingir.

Eso se le daba bien a Alex; llevaba toda la vida fingiendo.

Esa noche, Allison se sentó con Cherry en la parte trasera del coche de camino a Monta Correnti. Miró hacia delante, donde Alex iba al lado de Stefano. Lo habían pasado bien durante el día. Habían llevado a Cherry a conocer los alrededores y el pueblo, donde habían comprado algunos recuerdos.

Después habían vuelto a casa para que Cherry pudiese dormir la siesta y Alex había vuelto a encerrarse en sí mismo.

Allison esperaba que se quedase más tranquilo cuando conociese a su familia, pero lo veía tan tenso que se preguntaba si se habría equivocado al animarlo a ir a Italia.

Miró por la ventanilla; el paisaje era impresionante. Bajaron una colina y ante ellos apareció el lago Adrina. El agua era de un azul cristalino y en ella se reflejaba el sol, que ya se estaba poniendo entre las colinas.

Un poco después, el coche redujo la velocidad al entrar en la ciudad. Había muchas calles estrechas y pequeñas escaleras entre los antiguos edificios.

El corazón se le aceleró mientras se preguntaba cómo se sentiría Alex al ver todo aquello. ¿Se acordaría de algo? Deseó ayudarlo.

Frente al volante, Alex intentó no reaccionar al atravesar Monta Correnti. Llegaron a la plaza, que no le trajo ningún recuerdo. Por fin detuvo el coche delante de un edificio de estuco con una valla de hierro forjado y un cartel en el que ponía: *Ristorante Rosa.*

Alex salió del coche y miró a la gente que estaba cenando en la terraza. Luego fue a abrir la puerta de atrás. Se encontró con la mirada de Allison, que parecía preocupada.

–¿Estás seguro de que quieres que estemos aquí?

Él deseó sacarla del coche y abrazarla, pero siempre había hecho las cosas solo. Aparte de Angelo, no estaba seguro de poder confiar en nadie. Siempre que lo había hecho, había salido perdiendo.

–La verdad es que no estoy seguro de querer estar aquí.

Ella le tocó el brazo.

–En ese caso, me alegra estar contigo. –Alex, ¿voy a conocer a tu papá? –le preguntó Cherry. Alex no estaba seguro. Sólo le había hablado a Isabella de su visita. –Se supone que está aquí. Es su restaurante –suspiró–. Vamos a ver.

Ayudó a salir a Allison y la recorrió con la mirada. Llevaba puesto un vestido de color burdeos que resaltaba su cuerpo delgado.

–¿Voy bien vestida?

–Estás perfecta.

Sacó a Cherry y la sentó en su silla.

–Y tú estás tan guapa como una princesa –le dijo con una sonrisa. Llevaba un vestido de tirantes azul y el pelo recogido en una coleta.

Se dieron la vuelta y vieron a Isabella saliendo del restaurante, vestida con un uniforme blanco de cocinero.

–Ah, habéis venido –los besó a los tres en las mejillas–. Oh, *uccellino.*

Cherry rió.

–Alex también me llama así.

Alex miró primero a Allison, y después, a Isabella. Parecía sorprendido.

–Es como me llamaba nuestro papá cuando era una *bambina.*

Alex no quiso pensar que lo recordaba después de tantos años, pero así era. Se preguntó si su padre también los había llamado así a Angelo y a él.

–Entrad –les dijo Isabella.

Alex se resistió.

–¿Está todo el mundo?

Isabella negó con la cabeza.

–Claro que no. Está Luca, por supuesto. Es imposible sacarlo de aquí. Y yo también trabajo en el restaurante. Por favor, Alessandro, todo irá bien –le guiñó un ojo–. Yo te protegeré si alguien te trata mal.

Alex no pudo evitar sonreír. Seguro que lo hacía. Miró a Allison.

–Supongo que tengo suficiente protección.

Atravesaron la terraza y Stefano les sujetó la puerta para que entrasen. Alex estudió el restaurante que llevaba el nombre de su abuela Rosa. La decoración era agradable, rústica, y el salón estaba dividido en varias zonas. En él se servía comida casera italiana y, al parecer, tenía éxito. La mayoría de las mesas estaban ocupadas y las risas y los gritos de los clientes eran casi insoportables.

Isabella se detuvo delante de una de las mesas y habló con sus ocupantes. Luego le hizo un gesto a Alex para que la siguiera. Él se dispuso a empujar la silla de Cherry, pero Allison no se lo permitió.

–Alex, ¿por qué no vas primero a hablar con tu padre? –sonrió–. Cherry y yo necesitamos ir al cuarto de baño, volveremos en algunos minutos.

Él no estaba convencido de querer hacer aquello.

–Has esperado a que llegase este día durante mucho tiempo. Esto es entre tu padre y tú. No tardaremos. Vete.

Isabella llamó a una de las camareras y habló con ella. La joven siguió a Allison.

–Las van a cuidar –le aseguró a Alessandro, guiándolo hacia la parte trasera del restaurante, donde había una zona semiprivada donde se organizaban fiestas.

Alex miró a su alrededor e intentó imaginarse a su

padre. No estaba seguro de reconocerlo. ¿Lo reconocería Luca a él?

De repente, oyó voces y la puerta de la cocina se abrió. Un hombre mayor salió. Iba mirando hacia atrás y tardó unos segundos en girarse. Vio a Isabella, sonrió y se acercó a ella con decisión.

Alex sintió que se le hacía un nudo en la garganta. El hombre al que de niño había llamado «papá» era alto y delgado. Llevaba el pelo cano muy corto y tenía el rostro bastante arrugado. Al parecer, Luca Casali había vivido a tope sus sesenta y siete años.

Luca clavó la mirada en él y dejó de sonreír. Su expresión fue primero de pánico y, después, de tristeza. En ese momento, Alex volvió a sentirse como el niño al que nadie había querido nunca.

–Papá… –empezó a decir Isabella, pero Luca ni la miró, sino que siguió caminando hacia Alex.

Se detuvo delante de él.

–Alessandro –susurró, con los ojos llenos de lágrimas–. Oh, Dios mío, Alessandro, realmente eres tú.

Él se limitó a asentir mientras intentaba ignorar sus propias emociones.

–Ahora me llaman Alex.

Luca se quedó inmóvil, como si no supiese qué hacer. Isabella intervino:

–Papá, Alex ha venido desde Estados Unidos sólo para vernos –había mucho ruido–. Vamos a un sitio más tranquilo.

Condujo a ambos hombres a un reservado y cerró las puertas. Luego señaló hacia una mesa larga con mantel.

–Sentaos –les dijo a los dos hombres–. Iré a por vino.

Y antes de que pudieran detenerla, desapareció.

Alex no habló. No habría podido hacerlo aunque hubiese querido. Además, había ido hasta allí para recibir una explicación de aquel hombre. Y lo que más odiaba era que deseaba que Luca Casali tuviese un buen motivo para

haber-los mandado fuera de allí.

Luca tardó en hablar.

–He rezado muchas veces por que llegase este día.

–Yo hace mucho que dejé de rezar.

A Luca se le llenaron los ojos de lágrimas.

–Hijo, no me extraña que tu hermano y tú me odiéis. Alex se dio cuenta de que estaba perdiendo el control.

–Hemos tenido muchos años para hacerlo.

–Lo siento, *figlio.* Lo siento mucho. No tengo excusa. Alex se puso recto. –¿Cómo puedes llamarme hijo? Durante años,

renegaste de nosotros. En ese momento entró Isabella con una botella y vasos. Allison y Cherry estaban con ella.

–Mirad quién está aquí –dijo Isabella sonriendo–. Papá, ésta es Allison Cole, amiga de Alex, y su hija, Cherry.

Luca se acercó a Allison y le dio la mano.

–Encantado de conocerte –luego miró a Cherry–. Eres una *bella signorina.* Igual que tu madre.

Cherry se sonrojó.

–Gracias. ¿Eres el papá de Alex? –inquirió.

Luca parecía triste.

–Siento decir que no lo he sido durante mucho tiempo.

Isabella se dio cuenta de que Alex se ponía tenso.

–Por favor, Alex, papá. Todo el mundo. Sentaos y tomemos algo juntos.

Alex no sabía si iba a ser capaz.

–¿Por qué quieres que brindemos? ¿Por el regreso del hijo pródigo?

Su hermana le tendió un vaso a él y otro a Allison.

–Sí, por eso. Y también por que papá nos cuente su versión de lo que ocurrió –se giró hacia su padre–. Por favor, cuéntale por qué tuviste que mandarlos a Estados

Unidos. Por qué no tuviste elección.

Luca miró a su hija.

–El motivo no importa. Hice algo imperdonable –dio un trago a su vaso–. Pensé que era mejor que estuvieseis con vuestra madre.

Alex bebió también.

–Quisiste deshacerte de nosotros.

–Eso, nunca. Pero no podía manteneros. El negocio iba mal y yo tenía que pasarme el día trabajando. No tenía dinero, ni a nadie que os cuidase. Pensé que mandaros con vuestra madre sería lo mejor.

Allison se levantó y sacó a Cherry de la habitación. Alex deseó salir tras ella, pero tenía que quedarse allí.

–Pues te equivocaste –le dijo a Luca–. Cindy no se ocupó de nosotros. Era una borracha. Pasamos hambre, e incluso estuvimos en la calle. Y cuando estaba en casa, se pasaba el día llorando por ti. Lo único que quería era que fueses a buscarla.

A Luca parecieron dolerle sus palabras y Alex tampoco se sintió bien.

–Cindy no nos quería ni a Angelo ni a mí, ni tú tampoco. Menuda pareja. Me extraña que no duraseis juntos.

La puerta se abrió y entró un hombre. Era más bajo que Alex, pero igual de fuerte. Tenía los ojos y el pelo oscuros. Lo miró y se acercó a Luca.

–Papá, ¿hay algún problema?

Luca negó con la cabeza.

–Por supuesto que no. Valentino, ven, quiero que conozcas a tu hermano mayor, Alessandro. Lo siento, Alex. Alex, éste es tu hermano Valen-tino.

Alex lo saludó moviendo la cabeza. Isabella ya le había hablado de sus dos hermanastros, Cristiano, que era bombero y vivía en Roma, y Valentino, piloto de Fórmula 1 que vivía en la ciudad. Además, le había comentado que, en realidad, Valentino no era su hermano biológico ya que, al parecer, la segunda esposa de Luca, Violetta, había tenido

una aventura durante su matrimonio. No obstante, Luca había criado a Valentino como a un hijo.

Lo que no había hecho había sido mantener el contacto con sus propios hijos. A Alex le dolía aquello, y le enfadaba. Se giró hacia su hermana.

–Ahora mismo no puedo lidiar con esto también.

Isabella lo miró asustada.

–Es difícil, por supuesto –le tocó el brazo–. Ya lo intentaremos en otra ocasión.

Alex no sabía si querría volver a pasar por aquello. Salió del reservado, contento de que nadie lo siguiese. Odiaba sentirse tan confundido. Y no quería compartirlo con nadie.

Tal vez Angelo hubiese sido más inteligente que él al no ir a Italia. Tal vez él tampoco debería haber ido. Hiciese lo que hiciese, nada cambiaría la horrible niñez que había tenido.

Alex consiguió encontrar a Allison y a Cherry y meterlas en el coche. Eso sí, con la ayuda de Isabella, que además les dio comida para que se la llevasen a casa.

Cherry pronto se distrajo montándose un picnic en el coche. Y Alex intentó explicarle lo que le había ocurrido con su padre.

Treinta minutos más tarde, cuando llegaron a la casa, la niña estaba profundamente dormida. Alex la llevó a su habitación sin más preguntas. Desde que había vuelto a hablar, no hacía otra cosa.

Eso era lo más interesante de todo aquello. Alex se había dado cuenta de que no se parecía en nada a su padre; el jamás podría abandonar a un niño. Fuesen cuales fuesen sus circunstancias. Cherry significaba demasiado para él. Y Allison, también.

Salió al salón. Se sirvió una copa de vino y se asomó al balcón. Una brisa suave le refrescó el rostro mientras

recordaba la escena del restaurante. De repente, había vuelto a sentir la ira, la sensación de abandono. No quería darle vueltas a los motivos, o más bien a las excusas, que todos le ponían.

Le dio un largo trago a la copa para intentar aliviar su dolor, pero no le funcionó. Se preguntó por qué había respondido al mensaje de Isabella. ¿Por qué había permitido que lo convenciesen para ir hasta allí? Después de aquel viaje, lo único que sabía con certeza era que no pertenecía a aquel lugar.

Y no iba a necesitar que se lo volviesen a decir. En cuanto lo organizase todo, volvería a su vida en Texas y se olvidaría de todo lo relacionado con Monta Correnti.

Alex oyó que se abría la puerta de la habitación principal. Se giró y vio a Allison. Todavía llevaba el mismo vestido que un rato antes, pero se había soltado el pelo, como a él le gustaba. Aunque lo cierto era que le gustaba de cualquier manera.

Vació la copa de vino y la dejó encima de la mesa. Cruzó el patio, la tomó entre sus brazos y la besó.

–Te deseo, Allie –le dijo después de romper el apasionado beso.

Ella apoyó las manos en su pecho y lo apartó.

–El sexo no va a aliviar el dolor que sientes.

–Contigo podría olvidarme hasta de mi nombre –respondió él, arqueando una ceja–. Siempre te he deseado, desde la primera vez que te vi en el rancho. ¿Por qué crees que intenté alejarte de mí?

Allison se sintió halagada. Estaba loca por él, pero no podía ayudarlo.

–Ése es el problema, Alex. Que quieres alejar a todo el mundo de ti. No quieres arriesgarte a ser rechazado. Otra vez.

Él juró. –No necesito que una aficionada me psicoanalice.

–Lo siento. Tú quisiste que te acompañase, y yo vine para apoyarte. Sé que es difícil, pero no lo estás intentando.

–Luca nos mandó a Estados Unidos con nuestra madre. No se arrepintió. No le remordió la conciencia. Ha dicho que no podía mantenernos. No había lugar en su vida para nosotros. Eso es todo.

–Alex, tiene que haber más. Yo he oído que se disculpaba por haberse equivocado al pensar que estaríais mejor con vuestra madre.

–Está bien, ha dicho que no sabía que la situación fuese tan precaria. Eso lo entiendo, pero no comprendo que no quisiese saber nada de nosotros hasta que tuvimos dieciocho años. Pensé que no me importaba que no le hubiese hablado de nosotros al resto de la familia, pero después de esta noche…

–¿Qué?

Él se sirvió otra copa de vino, y una para ella.

–No es importante.

–Lo es para ti –replicó Allison, rechazando la copa. Él le dio un buen sorbo a la suya, se rellenó la copa y paseó de un lado a otro.

–Me resulta curioso que mi padre se deshiciese de sus dos hijos, pero aceptase a otro que ni siquiera era suyo. Su segunda mujer tuvo una aventura y él volvió a aceptarla… embarazada –se giró hacia ella–. Él entró cuando tú estabas fuera: Valentino Casali. Me miró como si fuese un extraño. Como si no tuviese derecho a estar allí. Llamó «papá» a Luca y actuó como si yo fuese una amenaza para mi padre.

–Lo siento, Alex. Lo siento de verdad.

Él la fulminó con la mirada.

–Maldita sea. No quiero compasión. Ya la he tenido toda mi vida –se acercó a la barandilla–. Ya no soy un niño asustado y solo. He sabido salir adelante. Tengo éxito y

dinero. No necesito la aprobación de una familia que nunca me ha querido.

Allison vio su agonía, pero no pudo hacer nada por el hombre al que amaba.

–Alex, es tu padre.

–¡No! Luca nunca ha sido ni será mi padre. No necesito a nadie.

–Todo el mundo necesita a alguien.

–En ese caso, parece que soy la excepción que confirma la regla –tomó la botella de vino y se encerró con ella en su habitación, dando un portazo.

El ruido fue ensordecedor, pero el silencio que lo siguió fue todavía peor. Sonaba a final.

Una vez más, Alex Casali había vuelto a sacarla de su vida.

CAPÍTULO 11

A LA mañana siguiente, el sol entraba por la habitación cuando Alex se incorporó con un gemido. Miró a su alrededor y recordó dónde estaba. El reloj de la mesita de noche marcaba las nueve.

Juró, se puso en pie, su estómago rugió y notó que le dolía la cabeza. Todavía llevaba la misma ropa que el día anterior. En vez de olvidar, su cerebro prefirió recordar los acontecimientos de la noche anterior. El viaje a Monta Correnti. Su padre. La discusión. Después, en la casa, se había desahogado con Allison. Volvió a gemir al recordar las cosas que le había dicho.

Fue al baño. Después de darse una ducha rápida, se puso unos vaqueros y una camiseta y fue en busca de la mujer que no había merecido su ira. Allison. Esperó que madre e hija todavía no se hubiesen levantado para poder aclararse la mente con un poco de café antes de disculparse por haber sido tan brusco. Después se ofrecería a darles un paseo por la zona antes de volver a Texas.

Llamó a la puerta de su habitación, pero no obtuvo respuesta. Miró en su interior, pero estaba vacía. Bajó corriendo al patio, donde esperó encontrárselas desayunando, pero también estaba vacío. Iba a hacer una llamada de teléfono cuando Tomasso apareció.

–¿Has visto a la *signora y a la bambina?*

–Se han ido con mio papa.

–¿Al pueblo?

El chico parecía confundido, negó con la cabeza. –Al *aeroporto.* A Alex se le hizo un nudo en el estómago. –Al aeropuerto. ¿Cuándo? El adolescente habló muy rápido en italiano, y él no esperó a descifrar sus palabras.

–Necesito un coche.

El chico negó con la cabeza.
–No hay coche.
Alex juró, sacó su teléfono móvil y entró en la casa. Allí estaba Luca Casali, esperando en la entrada.
Alex se puso tenso.
–¿Qué quieres?
–He venido a hablar con mi hijo –respondió éste, acercándose a él–. Algo que siento no haber hecho hace muchos años.
Alex no quería tener esa conversación en esos momentos.
–Tienes razón, pero ya es demasiado tarde. Además, ahora tengo algo más importante que hacer –fue hacia las escaleras.
–Tienes razón. Allison y Cherry merecen tu tiempo.
Él se detuvo y se giró a mirarlo.

–¿Sabes dónde están?
Luca asintió.
–En el restaurante, con Isabella y tu prima Lizzie –sonrió–. Están entreteniendo a la *bambina* –se puso serio–. Su accidente fue una tragedia. He oído que tú estás siendo fundamental en su recuperación.
–Tal vez las haya ayudado, pero hasta que Cherry no vuelva a andar del todo, no estará recuperada. Ahora, si me perdonas, tengo que ir a por ellas.
Luca levantó una mano.
–Tienes mi palabra de que no se marcharán de Monta Correnti hasta que hayamos terminado de hablar.
Alex se sintió en cierto modo aliviado. Todavía tendría la oportunidad de hablar con Allison. Cuando volviesen a Texas, aclararía las cosas con ella. Miró a Luca.
–Nos vamos a marchar todos hoy.
–Has venido hasta aquí para conocer a tu familia,

Alessandro. ¿Has cambiado de idea de repente?

Él asintió.

–He decidido que es mejor dejar ciertas cosas como están. Así que da recuerdos a la familia de mi parte, me vuelvo a casa.

Luca no se movió de donde estaba.

–*Per favore, Alessandro.* No arrebates a tus hermanos la oportunidad de conocerte por mi culpa.

–No encajo aquí –espetó él.

–Eres un Casali, por supuesto que encajas. No te dejes llevar por la ira que sienes por mí –extendió los brazos–. Tal vez quieras decirme lo que has querido decirme durante todos esos años que no he estado para ti ni para tu hermano. Ésta es tu oportunidad.

Alex había pensado en muchas ocasiones los cientos de cosas que habría querido decirle a su padre, pero en esos momentos ya no importaba. Sólo le importaba Allison.

–No es importante.

–Es lo suficientemente importante como para que hayas venido hasta Italia. Hemos estado muchos años sin vernos, demasiados.

–¿Y de quién ha sido la culpa?

–Mía. Pero también ha llegado el momento de que lo sepas todo –se acercó–. No puedo… –Luca tragó saliva–. No puedo pedirte ni esperar tu perdón. Sólo quiero que sepas que cuando os mandé a Estados Unidos no fue porque tu hermano y tú no me importaseis, ni porque no os quisiese. Sino porque estaba desesperado y no podía manteneros.

–Supongo que no quieres que comparemos quién lo pasó peor, pero continúa.

–Créeme, no supe lo mala que había sido vuestra situación hasta muchos años después. Admito que os perdí la pista, pero no tenía ni idea de lo que había hecho Cindy con vosotros.

Alex vio tristeza en los ojos de Luca.

–Como os había dado la espalda a vosotros, sentí la obligación de estar ahí para Valentino. Ojalá hubiese podido hacer más por Angelo y por ti, pero ya es demasiado tarde –hizo una pausa–. Y las cosas que hice, los errores que cometí a lo largo de los años, me acompañarán hasta la tumba.

–¿Así has vivido durante todos estos años? –le preguntó Alex–. ¿Como si jamás hubiésemos existido?

Luca ignoró sus palabras.

–Ojalá pudiese borrar todo el dolor, pero no puedo, Alex. Cuando volví a dar con Angelo y contigo, cuando teníais dieciocho años, os llamé, pero dejé que me apartaseis de vuestras vidas. Debí haber insistido entonces. Debí haber luchado por mis hijos. Lo siento mucho, Alex. Siento mucho todos esos horribles años durante los que no tuvisteis a nadie que os cuidase ni os protegiese.

Alex sintió dolor en el centro del pecho. Odió que los sentimientos que había enterrado mucho tiempo atrás volviesen a la superficie.

–Bonito discurso, pero no esperes que te lleve la contraria ni que te perdone.

–No es a eso a lo que he venido.

–¿A qué, entonces?

–He venido por ti. Porque aunque dices que nada de esto te importa, veo dolor en tus ojos, lo oigo en tu voz. Tienes demasiada ira en el corazón.

–Por supuesto que tengo ira. No le hablaste de nuestra existencia a la familia. ¿Te sentías avergonzado de nosotros?

–De vosotros, no. Todo lo contrario. Me sentía avergonzado de mí mismo. Avergonzado por no haber podido manteneros, por no haber podido ser el padre que necesitabais. Estoy muy orgulloso de lo que Angelo y tú habéis conseguido en la vida.

–No te enorgullezcas de nosotros, porque no tienes nada

que ver con lo que hemos conseguido.

–Yo creo que sí. La ira que sentíais por mí os ayudó a conseguir el éxito. Ése es mi único mérito. Si quieres, me sentaré contigo y admitiré todas las cosas que hice mal, con tu madre y con vosotros, pero cuando terminemos, tendrás que pasar página, Alex. Tienes que hacerlo antes de que lo pierdas todo.

–No voy a perder nada.

–Te equivocas, Alex. Para empezar, estás renunciando a una familia a la que tienes la oportunidad de conocer. ¿Y qué me dices de Allison? También la estás apartando de tu vida.

–No la metas en esto.

Luca sacudió la cabeza.

–Ella también forma parte de esto porque es muy importante para ti. Y, aun así, no dejas que se te acerque.

–¿Se supone que debo aceptar tus consejos? –vio dolor en la expresión de su padre y se arrepintió de lo que le había dicho–. Creo que es mejor que te marches.

–No voy a ir a ninguna parte hasta que lo hayamos aclarado todo. Tal vez no volvamos a ser nunca más un padre y un hijo, pero te pido que al menos seamos civilizados.

–¿No te parece demasiado pedir?

–Aunque sea, hazlo por Allison. Es lo que ella quiere. Alex no quería hablar de Allison. –¿Cómo sabes lo que quiere? Luca sonrió. –Porque me lo ha dicho. Y la pequeña también. Es una pena, porque tienes la oportunidad de ser un padre para ella. Ambas te necesitan –Luca lo miró con tristeza–. Y lo que es más importante: tú también las necesitas a ellas.

Una hora más tarde, todo el mundo se sorprendió cuando la recién casada Lizzie Grenn Lewis abrió una enorme caja en la que había una de las colchas de Allison.

–Es *bellissima* –dijo Lizzie–. Oh, *grazie,* Allison, *grazie* –la

abrazó–. ¿La has hecho tú?

Allison asintió.

–Es uno de mis diseños para bodas.

–Me encanta.

A Allison le había caído bien la prima de Alex nada más conocerla. Y se había llevado una gran sorpresa al ver que estaba embarazada.

Al parecer, ya había conocido al que sería su marido, Jack, en ese estado. Con cuarenta años, había decidido que quería tener un hijo y se había hecho una inseminación artificial.

–Si lo hubiese sabido, te habría traído una colcha para el bebé.

–Habrían hecho falta dos –contestó Isabella sonriendo.

–¿Gemelos?

Lizzie asintió y todos rieron.

Los miembros de la familia Casali a los que habían conocido Allison y Cherry habían sido muy cariñosos con ellas.

Ella pensó que Alex tenía derecho a estar enfadado, pero que no sabía lo que se perdía al no conocer a su familia.

Miró a Isabella.

–Al parecer, ha habido muchas bodas últimamente, no sabía que tú también te habías casado hace poco.

–¿Cómo ibas a saberlo? –respondió Isabella, dándole un abrazo también–. Cuando llegue el momento, te pediré que me hagas una colcha para mi *bambino.*

Allison intentó no sentir envidia por Lizzie e Isabella, y por la vida que tenían con sus maridos.

Algo que ella dudaba poder llegar a tener con Alex, que seguía anclado en el pasado.

Sonrió.

–¿Quieres que la empiece ya?

Isabella le guiñó un ojo.

–Ya te lo diré. Me gustaría que conocieras a Max antes de marcharte. *Per favore,* quedaos unos días más. No hagas caso a Alex ni a ningún otro Casali. Tal vez sean muy guapos, pero también son muy obstinados.

Allison estudió a ambas mujeres. Isabella, la hermana de Alex, y su prima Lizzie habían contactado con Alex y con su gemelo, Angelo. Lizzie era la única persona de la familia que había estado al corriente de su existencia.

–Muy, muy obstinados –asintió Lizzie–. Así que tenéis que convencer a Alex para que se quede.

–Debería marcharme –dijo ella con lágrimas en los ojos–. Todavía tengo que hacer la reserva del vuelo. Tengo un negocio en Texas y Cherry tiene que ir a terapia. Tenéis que convencerlo vosotras, y así veréis lo buena persona que es.

–Si te marchas, Alex te seguirá. Y entonces Max y yo tendremos que ir a veros a Estados Unidos. Yo nunca he estado en un rancho.

–Te encantaría. Y podrías conocer a Tilda.

–¿Quién es Tilda? –preguntó Isabella.

–Era la dueña del rancho, pero Alex se lo compró. Al principio, la tuvo como ama de llaves, luego, como contable, y ahora lleva gran parte del rancho. Pero, sobre todo, es su familia. Lo quiere como si fuese su propio hijo.

A Isabella se le llenaron los ojos de lágrimas.

–Me alegro mucho de que tenga a alguien. Y a ti.

Ella deseó decirle que Alex no la quería o que, al menos, todavía no sabía que la quería.

–Y ahora os tiene también a vosotros.

Isabella abrió la boca para hablar, pero algo captó su atención al otro lado de la sala. Allison se giró y vio entrar a Luca por la puerta de la cocina, seguido de Alex, que no parecía nada contento.

–¡Alex! –gritó Cherry, tendiéndole los brazos–. Has venido a buscarnos.

Alex sonrió y se acercó a abrazarla. Luego se arrodilló y

habló con ella en voz baja. Luca le hizo un gesto a Isabella para que se acercase a él.

Cuando quisieron darse cuenta, Cherry se había marchado con Isabella y Allison y Alex estaban solos.

–Así que has decidido que no podías soportarlo y te has marchado.

–No, has sido tú el que me ha echado. Además, no quería seguir discutiendo –lo miró a los ojos–. Pensé que podía ayudarte, Alex, pero ahora sé que fue un error acompañarte.

–No, no fue un error. No debí actuar como lo hice anoche. Podría echarle la culpa al vino, pero lo cierto es que sólo sería una excusa –la miró a los ojos–. No tenía derecho a desahogarme contigo. Y te juro que jamás volverás a verme beber.

Ella tomó aire y lo soltó lentamente. Inhaló el olor que desprendía Alex y pensó que se estaba volviendo loca.

–Me alegra oírlo –miró hacia la mesa en la que estaba sentado Luca con Cherry. Su hija se estaba riendo–. ¿Has hablado con Luca?

–Ha venido a verme y me ha dicho que no iba a marcharse hasta que hablásemos –contuvo una sonrisa–. Al parecer, todos los Casali somos muy testarudos.

–Eso he oído. Así que has tenido una charla con tu padre. ¿Te ha ayudado?

Alex apartó la mirada.

–No te voy a decir que piense que algún día lo llamaré «padre». Dudo que eso ocurra, pero le he dado mi palabra de que voy a quedarme unos días para conocer a la familia.

–Oh, Alex, qué buena noticia –contuvo las lágrimas, contenta por él. Ya no la necesitaba–. Si me ayudas a conseguir un vuelo, Cherry y yo volveremos a casa.

–¿Por qué quieres marcharte ahora, Allison? –le preguntó él en voz baja–. Tú me convenciste para que viniera. ¿No sientes curiosidad por ver qué ocurre? Al menos, tienes que conocer al resto de la familia.

–Tengo un negocio y, Cherry, la terapia.

–Todo eso puede esperar. Sólo te estoy pidiendo un par de días –se acercó más a ella–. Estás huyendo, Allie.

Ella negó con la cabeza, a pesar de saber que era cierto.

–No.

Alex se inclinó y le dio un beso en los labios.

–Estás asustada. Cometiste un error y confiaste en tu marido, que os abandonó –la miró a los ojos–. Pero yo no soy él. Quiero demostrártelo. Nos merecemos una oportunidad. No volveré a defraudarte. No me dejes ahora.

–Oh, Alex…

–Permíteme que te convenza.

Le dio un apasionado beso y la abrazó con fuerza, como si fuese a desaparecer.

Cuando se apartó de ella, vio deseo en sus bonitos ojos verdes.

–Un par de días, Allie –le pidió–. Dame un par de días, es lo único que te pido. Te prometo que Cherry y tú os divertiréis.

Ella sonrió.

–Mi hija es pan comido –lo abrazó por el cuello–. Es a mí a quien tienes que convencer, vaquero.

Él sonrió también.

–Haré todo lo posible, señora.

Volvió a inclinar la cabeza e hizo lo prometido.

CAPÍTULO 12

DURANTE una comida muy agradable, Isabella persuadió a Alex para que se quedasen a pasar la noche en la ciudad para que la mayor parte de los Casali pudiesen conocerlos. Su persuasiva hermanita lo convenció incluso para que acudiese a una cena familiar en Rosa al día siguiente.

Ella misma les buscó un hotel cercano y los ayudó a instalarse en la suite de dos habitaciones.

Una vez en el hotel, Cherry no tardó en dormirse. Allison salió de su habitación, vio a Alex charlando con su prima Lizzie y retrocedió, pero Alex la llamó.

–Allison, por favor, ven con nosotros. Mi prima me está poniendo al día.

Allison sonrió y saludó a Lizzie antes de sentarse al lado de Alex en el sofá. Al menos Alex quería hablar con su familia acerca de su pasado, y eso le alegraba.

–Así que te acuerdas de Alex y de Angelo –le comentó a Lizzie.

–Le estaba diciendo a Alex que sólo era una niña cuando se marcharon –había tristeza en sus ojos–. Sí, recuerdo muchas cosas. Durante años, me dijeron que no debía hablar de los gemelos.

–¿Y por qué tanto secretismo? –quiso saber Allison.

–Supongo que por vergüenza. Se supone que las familias deben permanecer unidas, pero Luca no pudo mantener a los niños. Y mi madre no lo ayudó en absoluto. Tal vez fuese debido a las circunstancias del nacimiento de Luca, que era hijo de William Valentine. Siempre ha habido tirantez entre ambos. Incluso en los negocios, son muy competitivos y no estaban de acuerdo acerca de cómo llevar el restaurante. Por eso Luca tomó el apellido de soltera de su madre, Casali, y por eso abrió Rosa.

Miró a Alex.

–Ése es uno de los motivos por los que estoy aquí hoy, para contarte algo de mi madre, Lisa Firenzi, a la que no creo que recuerdes.

Alex negó con la cabeza.

–Lisa es el verdadero motivo por el que tu padre tuvo que enviaros fuera. Así que deberías dirigir tu ira contra ella.

–¿Por qué? –preguntó, tomando la mano de Allison.

–Cuando la abuela Rosa murió, Luca se marchó del restaurante de la familia, Sorella, y montó su propio negocio. Tuvo que trabajar todo el día mientras os criaba –hizo una pausa–. Vuestra madre ya lo había abandonado y se había ido a Estados Unidos.

Sabiendo lo egoísta que era Cindy Daniels Casali, no le extrañó.

–Luca supo que no podría continuar sin ayuda. Acudió a su hermana y le pidió un préstamo, pero Lisa no se lo dio. Luca no tuvo elección, tuvo que mandaros con vuestra madre.

Alex se levantó y fue hacia la ventana.

–¿Pero por qué lo mantuvo en secreto?

–Yo creo que eso también fue idea de mi madre. Sólo te lo cuento, Alex, porque no quiero que le eches la culpa de todo a Luca. Te aseguro que os ha echado mucho de menos.

Él no podía hablar. Estaba demasiado emocionado.

–Debería marcharme –Lizzie se levantó–. Mi marido me está esperando y los *bambini* están inquietos.

–¿*Bambini?*

Ella asintió y sonrió.

–¿No es increíble? Gemelos –lo abrazó–. Espero que formes parte de sus vidas –le susurró al oído–. Y de la mía también. Me alegro de que hayas venido, primo.

Luego lo soltó y agarró la mano de Allison.

–Espero volver a veros. *Ciao, Allison.*

–Te acompañaré –le dijo Alex a Lizzie. Pero enseguida se

dio la vuelta para decirle a Allison–: Necesito salir un poco. No puedo pedirte que me esperes despierta, pero me gustaría que lo hicieras.

–Aquí estaré.

Alex le dio un beso y deseó darle más, pero no podía pensar en el futuro hasta que arreglase el pasado.

Las calles estaban casi vacías a esas horas, pero a Alex le gustó la tranquilidad. Ya sabía lo que había ocurrido en su pasado, de dónde venía. Llegó al restaurante. Tenía que hablar con Luca.

Como la puerta principal estaba cerrada, dio la vuelta y encontró la puerta de la cocina abierta.

Todo estaba a medio recoger después de las cenas.

Se preguntó cuántos años habría tenido que trabajar su padre para levantar aquel negocio. La vida tampoco había sido fácil para él.

entonces la puerta de la cocina se abrió y Luca apareció con otro empleado, hablando en italiano. Cuando lo vio, le pidió al otro hombre que se marchase.

–Alex, ¿ocurre algo?

–No. He salido a dar un paseo y he terminado aquí.

La expresión de su padre se relajó y Alex pensó que se parecía a Angelo.

Luca le hizo un gesto para que lo siguiese hasta el comedor, que estaba vacío.

–Monta Correnti debe de ser muy distinto de tu rancho en Texas.

–Sí, pero aquí también hay muchas cosas bonitas –estudió a Luca–. ¿Por qué no me has contado que Lisa no quiso darte un préstamo para que pudieras mantenernos aquí?

Él se encogió de hombros.

–No es excusa para lo que hice. No debí mandaros con

vuestra madre. La conocía, no tenía instinto maternal.

–Cierto.

–Durante los primeros años le envié dinero, incluso llamé por teléfono. Después os perdí la pista. Debí insistir, lo sé. Cindy me lo puso difícil. Siempre lamentaré no haber ido a buscaros.

–Yo también.

–Lo siento, Alex. Siento no haber estado ahí –lo miró fijamente–. No ha pasado ni un día sin que pensase en vosotros. Ambos habéis estado en mi mente, en mi corazón. Siempre.

Alex apartó la mirada. De repente, le costaba respirar.

–Recuerdo algunas cosas de cuando vivía aquí. Una habitación pequeña que compartía con Angelo. ¿Quién me llamaba *uccellino?*

Luca sonrió, pero Alex vio que tenía lágrimas en los ojos.

–Era un cuento que os leía a tu hermano y a ti, pero tú, Alessandro, te pasabas el día con él en las manos, pidiéndome que lo volviese a leer. Todavía tengo el cuento y unas fotografías vuestras. Si quieres, puedo enseñártelo todo.

–Tal vez en otra ocasión. Ahora tengo que volver con Allison y con Cherry.

Luca asintió.

–Eres afortunado por tener a dos mujeres especiales en tu vida.

Sí. Tenía mucha suerte. Y esperaba que Allison tuviese la paciencia necesaria para esperar a que él se aclarase.

Allison esperó junto a la ventana de su habitación. No podía irse a dormir hasta que llegase Alex. Por mucho que quisiese ayudarlo, necesitaba tiempo y espacio para asimilarlo todo.

Miró a Cherry, que estaba dormida. El viaje había merecido la pena sólo por el cambio que había experimentado su hija. No quería pensar en qué ocurriría cuando volviesen a su pequeño apartamento.

No obstante, no quería que Alex se compadeciese de ellas. Lo quería demasiado como para dejar que eso ocurriese.

Oyó un golpe en la puerta y Alex asomó la cabeza. Entró y tapó a Cherry. La niña le importaba de verdad.

Luego la miró a ella y le hizo un gesto para que lo siguiese. Allison tomó aire y salió. Nada más llegar al salón, Alex la abrazó.

Antes de que protestase, le dio un beso apasionado. Ella gimió y hundió los dedos en su pelo.

Cuando por fin se apartó él, tenía la respiración entrecortada.

–Me has esperado levantada.

–Tú me lo has pedido.

Él sonrió. La deseaba con desesperación. Inclinó la cabeza y recorrió su cuello a besos.

–Sabes bien. Muy bien.

–Y tú –susurró ella mientras le mordisqueaba el labio, excitándolo más que nunca.

Pero Alex la soltó y retrocedió.

–Será mejor que me contenga, no quiero romper mi promesa.

Se suponía que no iba a pasar nada durante el viaje.

–Vengo de ver a mi padre.

–¿Has estado en el restaurante? –le preguntó Allison sorprendida.

Él asintió.

–Aunque no puedo pensar en él como en un padre, ahora sé que quiero tener una relación con él y con el resto de mi familia.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

–Oh, Alex. Estoy muy feliz por ti.

–Yo no sé si «feliz» es la palabra que utilizaría. Nunca me he considerado un hombre familiar, pero de repente tengo una familia muy numerosa, me guste o no. Y tú tienes mucho que ver con ello.

Allison negó con la cabeza.

–Fue tu hermana Isabella la que se puso en contacto contigo –apartó la vista–. Tienes que quedarte un tiempo para conocer al resto de la familia. Cherry y yo deberíamos volver a Texas. Así no tendrás que preocuparte por nosotras –se alejó de él–. Puedo reservar un vuelo para mañana.

Alex juró. –No. No te marches, Allie –se acercó a ella y le dio un beso en los labios.

–Haré que venga aquí el fisioterapeuta si es necesario. Haré lo que haga falta para que os quedéis. Te necesito, Allie. Cherry y tú sois muy importantes para mí. No quiero separarme de vosotras.

Allison no podía pensar con claridad en esos momentos. No estando en los brazos de Alex. Quería a aquel hombre más de lo que había querido a ningún otro.

–Oh, Alex, yo tampoco quiero separarme de ti.

–Si me dices eso, no voy a poder parar.

Ella le dio un beso.

–Pues no pares. No vuelvas a alejarte de mí nunca jamás.

Alex la tomó en brazos y la llevó a su dormitorio. La luz de la mesita de noche estaba encendida. Allison quería perderse en él, aunque fuese sólo esa vez. Alargó un poco la mano para apagar la luz.

–Déjala encendida –le pidió él–. No quiero perderme nada de lo que ocurra esta noche.

La desnudó con cuidado hasta dejarla sólo con la ropa interior. Y luego se quitó la ropa él también.

–No vamos a volver a dudar, Allie. Esta noche es para nosotros. Sólo para nosotros.

Ella lo abrazó por el cuello. Quería acordarse de aquel momento para siempre. Le dio un beso y susurró contra sus labios:

–Haz que esta noche sea inolvidable.

Él le devolvió el beso y procedió a cumplir con su promesa.

A la mañana siguiente, Allison se despertó en su propia cama por motivos obvios. Tenía que estar allí para Cherry. Y, además, no estaba preparada para responder a sus preguntas.

Su alegría después de la noche anterior disminuyó cuando salió a desayunar y vio que Alex no estaba. Sabía que no tenía derecho a sentirse decepcionada, ya que no se habían hecho promesas.

Miró a su hija. Había cambiado tanto durante el último mes… En gran parte, los cambios se debían a Alex y la niña se sentía muy unida a él. ¿Qué ocurriría cuando regresasen a Texas?

–Mamá, ¿va a quedarse Alex a vivir aquí?

–Cielo, no lo sé, pero tiene un rancho en casa.

–Sí, alguien tiene que cuidar de los caballos y de Maisie, pero su papá vive aquí. Y Luca quiere que Alex se quede. Lo ha dicho –Cherry la miró–. A mí también me gustaría tener

un papá.

Allison se quedó de piedra. Era la primera vez que Cherry hablaba de su padre desde el accidente.

–Ojalá pudiese darte uno, cariño, pero recuerda que ya hemos hablado de esto antes. Jack vive en Arizona.

–Y no quiere una niña pequeña. Era la verdad, pero Allison deseó que no lo fuese, por su hija. –Pero yo sí quiero una, una justo como tú –se levantó y la abrazó–. Te quiero, Cherry. –Yo también te quiero, mamá –se apartó de ella–. Me gustaría que Alex fuese mi papá.

Allison intentó mantener la calma.

–Sé que ha sido muy bueno contigo. Tal vez no sea tu padre, pero puede ser tu amigo. Va a dejar que montes a Maisie siempre que quieras.

Aquello hizo sonreír a la niña.

–La echo de menos, y a Tilda y a Brian.

–Bueno, pronto volveremos a casa, pero recuerda que tenemos nuestro apartamento en la ciudad.

De repente se abrió la puerta de la habitación y apareció Alex.

–*Buon giorno, señoras* –dijo, acercándose a la mesa. Le dio un beso a Cherry en la mejilla, y otro a Allison en los labios.

–Hola, Alex –le dijo la niña–. No sabíamos dónde estabas.

Él frunció el ceño.

–¿No? Le dejé una nota a tu madre.

–¿Qué nota? –inquirió Allison.

–No quería despertarte, así que te dejé una nota en la mesita de noche diciéndote que iba a salir un rato –señaló la mesita–. Mírala. Ahí está.

Allison fue hasta allí, tomó la nota y la leyó.

Allie:

Espero que la noche haya sido tan inolvidable para ti como lo ha sido para mí. Tenía que hacer un recado especial esta mañana. Nos vemos dentro de un par de horas.

Alex

–Oh, Alex. Lo de anoche fue maravilloso, pero tenemos que ser realistas. Algún día va tener que acabarse.

Él la abrazó.

–No se me dan bien estas cosas, Allie. He estado solo mucho tiempo, hasta que Cherry y tú llegasteis a mi vida y la pusisteis patas arriba.

–¿Y eso es bueno?

–Cherry y tú sois importantes para mí. Y no quiero dejaros marchar. Quiero…

–Eh, ¿qué pasa conmigo? –preguntó Cherry.

Allison miró a Alex.

–Que sepas que ella es lo primero. No quiero que sufra. No se trata sólo de ti y de mí, somos tres.

Él sonrió.

–Por supuesto.

Una hora más tarde fueron a Nápoles, a conocer la ciudad y a hacer algunas compras. Allison terminó comprando dos bonitos vestidos y unas sandalias. Y luego le tocó el turno a Cherry.

Cuando Allison sacó a la niña del probador con un bonito vestido azul y Alex las vio tan sonrientes, supo que jamás había sido tan feliz. Y que quería que ambas estuviesen siempre en su vida.

–¿Te gusta éste, Alex? –le preguntó Cherry.

–Jamás había visto a una niña tan guapa.

Ella se ruborizó.

–Mi mamá es más guapa. A ti también te parece guapa, ¿verdad?

Alex miró a Allison. Sí, lo era.

–Sí. Y tú te pareces a ella.

Después de comprar el vestido, fueron a buscar unos regalos para Tilda y Brian. Pero por el camino Cherry se enamoró de una muñeca que había en el escaparate de una juguetería y Alex no tardó en entrar a comprársela.

–No tienes que comprárselo todo –le dijo Allison al oído–. Ya te la ganaste el día que le presentaste a su primer caballo.

Él habría deseado poder comprarle el milagro de que pudiese volver a caminar. Y haría todo lo posible por conseguirlo.

–¿Y a su madre? ¿Me la he ganado? –bromeó, aunque esperó la respuesta con nerviosismo.

Ella sonrió.

–Ya te lo diré en otro momento.

CAPÍTULO 13

AL FINAL de la tarde estaban de vuelta en el hotel para prepararse para la cena familiar con los Casali.

Alex estuvo listo en veinte minutos y llamó a su hermano para intentar convencerlo de que fuese también a Italia, pero no lo consiguió.

Allison y Cherry aparecieron por la puerta y él cerró el teléfono. No iba a permitir que la decisión de Angelo lo pusiese de mal humor. Se había prometido a sí mismo que iba a conocer al resto de la familia y que iba a hacer que esa noche fuese especial para Allison y Cherry. Después, haría las maletas y volvería a Texas, a continuar con su vida.

–Estáis las dos *bellisime.*

–Gracias –contestó Allison ruborizándose.

–Quiere decir que estamos guapas, mamá –tradujo Cherry, orgullosa–. Gracias por el vestido, Alex.

–De nada, cariño. ¿Quiere eso decir que no volverás a ponerte vaqueros cuando volvamos a casa?

–Claro que sí, porque quiero montar a Maisie. La echo de menos, y a Tilda y a Brian también.

–Y ellos también te echan de menos a ti –le aseguró él–. Estaremos de vuelta dentro de un par de días, pero ahora nos vamos a una fiesta.

Treinta minutos después llegaban al restaurante. El número de personas que estaban esperándolos allí lo intimidó.

–Qué maravilla –comentó Allison–. Mira toda la familia que tienes, Alex.

En ese momento se acercó su padre.

–*Buona sera,* Alex y Allison. No sabéis cómo me alegro

de que hayáis venido. Hay muchas personas. Y esta noche vamos a celebrar que la familia está junta.

Salió un camarero con una bandeja llena de copas de champán. Cuando todo el mundo tuvo la suya en la mano, Luca se dispuso a hacer un brindis:

–A lo largo de mi vida he tenido muchas cosas, pero si hay una por la que he rezado mucho, es el regreso de uno de mis hijos a casa. *Bentornato, A*lessandro. Bienvenido –levantó su copa–. *Salute.*

Después del brindis, muchas personas se acercaron a saludarlos. Alex no dejó que Allison se quedase en un segundo plano.

–No me abandones. Tú me convenciste de que tener una familia era maravilloso. –Y sigo creyéndolo. Eres un hombre afortunado, Alex.

Él la miró a los ojos.

–Lo sé –le dio un beso en los labios–. Y si estuviésemos solos, te demostraría cuánto.

Allison sintió un escalofrío, pero antes de que pudiese contestar, vio a Isabella, que se acercó a ellos con su marido, un hombre alto, moreno y guapo, Maximilliano Di Rossi. A pesar de las cicatrices de su rostro, era un hombre muy atractivo.

–Nos conocimos cuando entré en su propiedad sin autorización –les contó la prima de Alex. –Supongo que no llamó a la policía –comentó Allison. –Mi vida sería mucho más sencilla si lo hubiese hecho –dijo él–, pero no tan maravillosa.

–Entré a buscar la albahaca que sólo crece en los jardines de su palacio, que es el ingrediente secreto de la salsa de tomate de Rosa. Os lo cuento porque también forma parte de vuestra herencia.

–Supongo que todavía tenemos muchas cosas que

aprender. Tal vez yo debería enseñaros a vosotros a criar ganado. Max, vas a tener que llevar a mi hermana a Texas.

Isabella miró a Alex sorprendida.

–¿Nos estás invitando?

–El rancho A Bar A es muy grande. Hay sitio para todo el mundo.

Poco después apareció Lizzie con su marido, Jack. Y Valentino con su mujer, una atractiva morena.

Alex le tendió la mano.

–La otra noche no pudimos hablar. Soy Alex. Me han dicho que somos hermanos.

Valentino le dio la mano.

–¿Estás seguro de que quieres formar parte de esta *famiglia* tan loca?

–Eso parece.

Todos rieron y Alex se dio cuenta de que lo estaba pasando bien. Valentino le presentó a su mujer:

–Ésta es mi esposa, Clara. Clara, éste es mi hermano, que vive en Estados Unidos, Alex Casali.

–Encantado, Clara. Ésta es Allison Cole, y su hija, Cherry –señaló a la niña, que estaba sentada a la mesa.

Luego, Alex habló con Valentino:

–Siento haberme marchado tan bruscamente la otra noche.

–Es comprensible –le respondió éste, mirando a Luca–. Me alegro de que hayas venido a vernos. Has hecho feliz a nuestro padre.

–¿Y tú? ¿Estás contento con mi vuelta?

–Claro que sí –abrazó a su mujer–. Tengo una familia y estoy casado con el amor de mi vida –miró a su padre–. Y, además, tenemos noticias. ¡Clara está embarazada!

Hubo una ovación general y Luca abrazó a Valentino. Alex se dio cuenta de que tenía celos.

–Enhorabuena –le dijo también.

–Gracias. Tendrás que venir con más frecuencia para conocer a tu sobrina o sobrino.

Luca volvió a levantar la copa.

–Por la siguiente generación.

Su padre se giró y entonces Alex vio a una mujer en la puerta. Todo el mundo se quedó en silencio. Alex pensó que no la conocía. Era una mujer atractiva de unos sesenta años. Tenía el pelo moreno y largo. Y se parecía a Luca. Entonces la reconoció.

Lisa Firenzi.

Ésta se acercó a él y Luca los presentó.

–Alex, ésta es tu tía, Lisa Firenzi. Lisa, tu sobrino Alex.

Ella sonrió, pero sólo con los labios.

–*Ciao, Alessandro.* Me alegra que hayas vuelto. Ha pasado demasiado tiempo.

Él se puso tenso.

–*Ciao, Lisa.*

–He venido a verte porque quiero disculparme, por la parte de culpa que tengo de que tu hermano y tú os marchaseis de Monta Correnti. Jamás pensé que las cosas saldrían así.

Alex asintió, a pesar de no estar seguro de su sinceridad.

–No he venido a culpar a nadie, Lisa. He venido porque quería conocer a mi familia.

Allison le dio la mano, le dio ánimos.

–Así que vamos a disfrutar de la velada.

–Sí –dijo Luca–. Tu abuela, Rosa Casali Firenzi, trabajó muy duro para mantener a la familia unida –volvió a levantar la copa y miró a Alex–. Por la *famiglia.*

Alex levantó su copa y se preguntó si podría olvidar el pasado. No, pero al menos podría mirar hacia el futuro. En esos momentos sabía que en su corazón había espacio para más. Miró a Allison y a Cherry. Las quería en su futuro.

Unas horas más tarde volvieron a casa. Allison acostó a su hija y luego salió al patio, donde Alex estaba charlando con Luca.

Al verla, Alex la llamó. –Fue Allison quien me convenció para que viniese –le dijo a su padre. –En ese caso, le estoy muy agradecido –respondió Luca–. Es una mujer especial.

–Y una madre especial –añadió Alex–. Cuando volvamos, voy a ayudarla con el tratamiento de Cherry. Va a tener todo lo mejor. Se lo debo.

Allison pensó que no quería gratitud, sino que compartiese con ellas su corazón. Se dio la vuelta y volvió a entrar en la casa. Había llegado el momento de marcharse de allí.

***

Antes de despedirse, Alex le preguntó a su hermana cómo iba el restaurante.

–Regular –admitió ella–, pero nuestra prima Scarlett, que va a volver de Australia, va a ayudarme. Tiene algunas ideas sobre cómo atraer el turismo a la zona.

–Si necesitas cualquier cosa, puedes llamarme –le dijo él, ofreciéndole una tarjeta–. Para lo que sea.

Isabella lo abrazó. –Oh, Alex, estoy feliz por haberte conocido por fin. –Yo también me alegro mucho –respondió él, devolviéndole el abrazo.

Esa mañana había pedido en el hotel que les hiciesen las

maletas y las pusiesen en el coche para poder volver a Monte Vista cuanto antes.

Lo que quería no podía esperar ni un día más, pero le sorprendía que Allison estuviese tan distante de repente.

Cuando llegaron a la casa, Alex subió a Cherry a su habitación.

–Me he divertido mucho en la fiesta, Alex –le dijo la niña–. Ojalá tuviese un abuelo y tías y tíos, como tú.

–Todos te adoran, así que tal vez podrían adoptarte.

–¿Qué significa adoptar? –quiso saber la pequeña.

Alex lo pensó un momento mientras Allison sacaba un pijama para la niña.

–Veamos, significa que alguien quiere tanto a un niño que quiere que ese niño viva con él para siempre.

La niña abrió mucho los ojos.

–Me gustaría que me adoptases tú.

–Cherry Ann Cole, no deberías haber dicho eso –la reprendió su madre.

–Pero, mamá, quiero que Alex sea mi papá.

Allison se puso colorada.

–Es hora de dormir. Alex, si no te importa…

Él no se movió de donde estaba. Se inclinó sobre la niña y le susurró al oído:

–Yo también quiero adoptarte, pero es un secreto.

La niña sonrió y asintió y él le dio un beso en la mejilla y se marchó. Antes de salir, tocó el brazo de Allison.

–Quiero hablar contigo –le dijo.

–Estoy muy cansada, Alex. ¿No podemos esperar a mañana?

–Cinco minutos, Allie. No te pido más.

Ella asintió y Alex se fue directo al balcón, no podía seguir esperando, necesitaba compartir sus sentimientos con ella.

Mientras esperaba, llamó a Brian y le pidió que encontrase a un arquitecto que les hiciese los planos de una

sala de fisioterapia con una piscina cubierta. Tenía que demostrarle a Allison que las quería a las dos.

Allison apareció en la puerta.

–¿De qué querías que hablásemos? –le preguntó, guardando las distancias. –De nosotros. –No hay ningún nosotros, Alex. Sólo he venido como compañera de viaje. ¿No es eso lo que querías?

–Tal vez al principio, pero ya no.

–¿Qué ha cambiado?

–Yo. Tú me has cambiado. Tú y la niña que está en la otra habitación. –No quiero que te sientas obligado a hacer nada por nosotras.

–¿Qué te hace pensar eso?

–Te oí hablando con Luca. Le dijiste que nos lo debías. No nos debes nada, Alex. Y no necesitamos tu compasión.

–Espero, Allie. Para empezar, no oíste toda la conversación. Dije que te lo debía porque, sin ti, no habría venido hasta aquí. Y me has hecho sentir cosas. Por primera vez, has hecho que me sienta feliz.

–Oh, Alex… –susurró ella.

–No quiero volver a mi solitaria vida. Te necesito. Cherry y tú sois muy importantes para mí. Jamás os dejaré. Jamás abandonaré a la pequeña. Allison no pudo evitar que se le llenaran los ojos de lágrimas.

–Y quiero a su madre también. Allie, te quiero –la besó para intentar convencerla–. Dame tiempo para que te demuestre que soy el hombre que necesitas y que soy capaz de formar una familia con vosotras.

–Oh, Alex. Yo también te quiero. Y no quiero que cambies nada –sonrió.

Él la besó y la apretó contra su cuerpo. Las cosas estaban empezando a escapársele de las manos cuando se apartó.

–Espera –tenía el corazón acelerado mientras miraba a

la mujer a la que amaba–. Ayer por la mañana, cuando me marché y no sabías donde estaba… –empezó–. Después de pasar la noche contigo, haciéndote el amor, supe que no podía dejarte marchar. Nunca.

Sacó una pequeña caja de terciopelo azul y la abrió, dejando al descubierto un diamante rodeado de pequeñas esmeraldas.

–Oh, Alex…

–Si no te gusta, podemos comprar otro cuando estemos en casa. Ella negó con la cabeza. –Es precioso. Perfecto. –Las esmeraldas me recordaron a tus ojos, que me encantan.

–Y a mí me encanta este anillo porque lo has elegido tú.

Sin dejar de sonreír, Alex se arrodilló:

–Allison Cole, te quiero con todo mi corazón. ¿Quieres casarte conmigo y venir a vivir a mi rancho con Cherry?

–Oh, Alex. Te quiero. Sí. Sí. Me casaré contigo.

–Quiero dároslo todo.

–Nos has dado lo más importante. A ti –le dijo, dándole un beso–. Eso y tu amor es todo lo que puede querer una niña.

–Y tú me estás dando a mí lo que siempre quise: amor y una familia.

EPÍLOGO

DIEZ meses más tarde Allison estaba en la sala de terapia que Alex había hecho construir nada más volver de Italia. La sala estaba justo detrás del edificio principal del rancho de invitados, que en esos momentos se llamaba el Rancho de Cherry y había sido convertido en un rancho para niños discapacitados.

–¿Han empezado ya?

Allison se giró y sonrió a su marido.

–¿Crees que Cherry empezaría sin que estuvieras tú?

–Espero que no, pero se ha vuelto muy independiente desde que ha empezado a ir al colegio. Me encanta y lo odio al mismo tiempo. Es mi niña pequeña.

Allison lo entendía muy bien.

–Oh, Alex, tú eres quien la ha ayudado a ser tan fuerte. Desde el primer día, cuando la tomaste en brazos, supo que siempre la apoyarías.

–Me costó mucho más conquistar a su madre –comentó él emocionado.

Allison sonrió y se tocó el vientre redondeado.

–Pues yo creo que fuiste muy convincente, papá. –Todavía no puedo creer que vayan a ser gemelos. –Vas a ser un padre maravilloso, como lo eres para Cherry. –Me da miedo que te esfuerces demasiado, entre la tienda y la televisión.

Había hecho falta tiempo y un buen abogado, pero Allison había conseguido deshacerse del acuerdo que había firmado con su marido y Jack Hudson ya no controlaba su vida.

–El programa es sólo una vez por semana. Y Jenny pronto me tomará el relevo.

Jenny Collins había aceptado la oferta con entusiasmo. A la joven profesora se le daba bien la televisión y tenía muchos admiradores. El primero, Brian, con el que salía

desde que se habían conocido en el primer taller de acolchado.

Alex la abrazó; era feliz sólo estando con ella.

–He hablado con Luca hace un rato –le comentó. Se habían mantenido en contacto desde su viaje a Italia–. Le he pedido que venga a vernos cuando nazcan los niños. Y también voy a traerme a Angelo.

–No podría quererte más de lo que te quiero en estos momentos. Eres un buen hombre. Y te amo.

–Yo también te amo.

En ese momento llegó Tilda.

–¿Llego a tiempo de ver a Cherry? –preguntó–. No quería perdérmelo.

Pronto aparecieron también Brian y Jenny, sonriendo de oreja a oreja.

Alex observó cómo se alejaban las mujeres charlando y se dio cuenta de que tal vez no tuviesen su sangre, pero eran su familia.

–Aquí está –anunció Kate, la fisioterapeuta, que acompañaba a Cherry.

La niña ya no utilizaba tanto la silla de ruedas y cada vez se desplazaba más con las muletas y los aparatos de las piernas.

Casi con seis años, Cherry Casali trabajaba duro durante las sesiones de fisioterapia. Además, Alex le había prometido que tendría su propio caballo cuando caminase sola.

–Hola, mamá, papá. Y todo el mundo –dijo la niña–. Quiero enseñaros algo.

Se acercó a las barras paralelas y se sentó en una silla donde Kate la ayudó a quitarse los aparatos de las piernas.

Luego se levantó agarrándose a las barras con una mano y fue dando un paso detrás de otro. Allison empezó a llorar y Alex sintió que no podía quedarse allí sentado. Se levantó y se puso al otro lado de las barras paralelas.

–Tú puedes, Cherry –le dijo una y otra vez–. Yo estaré aquí, esperándote.

La niña continuó hasta llegar a sus brazos.

–¿Has visto, papá? Puedo hacerlo.

–Siempre supe que lo conseguirías –dijo él,

haciéndola girar en el aire. Allison se acercó a darle un beso a su hija. –No llores mamá –le dijo ésta–. Se supone que tienes que estar contenta. –Y lo estoy, cariño. Me has hecho muy feliz. Alex supo que, a partir de entonces, Allison podría empezar a vivir sin sentirse culpable. –¿Me vas a comprar un caballo, papá? –Me parece que te ha ganado la apuesta, Casali –comentó Allison. –Será un placer cumplir con lo prometido. Cherry lo abrazó. –Sois el mejor papá y la mejor mamá del mundo. Alex miró a Allison y a Cherry y sintió que se le encogía el corazón. Las besó a ambas. –No. Somos la mejor familia del mundo.